



Prefacio de “El archivo”

Arthur Conan Doyle

Me acomete el temor de que Sherlock Holmes acabe convirtiéndose en uno de esos tenores famosos que, por haber sobrevivido a la época de sus triunfos, se dejan llevar de la tentación de repetir una y otra vez sus saludos escénicos de despedida ante públicos indulgentes. Esto tiene que acabar, y Sherlock Holmes debe seguir el camino de todo lo que es carne en el sentido materias o en el de la fantasía. Es grato pensar que existe algún fantástico limbo para las criaturas de la imaginación, algún lugar desconocido e imposible en el que los elegantes de Fielding siguen haciendo el amor a las hermosas de Richardson y se contornean pomposos los héroes de Scott, y los encantadores *Cockneys* de Dickens arrancan todavía risas, y los mundanos de *thackeray* persisten en su conducta censurable. Quizá Sherlock Holmes y su Watson hallen un rincón humilde en este *Wahalla*, dejando el puesto que ocuparon en el escenario a algún sabueso todavía más astuto, y al que acompañe un camarada que lo sea todavía menos.

La carrera de Sherlock Holmes ha sido larga, aunque quizás hay tendencia a exagerarla, como lo hacen esos caballeros decrépitos que se me acercan para manifestarme que sus aventuras constituyeron la lectura de su niñez, sin que su cumplimiento despierte en mí las muestras de satisfacción que ellos esperaban. A nadie le resulta muy grato que se manipule tan poco amablemente con las fechas de la vida de un mismo. La realidad fría es que Holmes se estrenó en *Estudio en Escarlata* y en *El signo de los cuatro*, dos libretos que vieron la luz pública entre el 1887 y el 1889. El año 1891 fue cuando apareció en *The Strand Magazine* la primera de una larga serie de novelas cortas: *Un escándalo en Bohemia*. Los lectores gustaron de ellas y pidieron más: por eso se han ido publicando desde aquella fecha en serie discontinua que en la actualidad abarca no menos de cincuenta y seis novelas, reeditadas en las *Aventuras*, las *Memorias*, *La Reaparición* y *Su último saludo en el escenario*, quedando aún estas doce, que aparecieron en el transcurso de los últimos años, y que ahora publicamos bajo el título de *El archivo de Sherlock Holmes*. Holmes inició sus aventuras en plena era post-victoriana; se prolongaron éstas durante todo el demasiado breve reinado del Eduardo, y hasta en estos días febriles que vivimos se las ha arreglado para conservar su propio huequecito aparte. Por eso se puede decir de él con verdad que quienes de jóvenes leyeron acerca de él, han vivido lo suficiente para ver cómo sus hijos, ya mayores, seguían las mismas aventuras en la misma revista. Es éste un ejemplo sorprendente de la paciencia y de la lealtad de los lectores ingleses.

Al dar fin a las *Memorias* estaba yo completamente decidido a acabar con Holmes, convencido de que no debía dejar que mis energías literarias se vertiesen con exceso en un mismo cauce. Aquella cara pálida de rasgos marcados y aquel cuerpo de miembros relajados estaban acaparando una parte indebida de mi imaginación. Le maté pero, por buena estrella, ningún juez de investigación había levantado el cadáver y pronunciado sentencia; no me fue, pues, difícil, después de un largo intervalo, satisfacer a las halagadoras demandas y dejar sin efecto, mediante explicaciones, aquella violenta acción mía. Nunca lo he lamentado. He podido comprobar en la práctica que esta clase de esbozos no me han impedido lanzarme a explorar, hasta el límite de mi capacidad, otras ramas de la literatura tan diversas como la historia, la poesía, la novela histórica, las investigaciones psíquicas y el drama. Si no hubiese existido Holmes, yo no habría

sido capaz de hacer más, aunque quizá se haya interpuesto un poco en el camino de la apreciación por el público de mi labor literaria más importante.

¡Adiós, pues, a Sherlock Holmes, lector! Te doy gracias por tu constancia en el pasado, y yo me animo a esperar que algún pago habrás recibido por ella en forma de distracción de las preocupaciones de la vida y estimulante cambio de la atención cerebral, cosas que sólo pueden encontrarse en el reino maravilloso de la ficción novelesca.

ARTHUR CONAN DOYLE

El problema del puente de Thor

En algún sitio de los sótanos del banco Cox and Co., en Charing Cross, hay un estuche metálico de documentos, maltratado y desgastado por los viajes, con mi nombre pintado en la tapa: John H. Watson, M.D., anteriormente del Ejército de la India. Está atestado de papeles, casi todos los cuales son informes sobre casos que ilustran los curiosos problemas que en diversos momentos tuvo que examinar el señor Sherlock Holmes. Algunos, y no menos interesantes, fueron completos fracasos, y como tales no admiten que se les relate, ya que no se llega a ninguna explicación definitiva. Un problema sin solución puede interesar al estudioso, pero es difícil que no moleste al lector corriente. Entre estos casos no concluidos está el del señor James Phillimore, quien, volviendo atrás hacia su casa para buscar su paraguas, desapareció de este mundo sin dejar rastro. No menos notable es el del barco *Alicia*, que zarpó una mañana de primavera y se metió en un pequeño banco de niebla del que jamás volvió a salir, sin que se supiera más de él ni de su tripulación. Otro caso digno de nota es el Isador Persano, el conocido periodista y duelista, a quien se encontró en estado de locura, mirando fijamente una caja de cerillas que tenía delante y que contenía un curioso gusano, al parecer desconocido para la ciencia. Aparte de esos casos no sondeados, hay algunos que implican los secretos de familias particulares, hasta un punto que significaría la consternación en muchos ambientes elevados si se creyera posible que hallaran su camino hasta la letra impresa. No necesito decir que tal quebrantamiento de confianza es impensable, y que esos informes se apartarán y se destruirán ahora que mi amigo tiene tiempo para dedicar sus energías a otro asunto. Queda un considerable remanente de casos de mayor o menor interés, que yo podría haber publicado antes si no hubiera temido dar al público un hartazgo que repercutiera en la reputación de un hombre a quien admiro por encima de todos. En algunos estuve metido yo mismo y puedo hablar como testigo de vista, mientras que en otros, o no estuve presente o tuve un papel tan pequeño que sólo podrían contarse como por parte de una tercera persona. El siguiente relato está sacado de mi propia experiencia.

Era una desapacible mañana de octubre, y observé, al vestirme, cómo las últimas hojas que quedaban iban siendo arrebatadas del solitario plátano que agracia el terreno de detrás de nuestra casa. Bajé a desayunar preparado para encontrar a mi compañero deprimido, pues, como todos los grandes artistas, fácilmente se dejaba impresionar por su ambiente. Por el contrario, vi que casi había terminado su desayuno y que su humor era especialmente luminoso y alegre, con ese buen ánimo algo siniestro que caracterizaba sus momentos más ligeros.

– ¿Tiene algún caso, Holmes? –Hice notar.

– La facultad de deducción es ciertamente contagiosa, Watson –respondió–. Le ha hecho capaz de sondear mi secreto. Sí, tengo un caso. Tras un mes de trivialidades y estancamiento, las ruedas se ponen en marcha otra vez.

– ¿Podría compartirlo?

– Hay poco que compartir, pero podemos discutirlo cuando haya consumido un par de huevos duros con que nos ha favorecido nuestra cocinera. Su estado quizá no deje de tener relación con el ejemplar del *Family Herald* que observé ayer en la mesa del vestíbulo. Incluso un asunto tan trivial como el cocer un huevo requiere una atención que sea consciente del paso del tiempo, incompatible con la novela de amor de esa excelente publicación.

Un cuarto de hora después, la mesa estaba despejada y nosotros cara a cara. El había sacado una carta del bolsillo.

– ¿Ha oído hablar de Neil Gibson, el Rey del Oro? –dijo.

– ¿Quiere decir el senador americano?

– Bueno, una vez fue senador por algún estado del Oeste, pero se le conoce más como el mayor magnate de minas de oro del mundo.

– Sí, sé de él. Seguro que lleva viviendo algún tiempo en Inglaterra. Su nombre es muy conocido.

– Sí, compró unas grandes propiedades en Hampshire hace cinco años. ¿Ha oído hablar del trágico fin de su mujer?

– Claro. Ahora lo recuerdo. Por eso es conocido el nombre. Pero la verdad es que no sé nada de los detalles.

Holmes dirigió la mano hacia unos papeles que había en una silla.

– Yo no tenía idea de que el caso vendría a parar a mí, ni de que ya tendría preparados mis recortes de prensa –dijo–. La verdad es que el problema, aunque enormemente sensacional, no parecía presentar dificultades. La interesante personalidad de la acusada no oscurece la claridad de las pruebas. Esa fue la opinión emitida por el jurado forense y también en la instrucción. Ahora se ha remitido a la Audiencia de Winchester. Me temo que es un asunto ingrato. Puedo descubrir hechos, Watson, pero no puedo cambiarlos. A no ser que se presenten algunos completamente nuevos e inesperados, no veo qué puede esperar mi cliente.

– ¿Su cliente?

– Ah, me olvidaba de que no se lo he dicho. Me estoy metiendo en su enredosa costumbre, Watson, de contar las cosas por el final. Más vale que empiece por leer esto.

La carta que me había entregado, escrita con letra enérgica y dominante, decía así:

«Hotel Claridge, 3 de octubre

»Querido señor Sherlock Holmes:

»No puedo ver ir a la muerte a la mejor mujer que ha creado Dios sin hacer todo lo posible por salvarla. No puedo explicar las cosas, ni siquiera puedo intentarlo, pero sé sin duda alguna que la señorita Dunbar es inocente. Usted conoce los hechos, ¿y quién no? Ha sido el comadreo de todo el país. ¡Y ni una voz se ha levantado a su favor! Es la maldita injusticia de todo esto lo que me vuelve loco. Esa mujer tiene un corazón que no le dejaría matar una mosca. Bueno, iré mañana a las once a ver si usted puede dejar pasar algún rayo de luz a la oscuridad. Quizá tenga yo una clave y no lo sé. En todo caso, todo lo que sé, todo lo que tengo y todo lo que soy son para usted, si puede salvarla. Si alguna vez en su vida ha mostrado toda su capacidad, aplíquela ahora a este caso.

»Suyo atentísimo,

»*J. Neil Gibson.*»

– Ahí lo tiene –dijo Sherlock Holmes, sacudiendo las cenizas de su pipa de después del desayuno y volviendo a llenarla despacio–. Este es el caballero que espero. En cuanto a la historia, apenas ha tenido tiempo usted de hacerse cargo de todos esos papeles, así que debo ponerle al corriente si va a tomar un interés intelectual en el asunto. Este hombre es el más poderoso financiero del mundo, y un hombre, según tengo entendido, de carácter muy violento y temible. Se casó con una mujer, la víctima de esta tragedia, de la que no sé nada sino que ya había pasado su juventud, lo que fue aún más desgraciado, dado que una institutriz muy atractiva se ocupaba de la educación de sus dos niños pequeños. Esas son las tres personas que intervienen en el asunto, y el escenario es una grandiosa mansión señorial, centro de una histórica finca inglesa. Pasemos ahora a la tragedia. A la mujer se la encontró en los terrenos de la finca, a casi media milla de la casa, en plena noche, vestida con el traje de la cena, con un chal por los hombros y una bala de revólver que le había atravesado la cabeza. No se encontró arma alguna cerca de ella y no había pistas locales en cuanto al asesinato. No había arma alguna cerca de ella, Watson, ¡fíjese en eso! El crimen parece que se cometió ya entrada la noche, el cadáver lo encontró un guarda de caza hacia las once y lo examinaron la policía y un médico antes de llevarlo a la caza. ¿Está muy condensado o puede seguirlo claramente?

– Está muy claro, pero ¿por qué sospechar de la institutriz?

– Bueno, en primer lugar, hay algún indicio muy directo. Un revólver con una cámara descargada y de un calibre que correspondía a la bala se halló en el suelo de su guardarropa. – Sus ojos se quedaron fijos y repitió, fragmentando las palabras–: En-el-suelo-de-su-guardarropa. –Luego se quedó en silencio, y vi que se había puesto en marcha algún proceso de pensamiento que sería estúpido interrumpir. De repente, sobresaltado, volvió a emerger a una vida animada–. Sí, Watson, se encontró. Bastante condenatorio, ¿eh? Eso pensaron los dos primeros jurados. Además, la mujer muerta llevaba encima una nota dándole cita en ese mismo lugar y firmada por la institutriz. ¿Qué tal eso? Finalmente, está el motivo. El senador Gibson es una persona muy atractiva. Si muere su mujer, quién más probable que la suceda sino la señorita que ya, por todos los informes, había recibido apremiantes atenciones de su patrono. Amor, fortuna, poder, todo dependiendo de una vida de mediana edad. Feo, Watson, ¡muy feo!

– Sí, es verdad, Holmes.

– Y ella no puede presentar una coartada. Por el contrario, tuvo que admitir que había bajado cerca del puente de Thor –que fue el escenario de la tragedia– hacia esa hora. No lo podía negar, porque la había visto un aldeano que pasaba por allí.

– Eso realmente parece definitivo.

– ¡Y sin embargo, Watson, sin embargo...! Ese puente, un solo ancho arco de piedra con balaustrada a los lados, hace pasar el camino sobre la parte más estrecha de una laguna larga, honda, rodeada de juncos. Lago de Thor, lo llaman. En la entrada del puente yacía muerta la mujer. Tales son los principales hechos. Pero, si no estoy equivocado, aquí está nuestro cliente, mucho antes de la hora.

Billy había abierto la puerta, pero el nombre que anunció era inesperado. El señor Marlon Bates nos era desconocido a los dos. Era un hombre pequeño, delgado y nerviosos, de ojos asustados, y unas maneras convulsivas y vacilantes; un hombre de quien cualquier mirada profesional juzgaría que estaba al borde del hundimiento nervioso.

– Parece agitado, señor Bates –dijo Holmes–. Por favor, siéntese. Me temo que sólo puedo concederle un rato, pues tengo una cita a las once.

– Ya sé que la tiene –jadeó nuestro visitante, disparando frases breves como un hombre sin aliento–. Viene el señor Gibson. El señor Gibson es mi jefe. Soy administrador de su finca. Señor Holmes, es un canalla..., un canalla infernal.

– Un lenguaje fuerte, señor Bates.

– Tengo que ser enfático, señor Holmes, porque el tiempo es limitado. No querría que me encontrara aquí por nada del mundo. Ahora está a punto de llegar. Pero yo estaba en un lugar desde no pude venir antes. Su secretario, el señor Ferguson, no me dijo hasta esta mañana que él tenía cita con usted.

– ¿Y usted es su administrador?

– Ya le he avisado que me despido. Dentro de un par de semanas me habré librado de esa maldita esclavitud. Un hombre duro, señor Holmes, duro con todo lo que le rodea. Esas beneficencias públicas son una pantalla para cubrir sus iniquidades privadas. Fue brutal con ella. Ella venía de los trópicos, era brasileña de nacimiento, como sin duda usted sabe.

– No, se me había escapado.

– Tropical por nacimiento y tropical por naturaleza. Hija del sol y de la pasión. Le había querido a él como pueden querer las mujeres así, pero cuando se marchitaron sus encantos físicos –que he oído decir que en otro tiempo fueron grandes–, no hubo nada que le sujetara. Todos la queríamos y estábamos por ella, y le odiábamos a él por el modo como la trataba. Pero él es taimado y astuto. Eso es todo lo que tengo que decirle. No lo tome por lo que parece a simple vista. Hay algo más detrás de eso. Ahora me tengo que ir. ¡No, no me retenga! El casi estará al

llegar.

Con una asustada mirada al reloj, nuestro extraño visitante salió literalmente corriendo por la puerta y desapareció.

– ¡Bueno! ¡Bueno! –dijo Holmes, tras un intervalo de silencio.

– El señor Gibson parece tener una casa muy leal. Pero el aviso es sutil, y ahora sólo podemos esperar a que aparezca el hombre en persona.

A la hora en punto oímos unos pesados pasos por las escaleras y se hizo entrar al cuarto el famoso millonario. Al mirarlo, comprendí no sólo los temores y el odio de su administrador, sino también los ataques que tantos rivales en los negocios habían acumulado sobre su cabeza. Si yo fuera escultor y quisiera dar con el modelo de hombre de negocios con éxito, nervios de hierro y conciencia de cuero, elegiría al señor Neil Gibson como modelo. Su figura alta, flaca y áspera sugería la rapacidad y el hambre. Un Abraham Lincoln trasladado a bajos usos daría cierta idea de ese hombre. Su cara podía estar cincelada en granito, dura, angulosa, inexorable, con profundas líneas, cicatrices de muchas penalidades. Unos fríos ojos grises, mirando con astucia bajo unas cejas erizadas, nos inspeccionaron sucesivamente. Se inclinó de modo rutinario cuando Holmes dijo mi nombre, y luego, con dominante aire de posesión, tendió una silla a mi compañero y se sentó con sus huesudas rodillas casi tocándose.

– Permítame empezar diciendo, señor Holmes –comenzó–, que el dinero en este caso no me importa nada. Lo puedo quemar si le sirve de algo para alumbrar la verdad. Esa mujer es inocente y esa mujer debe quedar absuelta, y a usted le toca conseguirlo. ¡Diga su cifra!

– Mis honorarios siguen una escala fija –dijo fríamente Holmes–. No lo varío, salvo cuando los perdono por completo.

– bueno, si los dólares no significan nada para usted, piense en la reputación. Si arregla esto, todos los periódicos de Inglaterra y de América le trompetearán. Será el tema de conversación de todos los continentes.

– Gracias, señor Gibson. Creo que no necesito trompeteos. Quizá le sorprenda saber que prefiero trabajar de modo anónimo, y que es el problema mismo lo que me atrae. Pero estamos desperdiciando el tiempo. Vamos a los hechos.

– Creo que usted encontrará los más importantes en los informes de prensa. No sé que pueda añadir nada para ayudarle. Pero si hay algo sobre lo que usted desee más luz..., bueno, aquí estoy para proporcionarla.

– Bueno, sólo hay un punto.

– ¿Cuál?

– ¿Cuáles eran las relaciones exactas entre usted y la señorita Dunbar?

El Rey del Oro se sacudió violentamente y casi se levantó de la silla. Luego recobró su calma corpulenta.

– Supongo que está usted en su derecho, y quizá tiene obligación de hacer esa pregunta, señor Holmes.

– Vamos a estar de acuerdo en suponerlo así –dijo Holmes.

– Entonces, puedo asegurarle que nuestras relaciones eran enteramente y siempre las de un patrono hacia una señorita con la que nunca conversó y a la que nunca vio, salvo cuando estaba en compañía de sus hijos.

Holmes se levantó de la silla.

– Señor Gibson, yo soy un hombre muy atareado –dijo–, y usted no tiene tiempo ni ganas de conversaciones que no van a ninguna parte. Le deseo buenos días.

Nuestro visitante se levantó también y su gran figura descoyuntada se irguió por encima de la de Holmes. Había un fulgor furioso bajo esas cejas erizadas y un toque de color en las mejillas cetrinas.

– ¿Qué diablos quiere decir con eso, señor Holmes? ¿Rechaza usted mi asunto?

– Bueno, señor Gibson, por lo menos le rechazo a usted. Había creído que mis palabras eran bien claras.

– Muy claras, pero ¿qué hay detrás de esto? ¿Me sube el precio o tiene miedo de hacerse cargo, o qué? Tengo derecho a una respuesta clara.

– Bueno, quizá lo tenga –dijo Holmes–. Le daré ésta. Este asunto ya es bastante complicado para empezar con él sin la dificultad adicional de una información falsa.

– ¿Quiere decir que miento?

– Bueno, trataba de expresarlo tan delicadamente como pude, pero si usted se empeña en esa palabra, no le llevaré la contraria.

Me puse en pie de un salto, pues la expresión de la cara del millonario era demoníaca en su intensidad, y había levantado su gran puño nudoso. Holmes sonrió lánguidamente y extendió la mano a la pipa.

– No haga tanto ruido, señor Gibson. Tenga en cuenta que, después del desayuno, incluso la menor discusión me sienta mal. Un paseo al aire de la mañana y pensarlo un poco tranquilamente le vendrían muy bien.

Con esfuerzo, el Rey del Oro dominó su furia. No pude menos de admirarle, pues con un supremo dominio de sí mismo había pasado en un momento desde una cálida llamarada de cólera a una indiferencia fría y despreciativa.

– Bueno, usted decide. Supongo que usted sabe manejar sus propios asuntos. No puedo hacerle coger el caso contra su voluntad. No le beneficia nada lo de esta mañana, señor Holmes, pues he derrumbado a hombres más fuertes que usted. Nadie me ha llevado la contraria y se ha salido con la suya.

– Muchos me han dicho eso, y sin embargo aquí estoy –dijo Holmes, sonriendo–. Bueno, señor Gibson, buenos días. Usted tiene todavía mucho que aprender.

Nuestro visitante salió ruidosamente, pero Holmes fumaba en silencio imperturbable con unos ojos pensativos fijos en el techo.

– ¿Algo que opinar, Watson? –preguntó por fin.

– Bueno, Holmes, debo confesar que, cuando considero que éste es un hombre que apartaría sin duda cualquier obstáculo de su camino, y cuando recuerdo que su mujer quizá fuera un obstáculo y un motivo de odio, según nos dijo ese Bates, me parece...

– Exactamente. Y a mi también.

– Pero ¿cuáles eran sus relaciones con la institutriz y cómo lo ha descubierto?

– ¡Un farol, Watson, un farol! Cuando consideré el tono apasionado de su carta, extraño, nada de negocios, y lo contrasté con sus maneras y su aspecto de dominio de sí mismo, resultó muy claro que había alguna emoción profunda centrada en la acusada, antes que en la víctima. Tenemos que comprender las relaciones exactas de esas tres personas si hemos de alcanzar la verdad. Ya vio el ataque de frente que le hice y qué imperturbablemente lo recibí. Luego me tiré un farol dándole la impresión de que estaba absolutamente seguro, cuando en realidad sólo lo sospechaba.

– ¿Volverá, quizá?

– Estoy seguro de que lo hará. Debe volver. No puede dejarlo donde está. ¡Ah! ¿No llaman a la

puerta? Sí, ahí están sus pasos. Bueno, señor Gibson, estaba diciéndole ahora mismo al doctor Watson que ya era más que hora de que viniera.

El Rey del Oro había vuelto a entrar en el cuarto con un aire más amansado que cuando salió. Su orgullo herido seguía mostrándose en sus ojos resentidos, pero su sentido común le había hecho ver que tenía que ceder para alcanzar su fin.

– Lo he estado pensando, señor Holmes, y creo que me he apresurado al tomar a mal sus observaciones. Usted tiene razón en llegar al fondo de los hechos, sean cuales sean, y le admiro por ello. Sin embargo, puedo asegurarle que las relaciones entre la señorita Dunbar y yo no tienen que ver realmente con el asunto.

– Eso tengo que ser yo quien lo decida, ¿no?

– Sí, supongo que así es. Es usted como un cirujano que quiere conocer todos los síntomas antes de dar el diagnóstico.

– Exactamente. Eso lo expresa bien. Y sólo un paciente que tenga algún objetivo al engañar a su médico le ocultaría la realidad de su caso.

– Puede ser, pero reconocerá usted, señor Holmes, que la mayor parte de los hombres se echarían un poco atrás si les preguntaran a quemarropa cuáles son sus relaciones con una mujer, si hay un sentimiento serio en el caso. Supongo que la mayor parte de los hombres tienen un pequeño reducto privado en algún rincón de sus almas donde no les gusta que entren intrusos. Y usted ha irrumpido bruscamente en él. Pero el objetivo le excusa, puesto que era el tratar de salvarla. Bueno, el juego está hecho, y la reserva, abierta, y puede explorar donde quiera. ¿Qué es lo que quiere?

– La verdad.

El Rey del Oro se detuvo un momento como quien ordena sus pensamientos. Su cara sombría y de hondos surcos se había vuelto aún más triste y más grave.

– Se la puedo decir en pocas palabras, señor Holmes –dijo por fin–. Hay cosas que son tan dolorosas como difíciles de decir, así que no iré más allá de lo necesario. Conocí a mi mujer cuando buscaba oro en Brasil. María Pinto era la hija de un funcionario del Gobierno en Manaos, y era muy hermosa. Ya era joven y ardiente en esos días, pero incluso ahora, mirando atrás con sangre más fría y ojos más críticos, veo que era extraordinaria y prodigiosa en su belleza. Tenía un carácter profundamente rico, también, apasionado, muy diferente de las americanas que he conocido. Bueno, para abreviar la larga historia, la quise y me casé con ella. Sólo cuando se pasó lo romántico –y duró años–, me di cuenta de que no teníamos nada –absolutamente nada– en común. Mi amor se fue apagando. Si el de ella hubiera desaparecido, la cosa habría sido más fácil. Pero ¡ya sabe el curioso modo de ser de las mujeres! Hiciera lo que hiciera, nada podía apartarla de mí. Si he sido áspero con ella, o incluso brutal, como han dicho algunos, fue porque sabía que si pudiera matar su amor o convertirlo en odio, sería más fácil para los dos. Pero nada la cambió. Me adoraba en estos bosques ingleses como me había adorado hace veinte años en las orillas del Amazonas. Hiciera lo que hiciera, seguía tan apegada como siempre.

»Entonces apareció la señorita Grace Dunbar. Vino por un anuncio nuestro y fue la institutriz de nuestros dos hijos. Quizá haya visto usted su retrato en los periódicos. El mundo entero ha proclamado que es también una mujer muy bella. Bueno, yo no pretendo ser más moral que mis prójimos, y le confesaré que no podía vivir bajo el mismo techo con una mujer así y en contacto diario con ella sin sentir una consideración apasionada hacia ella. ¿Me censura usted, señor Holmes?

– No le censuro porque lo sintiera. Le censuraría si lo expresó, puesto que esa señorita estaba en cierto sentido bajo su protección.

– Bueno, quizá sea así –dijo el millonario, aunque por un momento el reproche había vuelto a hacer surgir en sus ojos el viejo fulgor colérico–. No pretendo ser mejor de lo que soy. Supongo

que toda la vida he sido un hombre que echaba mano a lo que quería, y nunca he querido más que el amor y la posesión de esa mujer. Así se lo dije.

– Ah, ¿se lo dijo?

Holmes podía parecer temible cuando se emocionaba.

– Le dije que si pudiera casarme con ella lo haría, pero que eso no estaba a mi alcance. Le dije que el dinero no me importaba y que se haría todo lo que pudiera hacer para que ella estuviera feliz y a gusto.

– Muy generoso, por supuesto –dijo Holmes, con una mueca burlona.

– Mire usted, señor Holmes. Vine a verle por una cuestión de pruebas, no de moral. No le pido su crítica.

– Sólo en atención a esa señorita es por lo que cojo su caso –dijo Holmes severamente–. No sé de nada de lo que se la acusa que sea realmente peor que lo que usted mismo ha confesado: que ha tratado de echar a perder a una chica indefensa que estaba bajo su techo. A algunos de ustedes, los ricos, habría que enseñarles que no se puede sobornar a todo el mundo para que perdonen sus excesos.

Para mi sorpresa, el Rey del Oro recibió el reproche con ecuanimidad.

– Eso es lo que yo mismo pienso ahora. Gracias a Dios que mis planes no salieron como yo pretendía. Ella no quiso aceptar nada de eso, y quiso dejar la casa al momento.

– ¿Por qué no lo hizo?

– Bueno, en primer lugar, otras personas dependían de ella, y no era fácil para ella echarlas a todas al sacrificar su modo de ganarse la vida. Cuando juré –como hice– que no la volvería a molestar, consintió en quedarse. Pero había otra razón. Ella conocía la influencia que tenía sobre mí, y que ésta era más fuerte que ninguna otra en el mundo. Ella quería usarla para bien.

– ¿Cómo?

– Bueno, sabía algo de mis negocios. Son muy grandes, señor Holmes, más de lo que creería cualquier persona normal. Puedo elevar o destruir, y suele ocurrir que destruya. No sólo individuos. Eran comunidades, ciudades, incluso naciones. El negocio es un juego duro, y los débiles acaban contra la pared. Jugué el juego por todo lo que valía. Nunca chillé y nunca me importó que el otro chillara. Pero ella lo veía de otro modo. Creo que tenía razón. Creía y decía que una fortuna para un solo hombre, siendo más de lo que necesitaba, no debería construirse sobre diez mil hombres arruinados que quedaban sin medios de vida. Así es como lo veía, y creo que era capaz de ver más allá de los dólares, algo más duradero. Se dio cuenta de que yo hacía caso de lo que decía, y creyó que serviría al mundo influyendo en mis acciones. Así se quedó..., y entonces ocurrió esto.

– ¿Puede usted arrojar alguna luz sobre ello?

El Rey del Oro se detuvo más de un minuto, con la cabeza entre las manos, perdido en profundos pensamientos.

– Está muy negro contra ella. No lo puedo negar. Y las mujeres tienen una vida interior y pueden hacer cosas que escapan al juicio de un hombre. Al principio yo me quedé tan trastornado y abrumado que estaba dispuesto a creer que ella se había dejado llevar de algún modo extraño que iba contra su naturaleza. Una sola explicación se me ocurrió. Se la doy, señor Holmes, por lo que pueda valer. No hay duda de que mi mujer estaba terriblemente celosa. Hay unos celos del alma que pueden ser tan frenéticos como los celos del cuerpo, y aunque mi mujer no tenía razón –y creo que la entendía– para estos últimos, se daba cuenta de que esa chica inglesa ejercía un influjo en mi ánimo y en mis actos que ella misma no logró nunca. Era una influencia para bien, pero eso no arreglaba el asunto. Estaba loca de odio, y el calor del Amazonas seguía siempre en su sangre. Podría haber planteado asesinar a la señorita Dunbar, o,

digamos, amenazarla con una pistola para asustarla y que se marchara. Entonces podría haber habido una pelea y que la pistola se disparase hiriendo a la que la tenía.

– Esa posibilidad ya se me ha ocurrido –dijo Holmes–. En efecto, era la única alternativa obvia al asesinato deliberado.

– Pero ella lo niega absolutamente.

– Bueno, eso no es definitivo, ¿verdad? Uno puede entender que una mujer puesta en una situación tan terrible pudiera apresurarse a casa llevando todavía el revólver. Incluso pudo haberlo tirado entre su ropa, sin saber apenas lo que hacía, y, cuando fue encontrado, pudo intentar salir del paso mintiendo con una negativa total, puesto que era imposible toda explicación. ¿Qué hay contra tal suposición?

– La misma señorita Dunbar.

– Bueno, quizá.

Holmes miró el reloj.

– No tengo duda de que podemos obtener esta mañana los permisos necesarios y llegar a Winchester en el tren de la tarde. Cuando yo vea a esa señorita, es muy posible que le sea más útil en el asunto, aunque no puedo prometer que mis conclusiones sean necesariamente como usted desea.

Hubo alguna tardanza en el pase oficial, y en vez de llegar a Winchester ese día, llegamos a Thor Place, la finca del señor Neil Gibson en Hampshire. El no nos acompañó, pero teníamos la dirección del sargento Coventry, de la policía local, que había sido el primero en examinar el asunto. Era un hombre alto, flaco, cadavérico, con unas maneras secretas y misteriosas, que hacían pensar que sabía o sospechaba mucho más de lo que se atrevía a decir. Empleaba también el truco de bajar de repente la voz hasta un susurro como si hubiera encontrado algo de importancia vital, aunque la información solía ser muy corriente. Más allá de esos detalles en sus maneras, pronto mostró ser un hombre decente y honrado que no tenía reparo en confesar que no sabía por dónde andaba y que de buena gana recibiría cualquier ayuda.

– En todo caso, prefiero tenerle a usted que a Scotland Yard, señor Holmes –dijo–. Si llaman a la a la Yard para algún caso, entonces la policía local pierde todo el mérito en el éxito y a lo mejor le echan la culpa si fracasa. Usted juega limpio, según he oído.

– Yo no necesito aparecer en el asunto en absoluto –dijo Holmes, para evidente alivio de nuestro melancólico conocido–. Si se me permite aclararlo, no pido que se mencione mi nombre.

– Bueno, es muy elegante por su parte, ciertamente. Y su amigo, el doctor Watson, es de fiar, ya lo sé. Bueno, señor Holmes, mientras vamos al sitio hay una pregunta que querría hacerle. No se lo insinuaría a nadie más que a usted. –Miró a su alrededor como si apenas se atreviera a decirlo–. ¿No cree que podría haber una acusación contra el propio señor Neil Gibson?

– Lo he estado considerando.

– No ha visto a la señorita Dunbar. Es una mujer asombrosamente buena en todos los sentidos. El pudo muy bien desear quitarse de en medio a su mujer. Y esos americanos son más listos con sus pistolas que nuestra gente. La pistola era de él, ¿sabe?

– ¿Se ha averiguado eso claramente?

– Sí, señor. Era de una pareja que tenía él.

– ¿Una de una pareja? ¿Dónde está la otra?

– Bueno, ese caballero tenía un montón de armas de fuego de una u otra clase. Nunca hemos encontrado la pareja de esa pistola determinada, pero la caja estaba hecha para dos.

– Si era de una pareja, sin duda debería encontrar la otra.

- Bueno, las tenemos fuera ahí en la casa si usted quiere mirarlas.
- Más tarde, quizá. Creo que bajaremos andando juntos y echaremos una mirada al escenario de la tragedia.

La conversación había tenido lugar en el cuartito delantero de la humilde casa del sargento Coventry, que servía como comisaría local de policía. Un paseo de una media milla a través de un páramo barrido por el viento, todo oro y bronce con los helechos marchitos, nos llevó a una puerta lateral que daba a los terrenos de la finca de Thor Place. Un sendero cruzaba las hermosas tierras, y luego, desde un claro, vimos la casa, anchamente extendida, la mitad de madera, un poco Tudor y un poco georgiana, en lo alto de la colina. A nuestro lado había una extensa laguna rodeada de juncos, estrechada por en medio, donde el camino de coches principal pasaba por un puente de piedra, pero ensanchándose en pequeños lagos a ambos lados. Nuestro guía se detuvo a la entrada del puente, señalando al suelo.

- Ahí es donde yacía el cuerpo de la señora Gibson. Lo marqué con esa piedra.
- ¿Entiendo que usted llegó aquí antes de que retiraran el cadáver?
- Sí, mandaron a por mí en seguida.
- ¿Quién?
- El propio señor Gibson. En el momento en que se dio la alarma y que él salió precipitadamente de la casa con otros, se empeñó en que no movieran nada hasta que llegara la policía.
- Muy sensato. Por los periódicos supe que el disparo fue hecho desde muy cerca.
- Sí, señor, muy cerca.
- ¿Cerca de la sien derecha?
- Detrás mismo de ella, señor Holmes.
- ¿Cómo estaba tendido el cadáver?
- De espaldas, señor Holmes. No había señales de lucha. Ninguna. No había arma. La breve nota de la señorita Dunbar la llevaba apretada en la mano.
- ¿Apretada, dice?
- Sí, señor; apenas pudimos abrirle los dedos.
- Eso es de gran importancia. Eso excluye la idea de que nadie hubiera podido colocarle la nota allí después de su muerte para dar una pista falsa. ¡Válgame Dios! La nota, según recuerdo, era muy corta: «Estaré en el puente de Thor a las nueve. G. Dunbar.» ¿Era así?
- Sí, señor.
- ¿Reconoció la señorita Dunbar haberla escrito?
- Sí, señor.
- ¿Qué explicación dio?
- Su defensa se reserva para la Audiencia. Ella no quiso decir nada.
- El problema, ciertamente, es interesante. La cuestión de la carta es muy oscura, ¿verdad?
- Bueno, señor Holmes –dijo el guía–, si me permite decirlo así, pareció el único punto realmente claro de todo el caso.

Holmes sacudió la cabeza.

- Admitiendo que la carta sea auténtica y que se escribiera realmente, cierto que se recibió algún tiempo antes, digamos una o dos horas. ¿Por qué, entonces, esa señora seguía llevándola agarrada en la mano izquierda? ¿Por qué la iba a llevar con tanto cuidado? No necesitaba aludir

a ella en la entrevista. ¿No parece notable?

– Bueno, señor Holmes, tal como lo dice, quizá sí.

– Creo que me gustaría sentarme tranquilamente unos minutos y pensarlo bien. –Se sentó en el borde de piedra del puente, y vi sus rápidos ojos grises disparando sus ojeadas escrutadoras en todas direcciones.

De repente volvió a ponerse en pie de un salto y corrió hasta la balastrada de enfrente, sacó la lupa del bolsillo y empezó a examinar la piedra.

– Es curioso –dijo.

– Sí, señor; vimos la mella en el reborde. Supongo que lo ha hecho alguien que pasaba por aquí.

La piedra era gris, pero en ese único punto se mostraba blanca por un espacio no mayor que una moneda de seis peniques. Examinando de cerca, se veía que la superficie estaba mellada por un fuerte golpe.

– Costó alguna violencia hacer esto –dijo Holmes pensativo. Con el bastón, golpeó varias veces el reborde sin dejar señal–. Sí, fue un golpe duro. En un sitio curioso, además. No fue desde arriba, sino desde abajo, pues ya ve que estaba en el borde inferior del parapeto.

– Pero está al menos a quince pies del cadáver.

– Sí, está a quince pies del cadáver. Quizá no tenga que ver con el asunto, pero es un punto digno de tener en cuenta. Creo que no tenemos más que averiguar aquí. ¿No había huellas, dice?

– El suelo estaba duro como el hierro, señor Holmes. No había huellas en absoluto.

– Entonces podemos irnos. Subiremos primero a la casa y miraremos esas armas de que habla usted. Luego iremos a Winchester, pues me gustaría ver a la señorita Dunbar antes de seguir adelante.

El señor Neil Gibson no había vuelto de Londres, pero vimos en la casa al neurótico señor Bates, que nos había visitado aquella mañana. Nos mostró con siniestra complacencia el temible arsenal de armas de fuego de diversas formas que su patrono había acumulado en el transcurso de una vida de aventuras.

– El señor Gibson tiene sus enemigos, como esperaría cualquiera que le conozca a él y a sus métodos –dijo–. Duerme con un revólver cargado en el cajón junto a la cama. Es un hombre violento, señor Holmes, y hay momentos en que todos le tenemos miedo. Estoy seguro de que la pobre señora que ha fallecido estuvo aterrorizada muchas veces.

– ¿Presenció alguna vez que empleara violencia física contra ella?

– No, no puedo decir eso. Pero he oído palabras que eran casi tan malas, palabras de desprecio frío y cortante, incluso delante de los criados.

– Nuestro millonario no parece brillar en la vida privada –observó Holmes, mientras nos dirigíamos a la estación–. Bueno, Watson, hemos encontrado muchos datos, algunos nuevos, y sin embargo me parece que estoy lejos de una conclusión. A pesar del evidente odio del señor Bates hacia su jefe, deduzco por él que cuando se dio la alarma, él estaba sin duda en su biblioteca. La cena había acabado a las ocho y media y todo estaba normal hasta entonces. Es verdad que la alarma se dio un poco tarde, ya entrada la noche, pero la tragedia sin duda ocurrió alrededor de la hora indicada en la nota. No hay ninguna prueba de que el señor Gibson hubiera salido de la casa desde que volvió de Londres a las cinco. Por otro lado, la señorita Dunbar, según tengo entendido, reconoce que había dado cita a la señora Gibson en el puente. Aparte de eso, no quiere decir nada, ya que su abogado le ha aconsejado que se reserve su defensa. Tenemos varias preguntas fundamentales que hacer a esa señorita, y mi ánimo no estará en paz mientras no la veamos. Tengo que confesar que el caso me parecería muy negro contra ella si no fuera por una sola cosa.

- ¿Cuál es, Holmes?
- El hallazgo de la pistola en su guardarropa.
- ¡Caramba, Holmes! –exclamé–, ése me parecía el detalle más condenatorio de todos.
- No es así, Watson. Me había llamado la atención, incluso la primera vez que lo leí por encima, como algo muy extraño, y ahora que estoy más en contacto con el caso, es mi única base firme de esperanza. Tenemos que buscar coherencia. Donde falta, debemos sospechar engaño.
- Apenas le sigo.
- Bueno, vamos, Watson, imaginemos por un momento que es usted una mujer que, de un modo frío y premeditado, va a liberarse de una rival. Usted lo ha planeado. Hay escrita una nota. Usted tiene su arma. El crimen ha sido llevado a cabo. Ha sido eficaz y completo. ¿Me va a decir que después de llevar a cabo un crimen tan hábil echaría a perder su reputación olvidando tirar el arma en una de esas matas de juncos que la cubrirían para siempre, y que por fuerza tiene que llevársela a casa cuidadosamente y colocarla en su propio guardarropa, el primerísimo lugar que registrarían? Ni sus mejores amigos le llamarían astuto, Watson, y sin embargo, no le puedo imaginar haciendo algo tan torpe como eso.
- En la excitación del momento...
- No, Watson, no voy a admitir que eso sea posible. Cuando se premedita fríamente un crimen, los medios de ocultarlo también están fríamente premeditados. Espero, por tanto, que estemos en presencia de un serio error.
- Pero hay mucho que explicar.
- Bueno, nos dedicaremos a explicarlo. Una vez que se cambia de punto de vista, lo que era algo tan condenatorio se convierte en una clave de la verdad. Por ejemplo, está el revólver. La señorita Dunbar niega conocerlo en absoluto. En nuestra nueva teoría, dice la verdad cuando lo afirma así. Por tanto, se lo pusieron en el guardarropa. ¿Quién lo puso allí? Alguien que deseaba incriminarla. ¿No era esa persona el verdadero criminal? Ya ve cómo llegamos en seguida a una línea muy fecunda de investigación.

Nos vimos obligados a pasar la noche en Winchester, ya que las formalidades no estaban todavía completadas, pero a la mañana siguiente, en compañía del señor Joyce Cummings, el prometedor abogado a quien se había confiado la defensa, se nos permitió ver a la señorita en su celda. Por todo lo que habíamos oído, yo esperaba ver una mujer hermosa, pero nunca olvidaré el efecto que me produjo la señorita Dunbar. No era extraño que incluso el dominante millonario hubiera encontrado en ella algo más poderoso que él mismo, algo que podía dominarle y guiarle. Uno notaba también, al mirar esa cara, fuerte, bien cortada pero sensitiva, que aunque ella fuera capaz de alguna acción impetuosa, sin embargo había en ella una innata nobleza de carácter que haría que su influencia fuera siempre para bien. Era morena, alta, con una figura noble y una presencia dominadora, pero sus ojos oscuros tenían la expresión desvalida y apelante de la criatura acosada que siente las redes a su alrededor, pero no ve la salida. Ahora, al darse cuenta de la presencia y la ayuda de mi famoso amigo, un toque de color subió a sus mejillas consumidas y una luz de esperanza empezó a fulgar en la mirada que nos dirigió.

- ¿Quizá el señor Neil Gibson le ha dicho algo de lo que ocurrió entre nosotros? –preguntó, con voz sorda y agitada.
- Sí –respondió Holmes–, no tiene que molestarse en entrar en esa parte de la historia. Después de verla, estoy dispuesto a aceptar la declaración del señor Gibson tanto sobre la influencia que usted ejercía sobre él como sobre la inocencia de sus relaciones con él. Pero ¿por qué no se ha explicado toda esa situación en el proceso de instrucción?

– Me parecía terrible que se pudiera sostener tal acusación. Creí que, si esperábamos, todo el asunto se aclararía por sí solo, sin que hubiera necesidad de entrar en penosos detalles de la vida íntima de la familia. Pero creo que, lejos de aclararse, se ha hecho aún más grave.

– Mi querida señorita –exclamó Holmes gravemente–, le ruego que no se haga ilusiones sobre ese punto. El señor Cummings, aquí presente, le asegurará que todas las cartas están ahora contra nosotros, y que tenemos que hacer todo lo posible si hemos de ganar y que todo quede en claro. Sería un cruel engaño fingir que no está usted en un peligro muy grande. Proporcióname, pues, toda la ayuda que pueda para llegar a la verdad.

– No ocultaré nada.

– Háblenos, entonces, sobre sus verdaderas relaciones con la mujer del señor Gibson.

– Me odiaba, señor Holmes. Me odiaba con todo el fervor de su carácter tropical. Era una mujer que no hacía nada a medias, y la medida de su amor a su marido era también la medida de su odio hacia mí. Es probable que malentendiera nuestras relaciones. No querría calumniarla, pero amaba tan vivamente en un sentido físico que apenas podía comprender el vínculo mental, e incluso espiritual, que unía a su marido a mí, ni imaginar que era sólo mi deseo de influir en su poder para buenos fines lo que me retenía bajo su techo. Ahora veo que yo estaba equivocada. Nada podía justificar que me quedara allí donde era causa de infelicidad, y sin embargo es seguro que la infelicidad habría seguido aunque me hubiera marchado de la casa.

– Bueno, señorita Dunbar –dijo Holmes–, le ruego que nos diga exactamente qué ocurrió esa noche.

– Puedo decirle la verdad en la medida en la que sé, señor Holmes, pero no estoy en condiciones de demostrar nada, y hay puntos –los más vitales– que no puedo explicar, y que no puedo imaginar cómo podrían explicarse.

– Si usted encuentra los hechos, quizá otros encontrarán la explicación.

– Entonces, con respecto a mi presencia en el puente de Thor esa noche, recibí una nota de la señora Gibson por la mañana. Estaba puesta en la mesa del cuarto donde dábamos clase, y quizá la pusiera ella con su propia mano. Me imploraba que la viera después de cenar, decía que tenía algo importante que decirme y me rogaba que dejara una respuesta en el reloj de sol del jardín, porque deseaba que nadie lo supiera. Yo no veía razón para tal secreto, pero hice lo que me pedía, y acepté la cita. Me pedía que destruyera su nota, y la quemé en la estufa de la clase. Ella tenía mucho miedo de su marido, que la trataba con una aspereza por la que yo le reprochaba frecuentemente, y sólo pude imaginar que ella no deseaba que él supiera nada de nuestra entrevista.

– Pero ella guardó su respuesta cuidadosamente.

– Sí. Me sorprendió que la tuviera en la mano al morir.

– Bueno, ¿qué pasó luego?

– Fui allí como había prometido. Cuando llegué al puente, ella me esperaba. Nunca me di cuenta hasta ese momento de cuánto me odiaba esa pobre criatura. Era como una loca; en efecto, creo que estaba loca, sutilmente loca, con ese profundo poder de engaño que a veces tienen los locos. Si no ¿cómo hubiera podido tratarme todos los días con indiferencia y sentir sin embargo un odio tan furioso contra mí en su corazón? No diré lo que dijo. Vertió toda su furia salvaje en palabras horribles, que quemaban. Yo ni contesté: no pude. Era horrible verla. Me tapé los oídos con las manos y me marché a toda prisa. Al dejarla, ella seguía allí, parada, chillándome sus maldiciones, a la entrada del puente.

– ¿Dónde la encontraron después?

– A pocos pasos del lugar.

- Y sin embargo, suponiendo que ella muriera poco después que la dejó usted, ¿no oyó usted ningún disparo?
- No, no oí nada. Pero, claro, señor Holmes, yo estaba tan agitada y horrorizada por esa terrible explosión que me apresuré a volver a la paz de mi cuarto, y era incapaz de notar nada de lo que pasaba.
- Dice que volvió a su cuarto. ¿Lo volvió a dejar antes de la mañana siguiente?
- Sí, cuando se dio la alarma de que había muerto esa pobre criatura, yo salí corriendo con los demás.
- ¿Vio al señor Gibson?
- Sí; acababa de volver del puente cuando le vi. Había mandado a buscar al médico y al policía.
- ¿Le pareció muy perturbado?
- El señor Gibson es un hombre muy fuerte y que se sabe controlar. Creo que nunca mostraría sus emociones. Pero yo, que le conocía bien, vi que estaba profundamente afectado.
- Entonces llegamos al punto más importante. Esa pistola que se encontró en su cuarto, ¿la había visto antes alguna vez?
- Nunca, lo juro.
- ¿Cuándo se encontró?
- A la mañana siguiente, cuando la policía hizo su registro.
- ¿Entre su ropa?
- Sí, en el suelo de mi guardarropa, debajo de mis trajes.
- ¿No pudo suponer cuánto llevaba allí?
- No estaba allí la mañana anterior.
- ¿Cómo lo sabe?
- Porque arreglé el guardarropa.
- Eso es definitivo. Entonces alguien entró en su cuarto y colocó el arma allí para inculparla.
- Tuvo que ser así.
- ¿Y cuándo?
- Sólo pudo ser a las horas de comer, o si no, a las horas cuando yo daba clase a los niños.
- ¿Tal como estaba usted cuando recibió la nota?
- Sí; desde ese momento en adelante, toda la mañana.
- Gracias, señorita Dunbar. ¿Hay algún otro punto que pueda servirme en la investigación?
- No se me ocurre ninguno.
- Hubo algún signo de violencia en la piedra del puente: una mella muy reciente enfrente mismo del cadáver. ¿Podría sugerir alguna explicación posible?
- Seguro que es una mera coincidencia.
- Curioso, señorita Dunbar, muy curioso. ¿Por qué iba a aparecer en el mismo momento de la tragedia y por qué en el mismo sitio?
- Pero ¿qué pudo causarlo? Sólo una violencia muy grande pudo tener tal efecto.

Holmes no contestó. Su cara pálida y ansiosa había asumido de repente esa expresión tensa y remota que me había acostumbrado a asociar con las supremas manifestaciones de su genio. Tan

evidente era la crisis en su mente que ninguno de nosotros se atrevió a hablar, y allí nos quedamos sentados, el abogado, la procesada yo, observándole en un silencio concentrado y absorto. De repente se levantó de la silla de un salto, vibrando de energía nerviosa y de apremiante necesidad de acción.

– ¡Vamos, Watson, vamos! –exclamó.

– ¿Qué pasa, señor Holmes?

– No se preocupe, mi querida señorita. Tendrá noticias más, señor Cummings. Con la ayuda del Dios de la justicia, le proporcionaré una defensa que hará resonar a Inglaterra. Tendrá noticias mañana, señorita Dunbar, y mientras tanto esté segura de que las nubes se están levantando y que tengo todas las esperanzas de que la luz de la verdad se abra paso.

No era largo el viaje desde Winchester hasta Thor Place, pero fue largo para mi impaciencia, mientras que para Holmes evidentemente resultaba interminable, pues, a causa de su nerviosismo, no podía sentarse, y daba vueltas por el vagón o tamborileaba con sus largos dedos sensitivos en los almohadones que había a su lado. De repente, sin embargo, cuando nos acercábamos a nuestro destino, se sentó enfrente de mí –teníamos un vagón de primera para nosotros solos– y poniéndome una mano en cada rodilla me miró a los ojos con la mirada peculiarmente maligna que era característica de su humor más travieso.

– Watson –dijo–, creo recordar que usted va armado en estas excursiones nuestras.

Le parecía muy conveniente que lo hiciera, pues él se cuidaba muy poco de su propia seguridad cuando su mente estaba absorbida en un problema, así que más de una vez mi revólver había sido un buen amigo en la necesidad. Se lo recordé así.

– Sí, sí, yo soy un poco distraído en esos asuntos. Pero ¿lleva el revólver encima?

Lo saqué de mi bolsillo lateral, un arma pequeña, corta, cómoda, pero muy útil. El soltó el cierre, sacó los cartuchos y lo examinó con cuidado.

– Es pesado, notablemente pesado –dijo.

– Sí, es una pieza bastante sólida.

Caviló sobre ella unos momentos.

– Sabe, Watson –dijo–, creo que su revólver va a tener una relación muy estrecha con el misterio que estamos investigando.

– Mi querido Holmes, está bromeando.

– No, Watson, hablo en serio. Tenemos una prueba por delante. Si la prueba sale bien, todo estará claro, y la prueba dependerá de la conducta de esta pequeña arma. Un cartucho fuera. Ahora volveremos a poner los otros cinco y echaremos el seguro. ¡Así! Eso aumenta el peso y lo convierte en una reproducción mejor.

No tenía yo idea de lo que había en su mente ni él me iluminó, sino que siguió perdido en sus pensamientos hasta que paramos en la pequeña estación de Hampshire. Obtuvimos un destartado cochecillo, y en un cuarto de hora estábamos en casa de nuestro amigo confidencial, el sargento.

– ¿Una pista, señor Holmes? ¿Cuál es?

– Todo depende del funcionamiento del revólver del doctor Watson –dijo mi amigo–. Aquí está. Bueno, sargento, ¿puede darme diez yardas de cuerda?

La tienda del pueblo nos proporcionó un ovillo de fuerte guta.

– Creo que esto es lo único que necesitamos –dijo Holmes–. Ahora, si les parece bien,

emprenderemos lo que espero que sea la última etapa de nuestro viaje.

El sol se ponía, convirtiendo el ondulado páramo de Hampshire en un prodigioso panorama otoñal. El sargento, con miradas críticas e incrédulas, que evidenciaban sus profundas dudas sobre la cordura de mi acompañante, iba remoloneando a nuestro lado. Al acercarnos al escenario del crimen, vi que mi amigo, por debajo de su habitual frialdad, estaba en realidad profundamente agitado.

– Si –dijo, en respuesta a mi observación–, ya me ha visto alguna vez fallar el blanco, Watson. Tengo instinto para estas cosas y sin embargo a veces me ha engalado. Parecía una certidumbre cuando me relampagueó por la mente en la celda de Winchester, pero uno de los inconvenientes de una mente activa es que siempre se pueden imaginar explicaciones alternativas que harían que nuestra pista fuera falsa. Y sin embargo..., sin embargo... Bueno, Watson, no podemos más que probar.

Mientras caminaba había atado firmemente un cabo de la cuerda al mando del revólver. Ahora habíamos llegado al escenario de la tragedia. Con mucho cuidado, bajo la guía del policía, situó el lugar exacto donde había estado tendido el cadáver. Luego buscó entre los brezos y helechos hasta encontrar una piedra voluminosa. La ató al otro extremo de la cuerda, y la colgó sobre el parapeto del puente de modo que pendía suelta sobre el agua. Luego se situó en el lugar fatal, a cierta distancia del borde del puente, con mi revólver en la mano, teniendo la cuerda tensa entre el arma y la pesada piedra al otro extremo.

– ¡Vamos allá! –exclamó.

Diciendo estas palabras levantó la pistola hasta la cabeza y luego la soltó. En un momento la arrebató el peso de la piedra, golpeando con un fuerte chasquido el parapeto, y se desvaneció por encima de la balaustrada cayendo al agua. Apenas había desaparecido cuando Holmes se arrodilló junto a la piedra, y un jubiloso grito mostró que había encontrado lo que esperaba.

– ¿Ha habido nunca una demostración más exacta? –exclamó–. ¡Vea, Watson, su revólver ha resuelto el problema! –señaló una segunda mella del mismo tamaño y forma de la piedra, que había aparecido bajo el reborde de la balaustrada de piedra–. Nos quedaremos esta noche en la posada –continuó, levantándose y encarándose con el asombrado sargento–. Por supuesto, usted buscará un gancho de recoger y recobrará fácilmente el revólver de mi amigo. También encontrará a su lado el revólver, la cuerda y la piedra con que esa vengativa mujer intentó disfrazar su propio crimen y cargarle una acusación de asesinato a una víctima inocente. Puede hacerle saber al señor Gibson que le veré por la mañana, cuando se puedan dar precisos pasos para vindicar a la señorita Dunbar.

Bien entrada la noche, mientras fumábamos nuestras pipas en la posada del pueblo, Holmes me hizo un breve resumen de lo que había pasado.

– Me temo, Watson –dijo–, que no mejorará usted la reputación que haya adquirido yo añadiendo a sus anales el caso del misterio de puente de Thor. He estado torpe, y me ha faltado esa mezcla de imaginación y realidad que es la base de mi arte. Confieso que la mella en la balaustrada de piedra era una pista suficiente para sugerir la solución verdadera, y me critico a mí mismo por no haberla descubierto antes.

»Debe admitirse que lo que planeó la mente de esa desgraciada mujer era profundo y sutil, de modo que no era cosa sencilla desenredar su plan. Creo que en nuestras aventuras nunca hemos encontrado un ejemplo más extraño de lo que puede producir un amor extraviado. Que la señorita Dunbar fuera su rival en un sentido físico o meramente mental, le pareció imperdonable a sus ojos. Sin duda, echó la culpa a esa inocente señorita de todos los malos tratos y duras palabras con que su marido trataba de rechazar su afecto demasiado demostrativo. Su primera resolución fue acabar con su propia vida. La segunda fue hacerlo de tal modo que enredara a su víctima en un destino que fuera mucho peor que ninguna muerte súbita.

»Podemos seguir claramente los diversos pasos, y éstos muestran una notable sutileza mental. Con gran astucia, consiguió de la señorita Dunbar una nota que hiciera parecer que ella había elegido el escenario del crimen. En su afán de que se descubriera, ella exageró un poco, agarrándola en la mano hasta el final. Sólo eso debía haber provocado sospechas antes de lo que ocurrió.

»Luego tomó uno de los revólveres de su marido –había, como ha visto, un arsenal en la casa– y se lo guardó para hacer uso de él. Alguien lo había escondido esa mañana en el guardarropa de la señorita Dunbar, después de disparar un cartucho, lo que pudo hacer fácilmente en los bosques sin llamar la atención. Luego bajó al puente, donde había organizado ese método tan enormemente ingenioso para desembarazarse de su arma. Cuando apareció la señorita Dunbar, empleó su último aliento en verter su odio, y luego, cuando, ella ya no la podía oír, llevó a cabo su terrible propósito. Ahora todos los eslabones están en su sitio y la cadena se ha completado. Los periódicos preguntarán por qué no se dragó el lago para empezar, pero es muy fácil ser juicioso a posteriori, y en todo caso, la extensión de un lago lleno de juncos no es fácil de dragar si no se tiene una idea clara de qué se busca y dónde. Bueno, Watson, hemos ayudado a una notable mujer, y también a un hombre temible. Si en el futuro unen sus fuerzas, como parece probable, el mundo financiero quizá sepa que el señor Neil Gibson ha aprendido algo en esta aula de la Tristeza donde se enseñan nuestras lecciones terrenales.

La aventura del hombre que reptaba

El Sr. Sherlock Holmes siempre fue de la opinión de que debería publicar los singulares hechos conectados con el profesor Presbury, si siquiera disipara de una vez por todas los desagradables rumores que hace veinte años agitaron la universidad y que se hicieron eco en las cultas sociedades londinenses. Hubo, sin embargo, ciertos obstáculos en el camino, y la verdadera historia de este curioso caso permanece sepultada en la caja de lata que contiene tantos registros de las aventuras de mi amigo. Ahora hemos obtenido al fin el permiso para ventilar los hechos que formaron uno de los últimos casos manejados por Holmes antes de su retiro de la práctica. Incluso ahora una cierta reticencia y discreción tiene que ser observada situando al asunto antes que al público.

Fue una tarde a primera hora de un Domingo de Septiembre del año 1903 que recibí uno de los lacónicos mensajes de Holmes:

Venga inmediatamente si le es posible... si le es imposible venga de cualquier manera. S. H.

Las relaciones entre nosotros en esos últimos días eran peculiares. Era un hombre de hábitos, limitados y concentrados hábitos, y yo me volví uno de ellos. Como una institución me gustaba el violín, el tabaco desgastado, la vieja pipa negra, los catálogos, y otros quizás menos perdonables. Cuando era un caso de trabajo activo y un camarada estaba necesitado sobre quien los ánimos podían situar alguna confianza, mi rol era obvio. Pero aparte de esto tenía mis aplicaciones. Era una piedra de afilar para su mente. Lo estimulaba. Le gustaba pensar en voz alta en mi presencia. Sus comentarios podían duramente decirse hechos hacia mí... muchos de ellos podían haber sido apropiadamente dirigidos a su cama... pero con todo, teniendo formado el hábito, se volvía de cierta manera útil que le registrara e interrumpiera. Si lo irritaba por una cierta lentitud metódica en mi mentalidad, esa irritación le servía solamente para hacer sus propias intuiciones e impresiones más vívidamente y rápidamente. Tal era mi humilde rol en nuestra alianza.

Cuando arribé a Baker Street lo encontré agazapado en su sillón con las rodillas flexionadas, su pipa en la boca y su ceja arrugada en pensamientos. Era claro que estaba en la angustia de algún fastidioso problema. Con una agitación de su mano me indicó mi viejo sillón, pero de otra manera durante media hora no dio señal de que estuviera percatado de mi presencia. Entonces con un susto pareció venir de su ensueño, y con su usual sonrisa caprichosa me dio la bienvenida a lo que una vez fue mi casa.

—Me disculparé una cierta abstracción mental, mi querido Watson —dijo—. Algunos curiosos hechos me han sometido durante las últimas veinticuatro horas, y ellas a su vez han creado algunas especulaciones de un carácter más general. Tengo serios propósitos de escribir una pequeña monografía sobre los usos de canes en el trabajo de los detectives.

—Pero seguramente, Holmes, esto ya ha sido explorado —dije—. Sabuesos... Perros de caza...

—No, no, Watson, ese lado del asunto es, por supuesto, obvio. Pero hay otro el cual es por mucho más sutil. Puede recordar que en un caso en el cual, en su forma sensacionalista, lo asoció con Copper Beeches, estuve capacitado, por mirar la mente del niño, de formar una deducción en lo que se refiere a los hábitos criminales del muy presumido y respetable padre.

—Sí, lo recuerdo muy bien.

—Mi línea de pensamientos sobre los canes es análoga. Un can refleja la vida familiar. ¿Quién ha visto un retozado can en una melancólica familia, o un triste can en una feliz? Gente rabiosa tiene canes rabiosos, gente peligrosa tiene peligrosos. Y sus ánimos pasajeros pueden reflejan los ánimos pasajeros de otros.

Sacudí mi cabeza.

—Seguramente, Holmes, esto es un poco descabellado —dije.

Había rellenado su pipa y volvió a tomar su asiento, sin tomar nota de mi comentario.

—La aplicación práctica de lo que he dicho está muy relacionada con el problema que estoy investigando. Es un ovillo enmarañado, usted lo entiende. Y estoy buscando un cabo suelto. Un posible cabo suelto que yace en la cuestión: ¿Porqué Roy, el perro lobo del profesor Presbury, se empeña en morderlo?

Me volví a sumir en mi silla con cierto disgusto. ¿Era por una pregunta tan trivial como esta que había sido citado desde mi trabajo? Holmes recorrió con la mirada a través mío.

—¡El mismo viejo Watson! —dijo—. Nunca aprende que los asuntos más graves pueden depender sobre las cosas más pequeñas. Pero no es a simple vista que un filósofo formal y entrado en años... ¿Ha oído de Presbury, por supuesto, el famoso fisiólogo de Camford...? ¿Es tal un hombre, quien su amigo ha sido su consagrado perro lobo, ahora haya sido atacado dos veces por su propio can? ¿Qué piensa de ello?

—El can está enfermo.

—Bueno, eso tiene que ser considerado. Pero no ataca a nadie más, ni molesta aparentemente a su dueño, excepto en ocasiones muy especiales. Curioso, Watson... muy curioso. Pero el joven Sr. Bennett está antes de tiempo si ese es su llamado. Había esperado tener una larga charla con usted antes de que llegara.

Hubo unos rápidos pasos en la escalera, un golpeteo sostenido en la puerta y un momento después el nuevo cliente se presentó a sí mismo. Era un alto y gallardo joven cercano a los treinta, bien vestido y elegante, pero con algo en su porte que sugería la timidez del estudiante más bien que la autoposesión del hombre de mundo. Sacudió las manos con Holmes, y entonces me miró con cierta sorpresa.

—Este asunto es muy delicado, Sr. Holmes —dijo—. Considere la relación en la que estoy con el profesor Presbury públicamente y privadamente. Realmente puedo a duras penas justificarme si hablo ante cualquier tercera persona.

—No tenga miedo, Sr. Bennett. El Dr. Watson es el alma de la discreción, y puedo asegurarle que este es un asunto en el cual es muy probable que necesite un asistente.

—Como quiera, Sr. Holmes. Usted, estoy seguro, entenderá que tengo mis reservas en el asunto.

—Lo apreciaré, Watson, cuando le diga que este caballero, el Sr. Trevor Bennett, es el asistente profesional del gran científico, vive bajo su techo, y está comprometido con su única hija. Ciertamente debemos estar de acuerdo que el profesor ha clamado por sobre todo por su lealtad y dedicación. Pero puede ser enseñado tomando los pasos necesarios para aclarar este extraño misterio.

—Eso espero, Sr. Holmes. Ese es mi único objetivo. ¿Conoce el Dr. Watson la situación?

—No he tenido tiempo de explicarle.

—Entonces quizás sería preferible que me vaya por tierra de nuevo antes de explicar algunos nuevos desarrollos.

—Lo haré por mí mismo —dijo Holmes— a fin de mostrar que tengo los eventos en su correcto orden. El profesor, Watson, es un hombre de reputación europea. Su vida ha sido académica. Nunca ha habido un respiro de escándalo. El es viudo con una hija, Edith. Es, deduzco, un hombre de mucha virilidad y positivismo, uno poderoso y digamos combativo de carácter. Así que el asunto se mantuvo hasta hace unos pocos meses.

»Entonces la corriente de su vida se rompió. Tiene sesenta y un años de edad, pero se comprometió con la hija del profesor Morphy, su colega en la silla de anatomía comparativa. No era, como lo entiendo, el cortejo razonable de un hombre envejecido pero sin embargo el apasionado frenesí de la juventud, porque ninguno puede mostrarlo como el más dedicado amante. La señorita, Alice Morphy, era una muchacha muy perfecta en mente y cuerpo, así que

esa era toda la excusa para el enamoramiento del profesor. Nada menos, no la citó con la total aprobación de su propia familia.

—Pensamos que es más bien excesivo —dijo nuestro visitante.

—Exactamente. Excesivo y un poco violento y antinatural. El profesor Presbury era rico, de todos modos, y no había objeción sobre la parte del padre. La hija, sin embargo, tenía otros criterios, y habían varios candidatos para su mano, quienes, si fueran menos elegibles desde un mundano punto de vista, eran por lo menos mayores de edad. La muchacha parecía gustarle el profesor en el espíritu de su excentricidad. Era solamente la edad lo que permanecía entre medio.

—Durante este tiempo un pequeño misterio repentinamente nubló la normal rutina de la vida del profesor. Hizo lo que nunca había hecho antes. Dejó su casa y no dio indicaciones acerca de a dónde iba. Se alejó por una quincena y regresó pareciendo más bien fatigado por el viaje. No hizo alusión a dónde había estado a pesar de que era usualmente el más sincero de los hombres. Ocurrió, sin embargo, que nuestro cliente aquí presente, el Sr. Bennett, recibió una carta de un compañero de estudios en Praga, quien dijo que estaba contento de haber visto al profesor Presbury allí, pese a que no fue capaz de hablarle. Solamente de esta forma su propio grupo familiar se enteró de donde había estado.

»Ahora viene el punto. Desde este tiempo en adelante un curioso cambio sobrevino al profesor. Se volvió furtivo y astuto. Aquellos a su alrededor tenían siempre el sentimiento de que no era el hombre que ellos habían conocido, pero que estaba bajo alguna sombra la cual había oscurecido sus más altas cualidades. Su intelecto no fue afectado. Sus conferencias eran tan brillantes como siempre. Pero siempre había algo nuevo, algo siniestro e inesperado. Su hija, quien estaba dedicada a él, trató una y otra vez de reanudar las viejas relaciones y penetrar esta máscara que su padre parecía ponerse. Usted, señor, como lo entiendo, hizo lo mismo... pero todo fue en vano. Y ahora, Sr. Bennett, cuente con sus propias palabras el incidente de las cartas.

—Deberá entender, Dr. Watson, que el profesor no tenía secretos conmigo. Si fuera su hijo o su hermano menor no podría disfrutar completamente sus confidencias. Como su secretario manejé todo papel que le llegara, y abrí y subdividí sus cartas. Poco tiempo después de su regreso todo esto cambió. Me dijo que ciertas cartas podrían llegarle desde Londres y podrían estar marcadas con una cruz bajo la estampilla. Estas debían ser apartadas para ser vistas por sus propios ojos. Debo decir que varias de estas pasaron a través de mis manos, y que ellas tenían la marca, y escritas con la escritura de un analfabeto. Si les respondió todas las respuestas no pasaron por mis manos ni dentro de la canasta para cartas en la que nuestra correspondencia es recolectada.

—Y la caja —dijo Holmes.

—Ah, sí, la caja. El profesor volvió con una pequeña caja de madera de sus viajes. Era la única cosa que sugería un paseo continental, porque era una de esas pintorescas y esculpidas cosas que uno asociaría con Alemania. Esto lo puso en su armario de instrumentos. Un día, buscando por una cánula, tomó la caja. Para mi sorpresa estaba muy enfadado y me reprobó en palabras que serían considerablemente salvajes para mi curiosidad. Era la primera vez que tal cosa había sucedido, y estaba profundamente herido. Me esforcé en explicar que era un mero accidente que haya tocado la caja, pero toda la tarde fui consciente que me miraba cruelmente y que el incidente lo exasperaba mentalmente —el Sr. Bennett sacó una pequeña agenda de su bolsillo—. Fue el 2 de Julio —dijo.

—Es ciertamente un admirable testigo —dijo Holmes—. Puedo necesitar alguno de esos datos que ha anotado.

—Aprendí el método entre otras cosas de mi gran maestro. Desde el momento en que observé las anomalías en su comportamiento sentí que era mi deber estudiar su caso. De esa manera sé que en ese mismo día, el 2 de Julio, Roy atacó al profesor cuando venía de su estudio al salón. De nuevo, el 11 de Julio, hubo una escena del mismo tipo, y entonces tomé nota de otro

el 20 de Julio. Luego de eso tuvimos que desterrar a Roy a los establos. Era un querido y afectuoso animal... pero temo que lo estoy aburriendo.

El Sr. Bennett habló en un tono de reproche, porque fue muy claro que Holmes no estaba escuchando. Su cara estaba rígida y sus ojos brillaron abstraídamente en el techo. Con un esfuerzo se recuperó.

—¡Singular! ¡Lo más singular! —murmuró—. Esos detalles me son nuevos, Sr. Bennett. Pienso que hemos llegado lejos sobre la vieja base, ¿no es cierto? Pero usted habla de nuevos desarrollos.

La agradable y accesible cara de nuestro visitante se nubló, ensombrecida por algún grotesco recuerdo.

—Lo que diré ocurrió antes de la última noche —dijo—. Estaba despierto acostado sobre las dos de la mañana, cuando me percaté de un sonido monótono y amortiguado viniendo desde el vestíbulo. Abrí mi puerta y me asomé. Debo explicar que el profesor duerme al final del vestíbulo...

—¿Cuándo fue la fecha? —preguntó Holmes.

Nuestro visitante estaba claramente anonadado de una interrupción tan irrelevante.

—He dicho, señor, que fue la noche anterior a la última... eso es, el 4 de Septiembre.

Holmes cabeceó y sonrió.

—Por favor continúe —dijo.

—Dormía al final del vestíbulo y debía haber pasado por mi puerta a fin de alcanzar la escalera. Era una experiencia realmente atemorizante, Sr. Holmes. Pienso que soy de nervios de acero como mis vecinos, pero fui sacudido por lo que vi. El vestíbulo estaba oscuro excepto por una ventana a medio trayecto que arrojaba un remiendo de luz. Pude ver que algo estaba viniendo a lo largo del vestíbulo, algo oscuro y agazapado. Entonces repentinamente emergió dentro de la luz, y vi lo que era. Estaba arrastrándose, Sr. Holmes... ¡Arrastrándose! No necesariamente con sus manos y rodillas. Debería mejor dicho decir con sus manos y pies, con su cara sumergida entre sus manos. Aún parecía moverse con facilidad. Estaba tan paralizado por el espectáculo que no fue hasta que alcancé mi puerta que estuve capacitado para retroceder y preguntarle si podía asistirlo. Su respuesta fue extraordinaria. Brotó, lanzándome palabras atroces hacia mí, y se apresuró en pasarme, y bajó las escaleras. Esperé cerca de una hora, pero no regresó. Debí haber sido con la luz del día antes de que recobrase su habitación.

—¿Bien, Watson, que opina de ello? —preguntó Holmes con el aire del patólogo quien presenta un raro espécimen.

—Lumbago, posiblemente. He conocido que un ataque severo puede hacer que un hombre camine de tal manera, y nada sería mayor tratándose del temperamento.

—¡Bien, Watson! Siempre mantiene los pies planos sobre el piso. Pero duramente podemos aceptar el lumbago, desde que estaba apto para permanecer erecto en un momento.

—Nunca ha estado mejor de salud —dijo Bennett—. De hecho, es más fuerte de lo que he conocido por años. Pero esos son los hechos, Sr. Holmes. No es un caso donde podamos consultar con la policía, y con todo no sabemos que más hacer en cuanto a lo que tenemos que hacer, y sentimos de alguna extraña manera que estamos caminando sin rumbo hacia el desastre. Edith... la Señorita Presbury... así lo siente, que no podemos esperar pasivamente por mucho tiempo.

—Es ciertamente un curioso y sugestivo caso. ¿Usted que piensa, Watson?

—Hablando como un médico —dije—, parecer ser un caso para un alienista. Los procesos cerebrales del viejo caballero estaban distorsionados por la aventura romántica. Hizo un viaje al

extranjero con la esperanza de transgredirse de la pasión. Sus cartas y la caja pueden estar conectadas con alguna otra transacción privada... un préstamo, quizás, o certificados de acciones, los cuales estaban en la caja.

—Y el perro lobo sin duda desaprobó el negocio financiero. No, no, Watson, hay más en esto que ello. Ahora, sólo puedo sugerir...

Lo que Sherlock Holmes estaba a punto de sugerir nunca será conocido, porque en este momento la puerta se abrió y una joven señorita se presentó en la habitación. Cuando ella apareció el Sr. Bennett saltó con una exclamación y corrió directo con sus manos abiertas a encontrarse con aquellas que ella extendía.

—¡Edith, querida! ¿Nada del asunto, espero?

—Sentí que debía seguirte. ¡Oh, Jack, he estado tan terriblemente asustada! Es horrible estar allí sola.

—Sr. Holmes, esta es la joven señorita de la que le hablé. Ella es mi prometida.

—¿Estamos gradualmente llegando a esa conclusión, no es cierto, Watson? —Holmes respondió con una sonrisa—. La entienda, señorita Presbury, ¿hay algún nuevo desarrollo en el caso, y que usted piense que debería conocer?

Nuestro nuevo visitante, una brillante y elegante muchacha de un tipo inglés convencional, sonrió a Holmes cuando se sentó al lado del Sr. Bennett.

—Cuando encontré que el Sr. Bennett había dejado su hotel pensé que probablemente lo encontraría aquí. Por supuesto, me ha contado que quería consultarlo. ¿Pero, oh, Sr. Holmes, puede hacer algo por mi pobre padre?

—Tengo esperanzas, señorita Presbury, pero el caso aún es oscuro. Quizás lo que haya venido a decir pueda tirar algo de luz sobre él.

—Fue la noche anterior, Sr. Holmes. Había estado muy extraño todo el día. Estoy seguro que hubo veces cuando no tenía conocimiento de lo que hacía. Vive como en un extraño sueño. Ayer fue tal día. No era con mi padre con quien vivía. Su caparazón externa allí estaba, pero no era realmente él.

—Cuénteme lo que sucedió.

—Estaba asustada por la noche porque el can ladraba furiosamente. Pobre Roy, él está encadenado ahora, cerca del establo. Debo decir que siempre dormí con mi puerta cerrada; porque, como Jack... como el Sr. Bennett... le dirá, todos tenemos un sentimiento de peligro inminente. Mi habitación está en el segundo piso. Sucedió que la persiana estaba abierta en mi ventana, y había afuera el brillo de luz de la luna. Como yacía con mis ojos clavados sobre el cuadrado de luz, escuchando a los frenéticos ladridos del can, estaba asombrada de ver la cara de mi padre mirándome. Sr. Holmes, muy cerca morí de sorpresa y horror. Estaba presionado contra el cristal de la ventana, y una mano pareció elevarse como si empujara la ventana. Si esa ventana se hubiera abierto, pienso que me hubiera vuelto loca. No fue una falsa ilusión, Sr. Holmes. No se engañe pensando en eso. Me atrevo a decir que fueron veinte segundos o algo así que me paralicé y observé su cara. Entonces desapareció, pero no pude... no pude saltar de la cama y mirar hacia afuera después de ello. Yacé fría y temblando hasta la mañana. En el desayuno estaba incisivo y feroz en su conducta, y no hizo alusión a la aventura de la noche. Ninguno lo hizo, pero le di una excusa para venir a la ciudad... y aquí estoy.

Holmes observó cuidadosamente sorprendido a la narrativa de la señorita Presbury.

—Mi estimada señorita, dice que su habitación está en el segundo piso. ¿Hay alguna escalera larga en el jardín?

—No, Sr. Holmes, esa es la parte asombrosa. No hay una manera posible de alcanzar la ventana... y con todo ahí estaba.

—Y la fecha fue el 5 de Septiembre —dijo Holmes—. Eso ciertamente complica el asunto.

Fue el cambio que produjo una mirada de sorpresa en la señorita.

—Esta es la segunda vez que hace alusión a la fecha, Sr. Holmes —dijo Bennett—. ¿Es posible que tenga alguna relación sobre el caso?

—Es posible... muy posible... y aún no tengo el completo objetivo al presente.

—¿Posiblemente está pensando de la conexión entre el delirio y las fases de la luna?

—No, se lo aseguro. Era una diferente línea de pensamiento. Posiblemente pueda dejar su agenda conmigo, y chequearé las fechas. Ahora que lo pienso, Watson, nuestra línea de acción está perfectamente clara. Esta señorita nos ha informado... y tengo la más grande confianza en su intuición... que su padre recuerda poco o nada de los que ocurrió sobre ciertas fechas. Nosotros en consecuencia lo llamaremos como si nos hubiera dado una cita sobre tal fecha. Se pondrá bajo su propia falta de memoria. De esa manera abriremos nuestra campaña teniendo una buena vista cercana de él.

—Eso es excelente —dijo el Sr. Bennett—. Le advierto, sin embargo, que el profesor es irascible y violento en ocasiones —Holmes sonrió.

—Son razones por las que debemos presentarnos inmediatamente... muy convincentes razones si mis teorías son correctas. Mañana, Sr. Bennett, ciertamente nos verá en Camford. Hay, si recuerdo bien, una posada llamada 'Las Damas' donde el oporto acostumbra a estar por encima de la mediocridad y las sábanas por encima del reproche. Pienso, Watson, que nuestra suerte por los próximos días pueda yacer en lugares menos agradables.

El Lunes por la mañana nos encontró en camino a la famosa ciudad universitaria... un fácil esfuerzo por parte de Holmes, quien no tenía raíces para desprenderse, pero uno que envolvía frenéticas y apuradas planificaciones por mi parte, ya que mi profesión era por este tiempo nada insignificante. Holmes no hizo alusión al caso hasta después de que hubiéramos depositado nuestras maletas en el antiguo hostel del cual había hablado.

—Creo, Watson, que debemos atrapar al profesor antes del almuerzo. Da conferencias a las once y debería tener un intervalo en su casa.

—¿Qué posibles excusas tenemos para llamarlo?

Holmes lanzó una mirada a su agenda.

—Hubo un período de excitación sobre el 26 de Agosto. Asumiremos que es un poco nebuloso respecto a lo que hace en tales momentos. Si insistimos que estábamos allí por una cita pienso que duramente se aventurará a contradecirnos. ¿Tiene la osadía necesaria para hacerlo hasta el final?

—Podemos probar.

—¡Excelente, Watson! La mezcla de Busy Bee y Excelsior. 'Podemos probar'... el slogan de la firma. Un nativo amigable seguramente nos guiará.

Sobre la parte trasera de un cabriolé pasamos rápidamente una fila de antiguos colegios y, finalmente adentrándonos dentro de un sendero de árboles alineados, paramos frente a la puerta de una encantadora casa, circundada con césped y cubierta con glicina púrpura. El profesor Presbury estaba ciertamente rodeado con todo signo no sólo de bienestar sino de lujuria. Incluso cuando lo paramos, una encanecida cabeza apareció en la ventana frontal, y estábamos conscientes de un par de vivaces ojos bajo unas cejas peludas las cuales nos examinaban a través de grandes anteojos. Un momento después estábamos realmente en su santuario, y el misterioso científico, quien sus caprichos nos habían traído desde Londres, permanecía frente a nosotros. No había ciertamente señales de excentricidad ni en sus maneras ni en su apariencia, porque era un hombre corpulento y de grandes rasgos, serio, alto, y cubierto con el hábito, con la dignidad de comportarse como un conferenciante necesita. Sus ojos eran su más remarcable

característica, vivaces, observadores, e ingenioso al borde de lo astuto.

Observó nuestras tarjetas.

—Por favor siéntense, caballeros. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

El Sr. Holmes sonrió cordialmente.

—Fue la pregunta que estaba a punto de hacerle, profesor.

—¡A mí, señor!

—Posiblemente debe algún error. He oído a través de una segunda persona que el profesor Presbury de Camford había necesitado de mis servicios.

—¡Oh, efectivamente! —me pareció que hubo un malicioso destello en sus intensos ojos grises — ¿Lo ha oído, es cierto? ¿Puedo preguntar el nombre de su informante?

—Lo siento, profesor, pero el asunto es más bien confidencial. Si he cometido un error no ha pasado nada. Sólo puedo expresar mi pésame.

—De ningún modo. Debería ir más lejos en este asunto. Me interesa. ¿Tiene algún retazo de escritura, alguna carta o telegrama, para sostener su manifestación?

—No, no lo tengo.

—¿Presumo que no ha ido tan lejos como para manifestar que lo he citado?

—Preferiría más bien respuestas, no preguntas —dijo Holmes.

—No, me atrevo a decir que no —dijo el profesor con aspereza—. Sin embargo, esta en particular puede ser respondida con facilidad sin su ayuda.

Caminó a través de la habitación hacia la campana. Nuestro amigo de Londres el Sr. Bennett, respondió el llamado.

—Pase, Sr. Bennett. Estos dos caballeros han venido desde Londres con la impresión de que han sido citados. Usted maneja toda mi correspondencia. ¿Tiene alguna nota de cualquier hecho dirigida a una persona llamada Holmes?

—No, señor —respondió Bennett con una sonrisa.

—Esto es concluyente —dijo el profesor, cegando airadamente a mi compañía—. Ahora, señor... —se reclinó hacia delante con sus dos manos sobre la mesa—... me parece que su posición es cuestionable.

Holmes se encogió de hombros.

—Solamente puedo repetir que lamento que hayamos hecho una intrusión innecesaria.

—¡Es suficiente, Sr. Holmes! —gritó el anciano con una voz muy estridente, con extraordinaria malevolencia sobre su cara. Se puso entre nosotros y la puerta cuando habló, y sacudió sus dos manos hacia nosotros con furia pasional—. Puede salir a duras penas tan fácilmente como eso —su cara estaba convulsa, y sonreía y farfullaba hacía nosotros en su insensata furia. Estoy convencido que hubiéramos debido pelear para poder salir de la habitación si el Sr. Bennett no hubiera intervenido.

—¡Mi estimado profesor —gritó— considere su posición! ¡Considere el escándalo en la universidad! El Sr. Holmes es un hombre muy conocido. No puede posiblemente tratarlo así con tal descortesía.

Malhumoradamente nuestro anfitrión... si puedo llamarlo así... despejó el camino hacia la puerta. Estábamos contentos de encontrarnos fuera de la casa y en el calmo sendero de árboles alineados. Holmes pareció enormemente entretenido por el episodio.

—Los nervios de nuestro ilustrado amigo están un tanto fuera de servicio —dijo—. Quizás nuestra intrusión fue un poco cruda, y con todo hemos ganado el contacto personal que quería.

Pero, mi estimado, Watson, él está seguramente a nuestros talones. El villano aún nos persigue. Hubo un sonido de pies corriendo detrás, pero no fue, para mi alivio, el formidable profesor sino su asistente quien apareció doblando la curva del camino. Vino jadeando hacía nosotros.

—Lo siento mucho, Sr. Holmes. Deseaba disculparme.

—Mi estimado señor, eso no es necesario. Es todo en el camino de la experiencia profesional.

—Nunca lo había visto de tan peligroso ánimo. Pero se puso más y más siniestro. Puede ahora entender porque su hija y yo estamos alarmados. Y por sobre todo su mente está perfectamente clara.

—¡Demasiado clara! —dijo Holmes—. Esa fue mi equivocación. Es evidente que su memoria es mucho más confiable de lo que había pensado. ¿Por cierto, podemos, antes de irnos, ver la ventana de la habitación de la señorita Presbury?

El Sr. Bennett se abrió camino a través de algunos arbustos, y tuvimos una vista del lado de la casa.

—Es esa. La segunda a la izquierda.

—Mi estimado, parece difícilmente accesible. Y aún con todo esto observará que hay una hiedra debajo y un caño de agua encima que podrían dar algún punto de apoyo.

—No podría trepar por mí mismo —dijo el Sr. Bennett.

—Muy probablemente. Sería ciertamente una hazaña peligrosa para cualquier hombre normal.

—Hay otra cosa que quería decirle, Sr. Holmes. Tengo la dirección del hombre en Londres a quien el profesor le escribe. Parece que ha sido escrita esta mañana, y lo tengo de su papel secante. Es una innoble posición para un secretario de confianza, ¿pero que más podía hacer?

Holmes observó al papel y lo puso en su bolsillo.

—Dorak... un nombre curioso. Eslavo, imagino. Bien, es un importante enlace en la cadena. Regresamos a Londres esta tarde, Sr. Bennett. No veo algún buen propósito que sirva para nuestra permanencia. No podemos arrestar al profesor porque no ha realizado ningún crimen, ni podemos situarlo bajo restricciones, porque no ha probado ser un loco. Ninguna acción es hasta ahora posible.

—¿Entonces que sobre la tierra vamos a hacer?

—Un poco de paciencia, Sr. Bennett. Los hechos se desarrollarán muy pronto. A menos que esté equivocado, el próximo Martes pueda señalar una crisis. Ciertamente deberíamos estar en Camford ese día. Mientras tanto, la posición general es indiscutiblemente desagradable, y si la señorita Presbury puede prologar su visita...

—Eso es fácil.

—Entonces permita que permanezca hasta que le aseguremos que todo el peligro es pasado. Mientras tanto, déjele hacer su camino y no lo cruce. Tanto como esté de buen humor todo estará bien.

—¡Ahí está! —dijo Bennett en un sobresaltado susurro. Mirando entre los arbustos vimos la alta y erecta figura emerger desde la puerta del vestíbulo y mirar alrededor. Permaneció reclinado hacia delante, sus manos se mecían en línea recta ante él, su cabeza giraba de lado a lado. El secretario con un último gesto se deslizó entre los árboles, y lo vimos reunirse gratamente con su empleador, los dos entraron juntos en la casa en lo que pareció ser una conversación animada e incluso excitante.

—Espero que el viejo caballero no haya estado atando cabos —dijo Holmes cuando nos alejábamos del hotel—. Me confundió teniendo un cerebro particularmente limpio y lógico por lo poco que vi. Explosivo, sin duda, pero entonces desde su punto de vista tenía algo para

desarrollar sobre si los detectives fueron puestos en su camino y sospecha de su grupo familiar de hacerlo. Sin embargo imagino que su amigo Bennett estará por un tiempo incómodo.

Holmes se detuvo en una oficina postal y envió un telegrama durante nuestro rumbo. La respuesta nos llegó en la tarde, y la agitó de un lado al otro.

He visitado la ruta comercial y he visto a Dorak. Persona afable, bohemia, anciana. Mantiene un gran almacén general. MERCER.

—Mercer es mi hombre de utilidad general y quien busca negocios de rutina. Es importante conocer algo del hombre con quien nuestro profesor estaba correspondiéndose tan secretamente. Su nacionalidad lo conecta con la visita a Praga.

—Gracias a Dios que algo se conecta con algo —dije—. Actualmente parece que nos estamos enfrentando con una larga serie de incidentes inexplicables sin ninguna relación con cada otra. Por ejemplo, ¿Qué posible conexión puede haber entre un perro lobo furioso y una visita a Bohemia, o ambos con un hombre arrastrándose por un vestíbulo en la noche? Respecto a las fechas, ese es el más grande desconcierto de todos.

Holmes sonrió y frotó sus manos. Estábamos, debo decir, sentados en la vieja sala de estar del antiguo hotel, con una botella de la famosa cosecha de la cual Holmes había hablado sobre la mesa, entre nosotros.

—Bien, ahora, tomemos las fechas primero —dijo, con sus puntas del dedo juntas y su modo como si estuviera dirigiendo una clase—. Este excelente diario del joven nos muestra que hubo un problema el 2 de Julio, y desde entonces en adelante pareció tener un intervalo de nueve días, con, tanto como recuerdo, sólo una excepción. De esta manera el último arranque un Viernes fue el 3 de Septiembre, el cual también cae en la serie, como lo hizo el 26 de Agosto, el cual lo precedía. El hecho está más allá de la coincidencia.

Estuve forzado a concordar.

—Déjeme, entonces, formar una teoría provisional que cada nueve días el profesor toma alguna fuerte droga que tiene un efecto pasajero pero altamente venenoso. Desde luego su naturaleza violencia es intensificada por ella. Aprendió a tomar esta droga mientras estuvo en Praga, y ahora es proporcionada por un intermediario bohemio en Londres. ¡Todo esto es lógico, Watson!

—¿Pero el can, la cara en la ventana, el hombre arrastrándose en el vestíbulo?

—Bien, bien, hemos hecho un comienzo. No debería esperar cualquier nuevo desarrollo hasta el próximo Martes. Entretanto solamente podemos mantenernos en contacto con nuestro amigo Bennett y disfrutar la buena cortesía de esta cautivante ciudad.

En la mañana el Sr. Bennett se deslizó a su alrededor para traernos los últimos reportes. Como Holmes lo había imaginado, el tiempo no había sido fácil con él. Sin acusarlo exactamente a él de ser el responsable de nuestra presencia, el profesor había sido muy agreste y rudo en su habla, y evidentemente sentía algún fuerte motivo de protesta. Esa mañana estaba calmo nuevamente, sin embargo, y había entregado su usual brillante lectura a una clase muy concurrida.

—Exceptuando sus extraños arrebatos —dijo Bennett— está en realidad más enérgico y vital de lo que puedo recordar, ni su cerebro estuvo tan claro alguna vez. Pero no es él... es el hombre que nunca he conocido.

—No creo que tenga algo ahora para temer por lo menos durante una semana —respondió Holmes—. Soy un hombre ocupado, y el Dr. Watson tiene sus pacientes para atender. Acordemos que nos encontraremos aquí a esta hora el próximo Martes, y estaré sorprendido si antes de que lo dejemos nuevamente no estemos calificados para explicar, incluso si quizás no podemos ponerle un final, a sus problemas. Mientras tanto, manténganos al corriente de lo que ocurra.

No vi a mi amigo durante los pocos días siguientes, pero el Lunes siguiente a la tarde recibí una corta nota preguntándome si lo encontraría al día siguiente en el tren. Desde que me contó que viajaríamos a Camford todo estuvo bien, la paz de la casa del profesor había estado calmada, y su propia conducta perfectamente normal. Este es también el reporte que nos fue dado por el Sr. Bennett cuando nos llamó esa tarde a nuestro viejo cuarto en ‘Las Damas’

—Escuchó hoy de su corresponsal en Londres. Hubo una carta y había un pequeño paquete, cada uno con la cruz bajo la estampilla la cual me advertía que no la tocara. No ha habido nada más.

—Eso puede probar muy poco —dijo Holmes desagradablemente—. Ahora, Sr. Bennett, debemos, pienso, llegar a alguna conclusión esta noche. Si mis deducciones son correctas deberemos tener una oportunidad de traer la cabeza al asunto. A fin de hacerlo es necesario mantener al profesor bajo observación. Sugiero, en consecuencia, que permanezca despierto y de guardia. Si lo escucha pasar por su puerta, no lo interrumpa, pero sígalo discretamente como pueda. El Dr. Watson y yo no estaremos muy lejos. ¿A propósito, dónde está la llave de esa pequeña caja de la que habló?

—Sobre su malla de reloj

—Imagino que nuestras investigaciones irán en esa dirección. En el peor de los casos la cerradura no será muy imponente. ¿Tiene algún otro robusto hombre en el servicio?

—Está el cochero, Macphail.

—¿Dónde duerme?

—Sobre los establos.

—Posiblemente lo querramos. Bien, no podemos hacer nada más hasta que veamos como se desarrollan los hechos. Adiós... pero espero que nos veamos antes del amanecer.

Fue cerca de la medianoche antes de que tomáramos nuestro puesto entre algunos arbustos inmediatamente opuestos al corredor de la puerta del profesor. Era una noche aceptable, pero fría, y estábamos contentos de nuestros cálidos abrigos. Hubo una ráfaga, y las nubes se deslizaban a través del cielo, oscureciendo de tanto en tanto la media luna. Hubiera sido una vigilia deprimente si no fuera por la expectativa y la excitación que nos transportaba a lo largo, y la seguridad de mi camarada que tenía probablemente cumplido el final de esta extraña secuencia de eventos que había enlazado nuestra atención.

—Si el ciclo de nueve días se mantiene entonces tendremos al profesor en su peor estado esta noche —dijo Holmes—. El hecho de que estos extraños síntomas empezaran luego de su visita a Praga, que está en correspondencia secreta con un comerciante bohemio en Londres, quien presumiblemente representa a alguien en Praga, y que recibió un paquete de él este mismo día, todo apunta a una dirección. Lo que ingiere y porque lo ingiere aún está más allá de nuestro alcance, pero que emana de alguna forma desde Praga es claramente suficiente. Lo ingiere bajo definitivas directivas que regulan este sistema de nueve días, que fue el primer punto que atrajo mi atención. Pero sus síntomas son lo más sobresaliente. ¿Ha observado sus nudillos?

Debí confesar que no lo había hecho.

—Gruesos y duros de una forma que es considerablemente nueva para mi experiencia. Siempre mire a las manos primero, Watson. Luego los puños, pantalones, rodillas y botas. Muy curiosos nudillos los cuales sólo pueden ser explicados por el modo de progresión observado por... — Holmes se detuvo y repentinamente chocó sus manos contra su frente—. ¡Oh, Watson, Watson, que tonto he sido! Parece increíble, y aún con todo debe ser verdad. Todo apunta en una dirección. ¿Cómo pude perderme viendo la conexión de las ideas? ¿Esos nudillos, cómo pude pasar por alto esos nudillos? ¡Y el can! ¡Y la hiedra! Es seguramente el tiempo que desaparecí dentro de esa pequeña granja de mis sueños. ¡Preste atención, Watson! ¡Aquí está! Tendremos la oportunidad de verlo por nuestra propia cuenta.

La puerta del vestíbulo se abrió lentamente y contra el fondo luminoso vimos la alta figura del profesor Presbury. Estaba vestido con su bata de noche. Mientras permanecía delineado en la entrada estaba erecto pero inclinándose hacia delante con los brazos colgados, como cuando lo vimos la última vez.

Ahora se adelantó en el camino, y con un extraordinario cambio vino sobre nosotros. Se hundió en una posición agazapada y se movió a lo largo con sus manos y pies, saltando de vez en cuando como si estuviera desbordado de energía y vitalidad. Se movió a lo largo de la cara de la casa y luego giró en la esquina. Cuando desapareció Bennett se deslizó a través de la puerta del vestíbulo y lentamente lo siguió.

—¡Venga, Watson, venga! —exclamó Holmes, y nos deslizamos a hurtadillas tan suavemente como podíamos a través de los arbustos hasta que obtuvimos una ubicación desde donde podíamos ver el otro lado de la casa, la cual estaba bañada bajo la luz de la media luna. El profesor estaba claramente visible arrastrándose con el pie en la pared cubierta de hiedra. Mientras lo observábamos repentinamente comenzó con increíble agilidad a ascender. Desde rama en rama saltó, seguro de pie y firme de dominio, trepando aparentemente en un mero divertimento de sus propios poderes, con ningún objetivo definido en vista. Con su bata de noche agitándose de cada lado, observó algo como un gigante ladrillo terciado pegado contra un lado de su propia casa, un gran cuadrado oscuro ajustado sobre la pared iluminada por la luna. En breve se cansó de este pasatiempo, y, dejándose caer de rama en rama, se agazapó dentro de la vieja postura y se movió de frente hacia los establos, arrastrándose a lo largo en la misma extraña forma que antes. El perro lobo estaba afuera en ese instante, ladrando furiosamente, y más excitado que nunca cuando en realidad capta al vuelo a su dueño. Estaba haciendo un gran esfuerzo con sus cadenas y vibrando con ansias y rabia. El profesor se agazapó muy deliberadamente fuera del alcance del sabueso y empezó a provocarlo de todas las formas posibles. Tomó un puñado de guijarros del camino y se los arrojó en la cara del can, lo pico con una varilla que había levantado, golpeó con sus manos aproximadamente a sólo unas pulgadas de la boca abierta, y empeñándose de todas formas en incrementar la furia del animal, la cual ya estaba fuera de todo control. En todas nuestras aventuras no conozco que hubiera visto un espectáculo más extraño que esta apática y aún dignificada figura arrastrándose como un sapo sobre la tierra e incitando a una salvaje exhibición de pasión del sabueso enloquecido, el cual se alborotaba y se enfurecía en frente de él, por todas clases de ingeniosa y calculada crueldad.

¡Y entonces en un instante sucedió! No era la cadena que se rompió, sino todo el collar se deslizó, porque había sido realizado para un Terranova de cuello ancho. Oímos el ruido de metal cayéndose, y el siguiente instante el can y el hombre estaban revolcándose juntos en la tierra, uno rugiendo de furia, el otro gritando en un extraño chillido falsete de terror. Era un hecho limitante para la vida del profesor. La salvaje criatura lo sostenía medianamente por la garganta, sus colmillos estaban hincados profundamente, y él ya estaba sin sentido antes de que pudiéramos alcanzarlos y jalarlos aparte a los dos. Pudo haber sido una peligrosa tarea para nosotros, pero la voz de Bennett y su presencia trajo al gran perro lobo instantáneamente a la razón. El alboroto había traído al adormecido y asombrado cochero de su habitación encima de los establos.

—No estoy sorprendido —dijo, sacudiendo su cabeza—. Lo he visto antes. Sabía que el can lo atraparía tarde o temprano.

El sabueso estaba asegurado, y juntos llevamos al profesor a su habitación, donde Bennett, quien tenía un título médico, me ayudó a arropar su desgarrada garganta. Los afilados dientes habían pasado peligrosamente cerca de la arteria carótida, y la hemorragia era seria. En media hora el peligro había pasado, le había dado al paciente una inyección de morfina, y se había sumergido en un profundo sueño. Entonces, y solamente entonces, estuvimos calificados de mirarnos uno al otro y tomar noción de la situación.

—Pienso que un cirujano de primera clase debería verlo —dije.

—¡Por amor de Dios, no! —exclamó Bennett—. Actualmente el escándalo está confinado a

nuestro propio grupo familiar. Está seguro con nosotros. Si va más allá de estas paredes nunca se detendrá. Considere su posición en la universidad, su reputación europea, los sentimientos de su hija.

—Exactamente —dijo Holmes—, pienso que sería posible mantener el asunto, y también prevenir su recurrencia ahora que tenemos una mano libre. La llave de la malla del reloj, Sr. Bennett. Macphail custodiará al paciente y nos avisará si hay algún cambio. Veamos que podemos encontrar en la misteriosa caja del profesor.

No había mucho, pero había suficiente... un frasco vacío, otro cercanamente lleno, una jeringa hipodérmica, varias cartas de una mano extranjera y malhumorada. Las marcas en los sobres mostraron que eran aquellas que habían estorbado la rutina del secretario, y cada una estaba fechada desde la ruta comercial y firmada 'A. Dorak'. Habían meras cuentas que decían que nuevas botellas están siendo enviadas al profesor Presbury, o acuse de recibo de dinero. Había otro sobre, sin embargo, en una mano más educada y portando la estampilla austriaca con el sello postal de Praga.

—¡Aquí está nuestro objetivo! —exclamó Holmes cuando sacó el documento adjunto.

HONORABLE COLEGA (decía):

Dada su estimada visita he pensado mucho de su caso, y aunque sus circunstancias son muy especiales razón por el trato, no sería nada menos ordenar precaución, como mis resultados han mostrado que no son sin peligro de algún tipo.

Es posible que el suero de antropoide haya sido mejor. He, como le expliqué, usado un langur negro porque el espécimen fue accesible. El langur es, por supuesto, un gateador y trepador, mientras que los antropoides caminan erectos y es allegado en todas formas.

Le ruego que tome todas las precauciones posibles ya que no hay revelaciones prematuras del proceso. Tengo otro cliente en Inglaterra, y Dorak es mi agente para ambos.

Pedidos semanales serán complacidos.

Suyo con la más alta estima,

H. LOWENSTEIN

¡Lowenstein! El nombre me trajo a la memoria algún recorte de periódico que hablaba de un oscuro científico que estaba esforzándose de una desconocida manera por el secreto del rejuvenecimiento y el elixir de la vida. ¡Lowenstein de Praga! Lowenstein con el admirable suero que da vitalidad, prohibido por la profesión porque rehusaba revelar su fuente. En pocas palabras dije lo que recordaba. Bennett tomó un manual de zoología de los estantes.

—'Langur' —leyó— el gran mono negro de las pendientes del Himalaya, el más grande y más humano de los monos trepadores. Muchos detalles son añadidos. Bien, gracias a usted, Sr. Holmes, es muy claro que hemos rastreado la maldad hasta su fuente.

—La verdadera fuente —dijo Holmes— yace, por supuesto, en que la aventura amorosa a destiempo le dio al impetuoso profesor la idea de que solamente podría conseguir su deseo volviéndose un hombre joven. Cuando uno trata de elevarse sobre la naturaleza se predispone a caer bajo ella. El más alto tipo de hombre puede revertir al animal si se aleja del camino recto de su destino —se sentó meditando por poco con su frasco en la mano, mirando al líquido transparente del interior—. Cuando le escribí a este hombre y le conté que lo sostenía criminalmente responsable por las pociones que circulaba, no tuvimos más problemas. Pero puede repetirse. Otros encontrarán una mejor manera. Hay peligro allí... un peligro muy real para la humanidad. Considere, Watson, que lo material, lo sensual, lo mundano podría alargar

sus despreciables vidas. Lo espiritual no podría evitar la llamada a algo superior. Será la supervivencia del más apto. ¿En qué clase de sumidero puede llegar a convertirse nuestro pobre mundo? —repentinamente el soñador desapareció, y Holmes, el hombre de acción, saltó de su silla—. Creo que no hay nada más para decir, Sr. Bennett. Los incidentes varios encajan fácilmente dentro del esquema general. El can, por supuesto, fue consciente del cambio más rápidamente que usted. Su olfato se lo garantiza. Fue al mono, no al profesor, a quien Roy atacó, tal como fue el mono quien le tomó el pelo a Roy. Escalar era una diversión para la criatura, y fue una mera casualidad, lo acepto, que el pasatiempo lo llevara a la ventana de la señorita. Hay un tren matinal a la ciudad, Watson, pero pienso que tendremos el tiempo justo para una taza de té en ‘Las Damas’ antes de que lo tomemos.

La aventura de la Melena del León

Es un hecho singular que el problema ciertamente más abstruso e inusual que cualquier otro que haya enfrentado en mi larga carrera profesional ocurriera luego de mi pensión, y que haya sido traído, como así fue, a mi puerta. Ocurrió luego de mi retiro a una pequeña casa en Sussex, cuando me rendí enteramente a esa sedante vida natural por la cual anhelé tan seguido durante los largos años pasados en medio de la melancolía de Londres. Durante este periodo de mi vida, el bueno de Watson había pasado casi todo el tiempo fuera de mi conocimiento. Una ocasional visita de fin de semana fue lo máximo que llegué a verlo. Por ello debo actuar como mi propio cronista. ¡Ah! ¡Si él estuviera conmigo, cuanto poder debe tener para hacer tan maravilloso un suceso y mis eventuales triunfos contra toda dificultad! Así, de cualquier manera, necesito contar la historia por mi propio cuenta, mostrando con mis palabras cada paso sobre el camino de las dificultades que se expusieron cuando investigaba el misterio de la Melena del León.

El pueblo está situado encima de la pendiente sur, mostrando una gran vista del canal. En este punto, la costa es un desfiladero, donde sólo puede descender uno a la vez por un sendero largo y tortuoso, empinado y resbaladizo. En la base del sendero yacen un centenar de yardas de guijarros y ripios, incluso cuando la marea es alta. Aquí y allí, de cualquier forma, hay curvas y huecos que hacen esplendidos estanques llenos hasta el tope con cada marea. Esta admirable playa se extiende por varias millas en todas direcciones, salvo una en un punto, donde la pequeña ensenada y la villa de Fulworth rompen la línea.

Mi casa está aislada. Mi confiable ama de llaves y mis abejas tienen sus propiedades para ellos mismos. A media milla está el conocido establecimiento de enseñanza de Harold Stackhurst, Los Aleros, un gran lugar que contiene el resultado de varios jóvenes seguidores preparándose para variadas profesiones, con un personal de maestros diversos. Stackhurst fue un conocido remador en sus días, y un excelente erudito a toda hora. Juntos fuimos amigos desde el día que llegué a la costa, y él fue el único hombre que tenía los mismos términos conmigo tal que podíamos visitarnos el uno al otro en las tardes sin invitación alguna.

A fines de Julio de 1907 hubo un severo vendaval, el viento sopló sobre el canal, acumulando los mares a la base del desfiladero y dejando una laguna con el cambio de marea. En la mañana de la que hablo el viento se calmó, y toda la naturaleza fue nuevamente renovada y fresca. Era imposible trabajar en un encantador día, por lo que salí a pasear antes del desayuno para disfrutar el exquisito aire. Caminé a lo largo del sendero del desfiladero y que se dirigía al empinado descenso a la playa. Mientras caminaba oí un grito detrás mío, y ahí estaba Harold Stackhurst agitando su mano en un alegre saludo.

—¡Qué hermosa mañana, señor Holmes! Pensé que saldría.

—Saliendo a bañarse, por lo que veo.

—Ya está con sus viejos trucos de nuevo —rió, palmoteando su sobresaliente bolsa— Sí. McPherson comenzó temprano, y espero encontrarlo allí.

Fitzroy McPherson era un maestro de ciencias, un honorable y refinado joven compañero cuya vida ha sido imposibilitada por problemas de corazón seguido de una fiebre reumática. Era un atleta natural, y sobresalía en cada juego que no provocara un gran esfuerzo sobre él. Verano e Invierno iba por su natación, y, como yo soy un nadador nato, en forma seguida lo acompañaba.

En este instante lo vi. Su cabeza se asomaba encima del límite del acantilado. Entonces su figura entera apareció en la cima, tambaleándose como un borracho. El siguiente instante lanzó sus manos al cielo y, con un terrible grito, cayó sobre su cabeza. Stackhurst y yo nos adelantamos con prisa —debían ser cincuenta yardas— y lo volteamos de espalda. Obviamente estaba muriendo. Esos hundidos e inexpresivos ojos y esas mejillas lívidas y espeluznantes no podían significar otra cosa. Un brillo de vida llegó a su cara por un instante, y él articuló dos o tres palabras con un ardiente aire de advertencia. Ellas eran mal articuladas e indistintas, pero para mi oído las últimas de ellas, las cuales se expandieron en un susurro de sus labios, fueron “la

Melena del León”. Era absolutamente irrelevante e ininteligible, y aún podía transformar el sonido en algo sin sentido. Entonces se levantó a medias del piso, estiró sus brazos al aire y cayó de lado. Estaba muerto.

Mi compañero estaba paralizado por el repentino horror, pero yo, como puede ser imaginado, tenía todos mis sentidos en alerta. No era necesario, porque era rápidamente evidente, darme cuenta que estábamos en presencia de un extraordinario caso.

El hombre se vestía sólo con su abrigo Burberry, sus pantalones, y un par desatado de zapatos de lona. Cuando cayó, su Burberry, que había sido simplemente arrojado alrededor de sus hombros, se resbaló, exponiendo su torso. Permanecimos en suspenso. Su espalda estaba cubierta con oscuras líneas rojas debido a que había sido terriblemente azotado por un delgado látigo de cable. El instrumento con el cual se había infligido este castigo era claramente flexible, por los largos y furiosos moretones encorvados alrededor de sus hombros y costillas. Había sangre goteando de su mentón, debido a que se había mordido el labio inferior en una crisis de agonía. Su dibujada y distorsionada cara nos contó cuan terrible había sido esa agonía.

Me estaba arrodillando y Stackhurst permanecía al lado del cuerpo cuando una sombra pasó atravesando la escena, y nos encontramos que Ian Murdoch estaba a nuestro lado. Murdoch era un profesor de matemáticas en el establecimiento, un alto, oscuro y delgado hombre, tan taciturno y reservado que ninguno podía decir que era su amigo. Parecía vivir en alguna alta región abstracta, con poco para conectarlo con la vida ordinaria. El era considerado como un excéntrico por sus estudiantes, y podría haber sido su compañero, pero había algo de sangre inusual en el hombre, que se mostraba no sólo en sus ojos negros y su cara morena, pero también en ocasionales arranques de malhumor, que podrían solamente ser descriptos como feroces. En una ocasión, habiendo sido infestado por un pequeño can perteneciente a McPherson, capturó a la criatura y la arrojó violentamente contra una ventana de cristal plano, una acción por la cual Stackhurst ciertamente podría haberle dado su cesantía, si no fuera un maestro valorable. Tal era el extraño y complejo hombre que aparecía a nuestro lado. Parecía estar honestamente sockeado por el espectáculo que presenciaba, si bien el incidente del can había mostraba que no existían grandes simpatías entre el fallecido y él.

—¡Pobre colega! ¡Pobre colega! ¿Qué puedo hacer? ¿Puedo ayudarlo?

—¿Estaba con él? ¿Puede decirnos que sucedió?

—No, no, llegué tarde esta mañana. No estaba en la playa. Vengo directo de Los Aleros. ¿Qué puedo hacer?

—Puedes apurarte a la estación de policía de Fulworth. Reporta el asunto de inmediato.

Sin una palabra más salió a máxima velocidad, y yo procedí a tomar el asunto en mis manos, mientras Stackhurst, aturdido por la tragedia permanecía al lado del cuerpo. Mi primera tarea naturalmente fue notar quién estaba en la playa. Desde la cima del sendero pude ver todo el radio de la misma, y estaba absolutamente desierta excepto por dos o tres figuras oscuras que se veían alejarse hacia la villa de Fulworth. Habiéndome satisfecho sobre este punto, descendí lentamente por el sendero. Era de arcilla o greda suave mezclada con yeso, y por aquí y por allá vi las mismas pisadas, ambas ascendiendo y descendiendo. Nadie había descendido por esta ruta esa mañana. En un lugar observé la impresión de mano abierta con los dedos inclinados hacia delante. Este podía solamente significar que McPherson tropezó en su ascenso. También habían depresiones circulares, que sugerían que había caído sobre sus rodillas más de una vez. En el punto más bajo del camino había una considerable laguna dejada por la retirada de la marea. En un costado de ella McPherson se había desvestido, por eso descansaba su toalla sobre una roca. Estaba doblada y seca, por lo que parecía que, después de todo, nunca había entrado al agua. Una o dos veces mientras buscaba entre los duros guijarros encontré un sendero de arena con la impresión de sus zapatos de lona, que además de sus pies desnudos, podían ser vistos a simple vista. El más reciente hecho probó que tenía todo listo para darse un baño, mientras que la toalla indicaba que en realidad no lo había hecho.

Y aquí estaba el problema limpiamente definido... tan extraño como ninguno que alguna vez me haya confrontado. El hombre no estuvo en la playa más de un cuarto de hora como mucho. Stackhurst lo siguió desde Los Aleros, así que no podría haber duda acerca de ello. Se fue a bañar y se desvistió, como mostraban las pisadas desnudas. Entonces repentinamente se colocó las ropas nuevamente... estaban todas desarregladas y desabrochadas... y regresó sin bañarse, o sin la consideración de secarse. Y la razón de este cambio de propósito fue que había sido azotado en algún salvaje e inhumano estilo, torturado hasta que mordiera sus labios en agonía, y dejado con fuerza suficiente para arrastrarse y morir. ¿Quién había realizado este bárbaro

acto? Allí había, es cierto, pequeñas grutas y cuevas en la base del desfiladero, pero el bajo sol brilló directamente dentro de ellos, y allí no había lugar para un escondite. Entonces, nuevamente, esas distantes figuras en la playa. Parecían muy lejanas para tener relación con el crimen, y la ancha laguna en la que McPherson tuvo intención de bañarse permanecía entre él y ellos, envuelta sobre las rocas. En el mar, dos o tres barcas de pescadores estaban a no mucha distancia. Sus ocupantes debían estar examinando nuestro tiempo libre. Habían varios caminos para investigar, pero ninguno conducía a una meta precisa.

Cuando al fin regresé al cuerpo encontré un pequeño grupo de extrañados pueblerinos que se amontonaban alrededor de él. Stackhurst estaba, por supuesto, aún ahí, e Ian Murdoch había arribado recientemente con Anderson, el alguacil de la villa, un gran hombre de bigote rojizo, de la lenta y sólida casta de Sussex... una casta que cubre el buen sentido bajo el pesado y silencioso exterior. El escuchó a todo, tomó nota de todo lo que dijimos, y finalmente me sacó a un lado.

—Estoy contento de su sugerencia, señor Holmes. Esta es una gran oportunidad para mí de maniobrar, y escucharé de ello desde Lewes si lo hago mal.

Le sugerí enviar por su superior inmediato, y por un doctor, también evitar que nada sea movido, como unas pocas pisadas frescas, tan posible como se pueda, hasta que regresara. En el ínterin busqué en el bolsillo del fallecido. Tenía su pañuelo, un amplio cuchillo, y un pequeño tarjetero. Desde este se proyectaba una hoja de papel, que la desdoble y se la entregué al alguacil. Había escrito un garabato con mano femenina:

Estaré allí, estate seguro. MAUDIE.

Se leía como una aventura amorosa, una cita, en tanto que dónde y cuándo estaban en blanco. El alguacil lo repuso en el tarjetero y lo regresó con las otras cosas a los bolsillos del Burberry. Entonces, como nada más lo sugería, regresé a mi casa por el desayuno, habiendo primero organizado que la base del desfiladero debía ser revisada a fondo.

Stackhurst regresó en una o dos horas para contarme que el cuerpo había sido trasladado a Los Aleros, donde la indagatoria sería llevada a cabo. El trajo consigo algunas serias y definitivas noticias. Como lo esperaba, nada había sido encontrado en las pequeñas cuevas bajo el desfiladero, pero él había examinado los papeles del escritorio de McPherson y allí habían varios que mostraban una íntima correspondencia con una cierta Miss Maud Bellamy, de Fulworth. Teníamos entonces establecida la identidad de la escritora de la nota.

—La policía tiene las cartas —explicó—. No puedo traérselas. Pero no hay duda que fue una seria aventura amorosa. No veo razón, sin embargo, para conectarlo con tan horrible suceso excepto, por supuesto, que la señorita haya tenido una cita con él.

—Pero a duras penas en un estanque que todos ustedes tienen el hábito de usar —remarqué.

—Es una mera casualidad —dijo— que varios de los estudiantes no estuviesen con McPherson.

—¿Qué es una mera casualidad?

Stackhurst acicaló sus pestañas en forma de pensamiento.

—Ian Murdoch lo retuvo —dijo—. El insistió sobre algunas demostraciones algebraicas antes del desayuno. Pobre individuo, él está horriblemente afligido acerca de esto.

—Y aún deduzco que no son amigos.

—En un tiempo no lo eran. Pero durante un año o más Murdoch ha estado tan cerca de McPherson como nunca haya estado antes. El no es de una disposición muy simpática por la naturaleza.

—Bien, entiendo. Creo recordar que me contó acerca de una riña respecto a un can.

—Eso termino todo bien.

—Pero dejó algunos sentimientos de venganza, quizás.

—No, no, estoy seguro de que eran realmente amigos.

—Bien, entonces, debemos explorar el asunto de la chica. ¿La conoce?

—Todos la conocen. Ella es la belleza del vecindario, una verdadera belleza, Holmes, quien atraería la atención en todos lados. Yo sabía que McPherson estaba atraído por ella, pero no tenía noción de que habían llegado tan lejos como esas cartas parecen indicar.

—¿Pero quién es ella?

—Ella es la hija del viejo Tom Bellamy, quien es dueño de todos los botes y baños públicos de Fulworth. El era un pescador cuando empezó, pero ahora es un hombre de cierta esencia. El y su hijo William hacen los negocios.

—¿Deberíamos caminar a Fulworth para verlos?

—¿Con qué pretexto?

—Oh, podríamos fácilmente encontrar un pretexto. Después de todo, este pobre hombre no se involucró a sí mismo en este escandaloso hecho. Algunas manos humanas estuvieron en la maniobra de ese castigo, si por supuesto fue un castigo lo que infligió las lesiones. Su círculo de amistades en este solitario lugar era ciertamente limitado. Prosigamos en cualquier dirección y a duras penas le erraremos en llegar al motivo, el cual nos llevará directo al criminal.

Hubiese sido un agradable paseo a través de la bajada con esencia a tomillo si nuestras mentes no estuviesen envenenadas por la tragedia de la cual habíamos sido testigos. La villa de Fulworth yace en una curvada depresión en un semicírculo alrededor de la bahía. Detrás de la anticuada aldea varias modernas casas han sido construidas sobre el terreno elevado. Fue a una de esas hacia donde Stackhurst me guió.

—Ese es El Refugio, como Bellamy lo llama. Aquél con la torre angular y el techo de tejas. No está mal para un hombre que empezó con nada pero... ¡Por Júpiter, mire eso!

La puerta del jardín de El Refugio se había abierto y un hombre emergió. No había ninguna equivocación en aquella alta, angular y vagabunda figura. Era Ian Murdoch, el matemático. Un momento después nos confrontamos con él sobre el camino.

—¡Hola! —dijo Stackhurst. El hombre saludo con la cabeza, echándonos una ojeada desde sus curiosos ojos oscuros, y nos sobrepasó, pero su maestro lo retuvo.

—¿Qué estabas haciendo allí? —preguntó.

La cara de Murdoch se excitó con furia.

—Soy su subordinado, señor, bajo su techo. No estoy enterado de que deba cuantas de mis acciones privadas.

Los nervios de Stackhurst estaban cerca de la superficie después de todo lo que resistió. De otra manera, quizás, él hubiera esperado. Pero ahora había perdido completamente su paciencia.

—En las circunstancias, su respuesta es pura impertinencia, señor Murdoch.

—Sus propias preguntas deban quizás venir de la misma dirección.

—Esta no es la primera vez que tengo que pasar por alto sus maneras insubordinadas.

Ciertamente será la última. Debería realizar nuevos arreglos para su futuro tan rápidamente como pueda.

—Tengo la intención de hacerlo. He perdido hoy en día a la única persona que hace a Los Aleros habitable.

Se alejó a zancadas de su camino, mientras Stackhurst, con ojos furiosos, permanecía mirándolo encolerizado.

—¿El no es un hombre imposible e intolerable? —exclamó.

La única cosa que impresionó forzosamente a mi mente fue que el señor Ian Murdoch tomara la primera oportunidad de abrirse un camino de escape de la escena del crimen. Una sospecha, vaga y nebulosa, estaba ahora comenzando a tomar forma en mi mente. Quizás la visita a los Bellamy pudiera arrojar algo de luz sobre el asunto. Stackhurst se deslizó y juntos avanzamos hacia la casa.

El señor Bellamy demostraba ser un hombre de mediana edad con una flameante barba colorada. Parecía estar de muy mal humor, y su cara prontamente se puso tan colorida como su pelo.

—No, señor, no deseo atender a nadie en particular. Mi hijo aquí presente —indicando a un poderoso joven con una pesada y taciturna cara, en la esquina de la sala de estar— tiene la misma idea que yo en que las atenciones del señor McPherson hacia Maud eran insultantes. Sí señor, la palabra *matrimonio* nunca fue mencionada, y aun están esas cartas y encuentros, y un gran negocio que ninguno de nosotros podría aprobar. Ella no tiene madre, y nosotros somos sus únicos guardianes. Estamos determinados a...

Pero las palabras fueron quitadas de su boca por la aparición de una señorita. No había ninguna contradicción en que ella pudiera agradecer a cualquier auditorio en el mundo. ¿Quién

podría haber imaginado que tan rara flor pudiese crecer con tales raíces y en tal atmósfera? Las mujeres raramente son una atracción para mí, porque mi cerebro ha gobernado siempre mi corazón, pero no pude evitar mirar su perfecta y bien delineada cara, con toda la suave frescura de las tierras bajas en su delicado color, sin darse cuenta que ningún joven podría atravesarse en su camino sin resultar sano y salvo. Así era la mujer que había abierto la puerta y que ahora permanecía con ojos abiertos e intensos al frente de Harold Stackhurst.

—Ya tengo conocimiento de que Fitzroy está muerto —dijo—. No tenga miedo de decirme los detalles.

—Este otro caballero suyo le hará saber las noticias —explicó el padre.

—No hay razón alguna por la que mi hermana deba ser introducida en el asunto —gruñó el joven.

La hermana lanzó una sostenida y feroz mirada sobre él.

—Este es mi negocio, William. Permíteme manejarlo a mi manera. Por todos los comentarios un crimen ha sido cometido. Si puedo ayudar a mostrar quién lo hizo, es lo menos que puedo hacer por quien ya no está.

Ella escuchó un pequeño relato de mi compañero, con una serena concentración que me mostró que ella poseía un fuerte carácter tanto como una gran belleza. Maud Bellamy permanecerá siempre en mi memoria como una completa y admirable mujer. Parece que ella tenía conocimiento de mi presencia, por lo que al final se volvió hacia mí.

—Llévelos a la justicia, señor Holmes. Tiene usted mi simpatía y mi ayuda, quienquiera que sean —Mientras parecía que echaba una mirada desafiante a su padre y a su hermano mientras hablaba.

—Gracias —dije—. Valoro el instinto de una mujer en tales asuntos. Usted usa la palabra *ellos*. ¿Piensa que a más de uno le concierne?

—Conozco al señor McPherson suficiente como para estar enterada que era un valiente y fuerte hombre. Ninguna persona podría haber inflingido algo tal como un azote sobre él.

—¿Podría tener una palabras con usted a solas?

—Ya le dije, Maud, no te mezcles en este asunto —clamó su padre furiosamente. Ella me miró impotentemente.

—¿Qué puedo hacer?

—El mundo entero tiene conocimiento de los hechos presentados, así que no puede haber daño si los discutimos aquí —dije—. Hubiese preferido la privacidad, pero si su padre no lo permite entonces deberá compartir las deliberaciones —Entonces hablé de la nota que había encontrado en el bolsillo del cadáver—. Es algo seguro para que sea preguntado en la indagación. ¿Puedo preguntarle si puede arrojar algo de luz sobre esto si puede?

—No veo ninguna razón para el misterio —contestó—. Estábamos comprometidos para el matrimonio, y lo manteníamos en secreto solamente porque el tío de Fitzroy, quien es muy viejo y dijo que estaba muriendo, podía desheredarlo si se casaba en contra de sus deseos. No había otra razón.

—Pudiste habérselo dicho —refunfuño el señor Bellamy.

—Así lo hubiera hecho, padre, si hubieses mostrado algo de simpatía.

—Protesto que mi niña levante hombres fuera de su propia estación.

—Era tu prejuicio contra él lo que nos previno de contarte. Respecto a esta cita... —anduvo a tientas en su vestido mientras lo estrujaba—... era en respuesta a esto.

QUERIDA —decía el mensaje—: En el viejo lugar en la playa, después de la puesta del sol, el Martes. Es el único momento en que puedo salir.

F. M.

—Hoy es Martes, y se suponía que nos veríamos esta noche.

Di vuelta el papel.

—Esto no vino por correo. ¿Cómo lo consiguió?

—Preferiría no contestar a esa pregunta. No tiene ninguna relación con el asunto que está investigando. Pero todo excepto eso estoy dispuesta a contestar.

Ella era tan buena como sus palabras, pero no había nada que fuera útil en nuestra investigación. No tenía razón para pensar que su prometido tenía algún enemigo escondido, pero admitía que tenía varios efusivos admiradores.

—¿Puedo preguntar si el señor Ian Murdoch era uno de ellos?

Ella se sonrojó y pareció confusa.

—Hubo un tiempo en que pensé que lo era. Pero todo eso cambió cuando entendió la relación que nos unía a Fitzroy y a mí.

Nuevamente una sombra rodeó a este extraño hombre que parecía tomar una figura más definida. Su expediente debía ser examinado. Su habitación debía ser revisada a puertas cerradas. Stackhurst fue un voluntario colaborador, pues en su mente la sospecha se estaba formando. Regresamos de nuestra visita a El Refugio con la esperanza que un final abierto de este intrincado ovillo estuviera en nuestras manos.

Pasó una semana. La investigación no había arrojado luz sobre el asunto y había sido aplazada en busca de mayor evidencia. Stackhurst había realizado una investigación discreta sobre sus subordinados, y hubieron búsquedas superficiales en su habitación, pero sin resultados. Personalmente, había repasado en forma completa todos los hechos, física y mentalmente, pero sin nuevas conclusiones. En todas mis crónicas el lector no encontrará caso alguno que me lleve

completamente al límite de mis poderes. Incluso mi imaginación puede no concebir solución alguna para el misterio. Y entonces viene el incidente del can.

Fue mi antigua ama de llaves quien escuchó de ello primero por esas extrañas conexiones por las cuales las personas recolectan las noticias del campo.

—Es una historia triste, señor, acerca del can del señor McPherson —dijo ella una tarde. No aliento demasiado tales conversaciones, pero las palabras atraparon mi atención.

—¿Qué pasa con el can del señor McPherson?

—Murió, señor. Murió de pena por su dueño.

—¿Quién le contó esto?

—¿Por qué, señor? Todos están hablando de ello. Es terrible, y no había comido nada por una semana. Entonces esta mañana dos de los jóvenes caballeros de Los Aleros lo encontraron muerto... en la parte baja de la playa, señor, en un lugar cercano a donde su dueño encontró su fin.

“En ese lugar”. Las palabras permanecieron claras en mi memoria. Alguna débil percepción del asunto fue sustancialmente emergiendo en mi mente. Que el can muriera fue después de todo la bella y leal naturaleza de los canes. Pero ¡“En ese lugar”! ¿Por qué esta solitaria playa sería fatal para él? ¿Sería posible que también haya sido sacrificado por alguna venganza? ¿Sería posible...? Sí, la percepción era nublada, pero actualmente algo se estaba formando en mi mente. En unos pocos minutos estaba en camino a Los Aleros, donde encontré a Stackhurst en su estudio. Por mi petición envié por Sudbury y Blount, los dos estudiantes que encontraron al can.

—Sí, estaba situado en el límite del estanque —dijo uno de ellos—. Debió haber seguido el rastro de su dueño muerto.

—Vi a la leal criatura, un Airedale Terrier, yacido sobre la alfombra en el vestíbulo. El cuerpo estaba cadavérico y rígido, los ojos proyectados y las extremidades contorsionadas. Había agonía en cada línea.

Desde Los Aleros descendí hasta los estanques. El sol se había sumergido y la sombra de los grandes desfiladeros caían negros sobre el agua, brillando tenuemente como una lamina de grafito. El lugar estaba desierto y no había ninguna señal de vida excepto por dos gaviotas revoloteando y chillando en lo alto. En la desvaneciente luz pude débilmente notar los rastros del pequeño can sobre la arena alrededor de una roca en la cual la toalla de su dueño había permanecido. Por un largo tiempo permanecí en una meditación profunda mientras las sombras se oscurecían a mi alrededor. Mi mente se llenó con pensamientos a toda prisa. Deben conocer lo que es estar en una pesadilla en la que sientes que hay algo importante para lo que buscas y sabes que está ahí, si bien permanece por siempre tras su alcance. Así fue como me sentí esa tarde cuando permanecí solo en aquél lugar de muerte. Entonces como último giré y caminé lentamente hacia la casa.

Había alcanzado la cima del sendero cuando llegó a mí. Como un flash, recordé el objeto al cual ansiosamente y vanamente me aferraba. Ustedes sabrán, o Watson lo habrá escrito en vano, que sostengo una vasta provisión de conocimientos apartados sin un sistema científico, pero muy accesible para las necesidades de mi trabajo. Mi mente es como una habitación atestada con paquetes de toda clase abarrotados fuera de su lugar... tantos que debo tener una vaga percepción de lo que allí hay. Sé que había algo que podía brindar luz sobre este asunto. Aún era vago, pero por lo menos sabía como podría hacerlo más claro. Era monstruoso, increíble y aún era siempre una posibilidad. Debía probarlo plenamente.

Hay un gran altillo en mi pequeña casa atiborrada con libros. Fue en estos que me zambullí y rebusqué durante una hora. Al final de ese tiempo emergí con un pequeño chocolate y un tomo plateado. Impacientemente lo abrí en el capítulo del cual tenía una nublada reminiscencia. Sí, era ciertamente una ilógica e improbable proposición, y aún no podía descansar hasta estar

seguro, efectivamente, si era posible. Era tarde cuando me retiré, con mi mente entusiasmada esperando el trabajo de la mañana.

Pero ese trabajo se encontraría con molestas interrupciones. Escasamente había bebido mi taza de té y estaba saliendo hacia la playa cuando tuve una llamada del Inspector Bardle de la policía de Sussex... un firme, sólido y aburrido hombre con ojos pensativos, que me miraban con una expresión muy preocupada.

—Conozco su inmensa experiencia, señor —dijo—. Esto es absolutamente extraoficial, por supuesto, y no necesito ir más lejos. Pero estoy medianamente cara a cara con ello en este caso de McPherson. La pregunta es ¿Debería hacer un arresto o no?

—¿Se refiere al señor Ian Murdoch?

—Sí, señor. No hay realmente ningún otro cuando lo piensa. Esa es la ventaja de esta solicitud. Estrechamos a un pequeño radio de acción. Si él no lo hizo, entonces ¿Quién fue?

—¿Qué tiene usted contra él?

El había recabado a lo largo de los mismos carriles que yo. Ahí estaba el personaje de Murdoch y el misterio que parecía ahorcar al hombre. Su furioso estallido de temperamento, tal como mostró en el incidente del can. El hecho de que haya discutido con McPherson en el pasado, y que había alguna razón para pensar que existían resentimientos por sus atenciones para con la señorita Bellamy. Tenía los mismos puntos, pero ninguno nuevo, excepto que Murdoch parecía estar haciendo preparativos para su partida.

—¿Qué haría en mi posición si le dejara alejarse con toda la evidencia que hay contra él?

El corpulento y flemático hombre estaba gravemente preocupado.

—Considere —dije— toda la esencia de las grietas en su caso. En la mañana del crimen él puede seguramente probar una coartada. Ha estado con sus alumnos hasta el último momento, y tras unos pocos minutos de la aparición de McPherson vino tras de nosotros. Entonces es absolutamente imposible albergar en la mente que pudiera con sus propias manos inflingir estos azotes sobre un hombre considerablemente tan fuerte como él mismo. Finalmente, está la cuestión del instrumento con que las lesiones fueron inflingidas.

—¿Qué puede ser excepto un rebenque o un látigo flexible de algún tipo?

—¿Examinó las marcas? —pregunté.

—Las he visto. También el doctor.

—Pero yo las examine cuidadosamente con un lente. Tienen sus peculiaridades.

—¿Y cuáles son, señor Holmes?

Di un paso hacia mi cómoda y extraje una fotografía aumentada.

—Este es mi método en ciertos casos —expliqué

—Ciertamente hace las cosas a fondo, señor Holmes.

—Apenas sería lo que soy si no lo hiciera. Ahora consideremos este moretón que se extiende alrededor del hombro derecho. ¿No observa nada que sea de interés?

—No puedo decir que lo vea.

—Seguramente es evidente que es algo sin igual por su intensidad. Hay un punto de sangre acumulada aquí, y otro aquí. Hay indicaciones similares en el otro moretón de aquí abajo. ¿Qué pueden significar?

—No tengo idea. ¿Usted la tiene?

—Quizás sí. Quizás no. Pronto estaré dispuesto a comentar más. Cualquier cosa definirá que hacer, esa señal nos brindará un largo camino hacia el criminal.

—Es, por supuesto, una idea absurda —dijo el oficial—, pero si una caliente malla de cable ha sido dispuesta sobre su espalda, entonces esos puntos marcados representarían el lugar donde una malla se cruza con la otra.

—Una muy ingeniosa comparación. ¿O deberíamos decir un cadáver con pequeños y duros nudos sobre él?

—Por Júpiter, señor Holmes, pienso que usted dio en el blanco.

—O puede haber una causa diferente, señor Bardle. Pero su caso es muy endeble para un arresto. Además, tenemos estas últimas palabras: *la Melena del León*.

—Había adivinado que si Ian...

—Sí, había considerado eso. Si la segunda palabra hubiera sostenido alguna afinidad con Murdoch... pero no la tenía. La dio en un susurro. Estoy seguro que era *Melena*.

—¿No tiene otra alternativa, señor Holmes?

—Quizás la tenga. Pero no me importa discutirlo hasta tener algo más sólido para discutir.

—¿Y eso cuando será?

—En una hora... posiblemente menos.

El inspector restregó su mentón y me miró con ojos inciertos.

—Desearía poder ver que hay en su mente, señor Holmes. Quizás si esos pescadores...

—No, no, ellos estaban muy lejos.

—Bien, entonces, ¿Y este Bellamy y su fuerte hijo? Ellos no eran muy amables con el señor McPherson. ¿Podrían haber hecho ellos una travesura?

—No, no, no me provocará hasta que esté listo —dijo con una sonrisa—. Ahora, inspector, cada uno tiene su trabajo que hacer. Quizás si usted se encontrara conmigo aquí al mediodía...

Tan lejos habíamos llegado cuando apareció la tremenda interrupción que fue el comienzo del fin.

Mi puerta de salida fue abierta de golpe, habían pisadas torpes en el corredor, e Ian Murdoch trastabillaba en la sala, pálido, desarreglado, sus ropas en completo desorden, arañando su huesuda mano en el mobiliario para sostenerse en pie.

—¡Brandy! ¡Brandy! —grité, mientras Murdoch jadeaba, y caía gimiendo sobre el sofá.

No estaba solo. Detrás suyo venía Stackhurst, sin sombrero y jadeando, casi tan confundido como su compañero.

—¡Sí, sí, brandy! —gritó—. El hombre está en su último aliento. Fue todo lo que pude hacer para traerlo. Se desmayó dos veces sobre el camino.

Pocas veces un equilibrista de natural espíritu podía ser traído a tan asombroso cambio. Lo empujó sobre un brazo y retiró el abrigo de sus hombros.

—¡Por amor de Dios, opio, morfina! —gritó— ¡Cualquier cosa para aliviar esta infernal agonía!

El inspector y yo alzamos la voz ante esta visión. Allí, entrecruzado sobre los hombros desnudos del hombre, estaba el mismo extraño patrón rojo reticulado, líneas inflamadas que fueron la señal mortal de Fitzroy McPherson.

El dolor era evidentemente terrible y era más que local, porque la respiración de la víctima se detendría por un instante, su cara se tornaría oscura, y entonces con un estrepitoso jadeo palmo-tearía con su mano el corazón, mientras de su ceja gotearían gotas de sudor. En cualquier instante moriría. Más y más brandy fue vaciado por su garganta, cada dosis fresca lo traía nuevamente a la vida. Gasas de algodón hidrófilo remojadas en aceite para ensaladas parecían capturar la agonía de la extraña lesión. Por último su cabeza cayó pesadamente sobre el

almohadón. La exhausta naturaleza había tomado refugio en su último almacén de vitalidad. Fue mitad sueño mitad desmayo, pero al fin fue un alivio para el dolor.

Interrogarlo hubiese sido imposible, pero en el momento en que nos aseguramos de su condición Stackhurst se paró frente a mí.

—¡Por Dios! —gritó— ¿Qué es, Holmes? ¿Qué es?

—¿Dónde lo encontró?

—Abajo, en la playa. Exactamente donde el pobre McPherson encontró su fin. Si el corazón de este hombre hubiera sido tan débil como el de McPherson, no estaría aquí ahora. Más de una vez pensé que se había ido mientras lo traía. Era muy lejos hasta Los Aleros, así que lo traje aquí por usted.

—¿Lo vio en la playa?

—Estaba caminando sobre el desfiladero cuando oí su llanto. Estaba en el borde del agua, tambaleándose como un borracho. Corrí, le tiré algunas ropas, y lo traje. Por el bien del cielo, Holmes, utilice todos los poderes que tiene y no escatime en esfuerzos para elevar la maldición de este lugar, porque la vida se está volviendo insoportable. ¿Puede usted, con toda su reputación mundial, hacer algo por nosotros?

—Creo que puedo, Stackhurst. ¡Vengan conmigo! Y usted, inspector, ¡Acompáñenos! Veremos si podemos entregar este asesinato a sus manos.

Dejando al inconsciente hombre a cargo de mi ama de llaves, los tres descendimos al lago mortal. En los guijarros habían apilados montones de toallas y ropas dejadas por el herido hombre. Lentamente caminé alrededor del borde del agua, mis camaradas me seguían en fila india. La mayor parte de la piscina estaba poco profunda, pero sobre el desfiladero donde la playa se ahuecaba la profundidad era de cuatro o cinco pies. Es en esta parte a donde un nadador naturalmente iría, porque formaba una piscina bella y transparente y tan clara como el cristal. Una línea de rocas yacía por encima de la base del desfiladero, y a lo largo de estas fui marcando el camino, entornando los ojos ávidamente en las profundidades por debajo mío. Habíamos alcanzado la parte más profunda y calmada de la piscina cuando mis ojos percibieron eso que estábamos buscando, y estallé en un grito de júbilo.

—¡Cyanea! —grité— ¡Cyanea! ¡Contemplan la Melena del León!

El extraño objeto al que apuntaba por cierto parecía como una masa de espinas enmarañadas de la melena de un león. Yacía sobre un estante rocoso algunos tres pies bajo el agua, una curiosa, ondeante, vibrante y peluda criatura con bandas de plata entre sus amarillos mechones. Latía con una lenta y pesada dilatación y contracción.

—¡Ya ha hecho demasiadas travesuras. Sus días están acabados! —grité— ¡Ayúdeme, Stackhurst! Terminemos con el asesino para siempre.

Existía un gran peñasco encima del saliente, lo empujados hasta que cayó con un tremendo salpicón en el agua. Cuando las ondulaciones se aclararon observamos que se había instalado por debajo de la cornisa inferior. Un afilado aleteo de membrana amarilla nos mostró que nuestra víctima permanecía debajo. Una densa y aceitosa espuma se escurrió de debajo de la piedra y empañó el agua a su alrededor, elevándose lentamente a la superficie.

—¡Bueno, esto me ha atrapado! —clamó el inspector— ¿Qué era eso, señor Holmes? He nacido y me he criado en estos parajes, pero nunca he visto semejante cosa. Eso no pertenece a Sussex.

—Nada tan bien para Sussex —remarqué—. Debe haber sido el vendaval del sudoeste lo que lo trajo. Vengan a mi casa, ambos, y les daré la terrible experiencia de uno que ha tenido buenas razones para recordar su propio encuentro con el mismo peligro en los mares.

Cuando llegamos a mi estudio nos encontramos que Murdoch se había recuperado tanto que ya

podía levantarse. Estaba atontado, y a cada entonces se veía sacudido por un ataque de dolor. En palabras entrecortadas nos explicó que no tenía noción de lo que le había ocurrido, excepto esas terroríficas punzadas que repentinamente lo atravesaron, y que había utilizado toda su fortaleza para alcanzar la orilla.

—Aquí hay un libro —dije, tomando un pequeño volumen—, que primero nos brindará algo de luz en lo que siempre ha permanecido oscuro. Es “*Al aire libre*”, por el famoso observador J.

G. Wood. Wood por si mismo estuvo cerca del peligro para tener contacto con esta vil criatura, así que escribió con un poco de conocimiento. *Cyanea Capillata* es el nombre completo del bribón, y puede ser tan peligroso para la vida como, y aún más dolorosa que, la mordida de una cobra. Permítanme brevemente brindarles este extracto.

»“Si el bañista observa una holgada y redonda masa de membranas y fibras leonadas, algo como un puñado de melenas de león y papel plateado, aléjese, porque es el temido aguijón, *Cyanea Capillata*.”

¿Podría nuestra siniestra amistad ser más claramente descripta? »El fue a contarnos de su propio encuentro con uno cuando nadaba en las costas de Kent. Encontró que una criatura irradiaba unos filamentos casi invisibles a la distancia de cincuenta

pies, y que nadie fuera de la circunferencia del mortal centro estaba en peligro de muerte. Incluso a esa distancia, el efecto sobre Wood fue casi fatal.

»“Las multitudinarias hebras causadas por las líneas de luz escarlata sobre la piel en un examen más cercano determinaban minúsculos puntos o pústulas, cada punto era cargado con una aguja caliente haciendo su paso a través de los nervios.”

»El dolor local era, como él explica, la ínfima parte del exquisito tormento.

»“Las punzadas se inyectarían a través del pecho, causándome un desplome como si fuera asestado por un proyectil. Las pulsaciones hubiesen cesado, y entonces el corazón daría seis o siete saltos como si estuviera forzado a salir del pecho.”

—Cercanamente lo hubiese matado, a pesar de que solamente se había expuesto a él en el perturbante océano y no en las calmadas y estrechas aguas de una piscina. Dice que podría arduamente reconocérselo en forma posterior, pues tan blanca, fruncida y arrugada estaría su cara. Tragó brandy, una botella completa, y parecía haber salvado su vida. Ahí está el libro, inspector. Se lo dejo, y no puede tener dudas de que contiene una completa explicación de la tragedia del pobre McPherson.

—E incidentalmente me exonera —remarcó Ian Murdoch con una enconada sonrisa—. No lo maldigo, inspector, ni a usted, señor Holmes, porque sus sospechas eran naturales. Siento que en la vigilia de mi arresto estuve a punto de compartir el destino de mi pobre amigo.

—No, señor Murdoch. Ya estaba sobre la pista, y estaba desde temprano intentando salvarlo de esta terrorífica experiencia.

—¿Pero como lo sabía, señor Holmes?

—Soy un omnívoro lector con una extraña retención en la memoria por nimiedades. Esa frase “la Melena del León” persiguió a mi mente. Sabía que lo había visto en algún lado en un inesperado contexto. Ya ha visto que describe a la criatura. No tenía dudas que era eso lo que estaba flotando en el agua cuando McPherson lo vio, y esta frase fue la única por la cual pudo conducirnos en una advertencia a la criatura que había causado su muerte.

—Entonces yo, al fin, estoy limpio —dijo Murdoch, levantando lentamente sus pies—. Hay una o dos palabras de explicación que quisiera darles, porque sé la dirección a la que sus investigaciones se dirigían. Es verdad que amaba a esta señorita, pero desde el día que eligió a mi amigo McPherson mi único deseo fue ayudarla a ser feliz. Estaba contento de permanecer a su lado en el acto de ir y venir. A menudo transportaba sus mensajes, y es por eso que era de su confianza y es porque ella me era tan querida que me anticipé a decirle de la muerte de mi

amigo, para que nadie se me anticipara de una arrebatada y despiadada forma. Ella no le dirá, señor, de nuestras relaciones por miedo a que la desapruebe y yo deba sufrir. Pero con su ida, debo tratar de regresar a Los Aleros, por una cama seré muy bienvenido.

Stackhurst sostuvo su mano.

—Nuestros nervios han estado en el campo del debate —dijo—. Olvida lo pasado, Murdoch. Nos entenderemos mejor en otra oportunidad —Y salieron juntos con sus brazos enlazados de modo afectuoso. El inspector permaneció, mirándome fijamente en silencio con sus ojos de buey.

—¡Bien, lo ha logrado! —exclamó al fin—. He leído acerca de usted, pero nunca lo había creído. ¡Es asombroso!

Fui forzado a sacudir mi cabeza. Aceptar tal cumplido sería rebajarme a sus propios estándares.

—Fui lento al principio... culpablemente lento. Mientras el cuerpo era encontrado en el agua pude a duras penas errarle. Era la toalla la que me desorientó. El pobre compañero nunca pensó en secarse, y mi error fue creer que nunca había estado en el agua. ¿Por qué, entonces, debería el ataque de cualquier criatura marina sugerírmelo? Ahí fue donde me desvié. Bien, bien, inspector, a menudo me arriesgo a bromear con los caballeros de la fuerza policial, pero la Cyanea Capillata estuvo cerca de desquitarse por Scotland Yard.

La Aventura de la Inquilina del Velo

Si se piensa en que Holmes permaneció ejerciendo activamente su profesión por espacio de veinte años, y que durante diecisiete de ellos se me permitió cooperar con él y llevar el registro de sus hazañas, se comprenderá fácilmente que dispongo de una gran masa de material. Mi problema ha consistido siempre en elegir, no en descubrir. Aquí tengo la larga hilera de agendas anuales que ocupan un estante, y ahí tengo también las cajas llenas de documentos que constituyen una verdadera cantera para quien quiera dedicarse a estudiar no sólo hechos criminosos, sino los escándalos sociales y gubernamentales de la última etapa de la era victoriana. A propósito de estos últimos, quiero decir a los que me escriben cartas angustiosas, suplicándome que no toque el honor de sus familias o el buen nombre de sus célebres antepasados, que no tienen nada que temer. La discreción y el elevado sentimiento del honor profesional que siempre distinguieron a mi amigo siguen actuando sobre mí en la tarea de seleccionar estas memorias, y jamás será traicionada ninguna confidencia. He de protestar, sin embargo, de la manera más enérgica contra los intentos que últimamente se han venido haciendo para apoderarse de estos documentos con ánimo de destruirlos. Conocemos la fuente de que proceden estos intentos delictivos. Si se repiten estoy yo autorizado por Holmes para anunciar que se dará publicidad a toda la historia referente a cierto político, al faro y al cuervo marino amaestrado. Esto que digo lo entenderá por lo menos un lector.

No es razonable creer que todos esos casos de que hablo dieron a Holmes oportunidad de poner en evidencia las extraordinarias dotes de instinto y de observación que yo me he esforzado por poner de relieve en estas memorias. Había veces en que tenía que recoger el fruto tras largos esfuerzos; otras se le venía fácilmente al regazo. Pero con frecuencia, en esos casos que menos oportunidades personales le ofrecían, se hallaban implicadas las más terribles tragedias humanas. Uno de ellos es el que ahora deseo referir. He modificado ligeramente los nombres de personas y de lugares, pero, fuera de eso, los hechos son tal y como yo los refiero.

Recibí cierta mañana (a finales de 1896) una nota apresurada de Holmes en la que solicitaba mi presencia. Al llegar a su casa, me lo encontré sentado y envuelto en una atmósfera cargada de humo de tabaco. En la silla que caía frente por frente de él había una señora anciana y maternal, del tipo rollizo de las dueñas de casas de pensión.

-Le presento a mistress Merrilow, de South Brixton -dijo mi amigo, indicándomela con un ademán de la mano-. Mistress Merrilow no tiene inconveniente en que se fume, Watson. Se lo digo por si quiere entregarse a esa sucia debilidad suya. Mistress Merrilow tiene una historia interesante que contar. Esa historia puede traer novedades en las que sería útil la presencia de usted.

-Todo lo que yo pueda hacer...

-Comprenderá usted, mistress Merrilow, que si yo me presento a mistress Ronder, preferiría hacerlo con un testigo. Déselo usted a entender antes que nosotros lleguemos.

-¡Bendito sea Dios, míster Holmes! -contestó nuestra visitante-. Ella tiene tales ansias de hablar con usted, que lo hará aunque se haga usted seguir de todos los habitantes de la parroquia.

-Iremos, téngalo presente, a primera hora de la tarde. Es, pues, preciso que, antes de ponernos en camino, conozcamos con exactitud todos los hechos. Si les damos un repaso ahora, el doctor Watson podrá ponerse al corriente de la situación. Usted me ha dicho que desde hace siete años tiene de inquilina a mistress Ronder, y que en todo ese tiempo sólo una vez le ha visto la cara.

-¡Y pluguiera a Dios que no se la hubiese visto! -exclamó mistress Merrilow.

-Tengo entendido que la tiene terriblemente mutilada.

-Tanto, míster Holmes, que ni cara parece. Esa fue la impresión que me produjo. Nuestro lechero la vio en cierta ocasión nada más que un segundo, cuando ella estaba curioseando por la ventana del piso superior, y cuál no sería su impresión, que dejó caer la vasija de la leche y ésta, corrió por todo el jardincillo delantero. Ahí verá usted qué clase de cara es la suya. En la ocasión en que yo la vi la pillé desprevenida, y se la tapó rápidamente, y luego dijo: «Ya sabe usted, por fin, la razón de que yo no me levante nunca el velo.»

-¿Sabe usted algo acerca de su vida anterior?

-Absolutamente nada.

-¿Dio alguna referencia cuando se presentó en su casa?

-No, señor, pero dio dinero contante y sonante y en mucha cantidad. Puso encima de la mesa el importe de un trimestre adelantado, y no discutió precios. Una mujer pobre como yo, no puede permitirse en estos tiempos rechazar una oportunidad como ésa.

-¿Alegó alguna razón para dar la preferencia a su casa?

-Mi casa está muy retirada de la carretera y es más recogida que otras muchas. Además, yo sólo tengo una inquilina y soy mujer sin familia propia. Me imagino que había visitado otras casas y que la mía le resultó de mayor conveniencia suya. Lo que ella busca es vivir oculta, y está dispuesta a pagarlo.

-Ha dicho usted que jamás esa señora dejó ver su cara, salvo en esa ocasión y por casualidad. Pues sí, es la suya una historia extraordinaria, muy extraordinaria, y no me admiro de que desee hacer luz en ella.

-No, míster Holmes, yo no lo deseo. Me doy por satisfecha con cobrar mi renta. No es posible conseguir una inquilina más tranquila ni que dé menos trabajo.

-¿Y qué ha ocurrido entonces para que se haya lanzado a dar este paso?

-Su salud, míster Holmes. Me da la impresión de que se está acabando. Además, algo espantoso hay en aquella cabeza. «¡Asesino! -grita- ¡Asesino!» Y otra vez la oí: «¡Fiera! ¡Monstruo!» Era de noche, y sus gritos resonaban por toda la casa, dándome escalofríos. Por eso fui a verla por la mañana, y le dije: «Mistress Ronder, si tiene usted algún secreto que conturba su alma, para eso están el clero y la Policía. Entre unos y otros le proporcionarían alguna ayuda.» Ella exclamó: «Nada de Policía, por amor de Dios. Y en cuanto al clero, no es posible cambiar el pasado. Y, sin embargo, me quitaría un peso del alma que alguien se enterase de la verdad, antes que yo me muera.» «Pues bien -le dije yo-; si no quiere usted nada con la Policía, tenemos a ese detective del que tanto leemos», con su perdón, míster Holmes. Ella se agarró a esa idea inmediatamente, y dijo: "Ése es el hombre que necesito. ¿Cómo no se me ocurrió jamás acudir a él? Tráigalo, mistress Merrilow, y si pone inconvenientes a venir, dígame que yo soy la mujer de la colección de fieras de Ronder. Dígame eso y cítele el nombre de «Abbas Parva»." Aquí está como ella lo escribió: «Abbas Parva.» «Eso le hará venir si él es tal y como yo me lo imagino.»

-Me hará ir, en efecto -comentó Holmes-. Muy bien, mistress Merrilow. Desearía tener una breve conversación con el doctor Watson. Eso nos llevará hasta la hora del almuerzo. Puede contar con que llegaremos a su casa de Brixton a eso de las tres.

Apenas sí nuestra visitante había salido de la habitación con sus andares menudos y bamboleantes de ánade, cuando ya Sherlock Holmes se había lanzado con furiosa energía sobre una pila de libros vulgares que había en un rincón. Escuchóse durante algunos minutos un constante roce de hojas y de pronto un gruñido de satisfacción, porque había dado con lo que buscaba. Era tal su excitación que no se levantó, sino que permaneció sentado en el suelo, lo mismo que un Buda extraño, con las piernas cruzadas, rodeado de gruesos volúmenes, y con uno de ellos abierto encima de las rodillas.

-Watson, éste es un caso que en su tiempo me trajo preocupado. Fíjese en mis notas marginales que lo demuestran. Reconozco que no logré explicármelo. Sin embargo, estaba convencido de que el juez de investigación estaba equivocado. ¿No recuerda usted la tragedia de Abbas Parva?

-En absoluto, Holmes.

-Sin embargo, por aquel entonces vivía usted conmigo. Desde luego, también mis impresiones del caso eran muy superficiales, porque no disponía de datos en que apoyarme, y porque ninguna de las dos partes había solicitado mis servicios. Quizá le interese leer los periódicos.

-¿No podría señalarme usted mismo los detalles sobresalientes?

-Es cosa muy fácil de hacer. Ya verá cómo los recuerda conforme yo vaya hablando. El nombre de Ronder era, desde luego, conocidísimo. Era el rival de Wombwell y de Sanger. Uno de los más grandes empresarios de circo de su tiempo. Hay, sin embargo, pruebas de que se entregó a la bebida y de que al ocurrir la tragedia se hallaban tanto él como su circo ambulante en decadencia. La caravana se había detenido para pasar la noche en Abbas Parva, pueblo pequeño del Berkshire, que fue donde ocurrió este hecho horrendo. Iban camino de Wimbledon y viajaban por carretera. Se limitaron, pues, a acampar, sin hacer exhibición alguna, porque se trataba de un lugar tan pequeño que no les habría compensado el trabajo.

»Entre las fieras que exhibían figuraba un magnífico ejemplar de león de África. Le llamaban el Rey del Sáhara, y tanto Ronder como su mujer tenían por costumbre realizar exhibiciones dentro de su jaula. Ahí tiene una foto de la escena. Verá por ella que Ronder era un cerdo corpulento, y su esposa, una espléndida mujer. Alguien testimonió durante la investigación que el león había ofrecido síntomas de estar de humor peligroso, pero que, como de costumbre, la familiaridad engendra el menosprecio, y nadie hizo caso.

»Era cosa corriente que Ronder o su esposa diesen de comer al león por la noche. Unas veces lo hacía uno de ellos, otras, los dos juntos; pero nunca permitían que nadie más le diese de comer, creyendo que mientras fuesen ellos los que le llevaban el alimento, el león los consideraría como bienhechores suyos y no les haría ningún daño. La noche del suceso habían entrado los dos a darle de comer, y entonces ocurrió un suceso horrendo, pero cuyos detalles nunca se consiguió poner en claro.

»Parece que el campamento todo se despertó hacia medianoche por los rugidos del animal y los chillidos de la mujer. Todos los cuidadores y empleados acudieron desde sus tiendas corriendo, llevando linternas. A la luz de éstas vieron un espectáculo terrible. Ronder yacía en el suelo, con la parte posterior del cráneo hundida y con señales de profundos zarpazos en el cuero cabelludo; a unos diez metros de distancia de la jaula, que estaba abierta. Cerca de la puerta de la jaula yacía mistress Ronder, de espaldas, con la fiera acurrucada y enseñando los dientes encima de ella. Le había destrozado la cara de tal manera que no se creyó que sobreviviría. Varios de los artistas del circo, encabezados por el forzado Leonardo y por el payaso Griggs, acometieron a la fiera con pértigas, y el león dio un salto hacia atrás y se metió en la jaula, que aquéllos se apresuraron a cerrar.

»Nadie supo cómo había quedado abierta. Se llegó a la suposición de que la pareja había intentado entrar en la jaula, pero que, en el instante en que fueron corridos los cierres de la puerta, el animal se lanzó sobre ellos de un salto. Ningún otro detalle de interés apareció en la investigación, fuera de que la mujer, en el delirio de sus atroces dolores, no cesaba de gritar: «¡Cobarde! ¡Cobarde!», cuando la conducían al carramato en que vivían. Transcurrieron seis meses antes que ella pudiera prestar declaración, pero se cumplieron debidamente todos los trámites, y el veredicto del jurado del juez de instrucción fue de muerte sobrevenida por una desgracia.

-¿Cabía otra alternativa? -pregunté yo.

-Tiene usted razón de hacer esa pregunta. Sin embargo, había un par de detalles que trajeron

desasosiego a Edmunds, de la Policía de Berkshire. ¡Magnífico muchacho el tal Edmunds! Más adelante lo destinaron a Allahabad. Gracias a él me puse en contacto con el asunto, porque se dejó caer por aquí y fumamos un par de pipas hablando del mismo.

-¿Era un individuo delgado y de pelo rubio?

-Exactamente. Tenía la seguridad de que descubriría usted su pista inmediatamente.

-¿Y qué fue lo que le preocupaba?

-La verdad es que nos preocupó a los dos. Resultaba endiabladamente difícil reconstruir el hecho. Mírelo desde el punto de vista del león. Se ve en libertad. ¿Y qué hace entonces? Da media docena de saltos hacia delante para ir a caer sobre Ronder. Éste se da media vuelta para huir, puesto que las señales de los zarpazos las tenía en la parte posterior de la cabeza; pero el león le derriba. Entonces, en vez de dar otro salto y escapar, se vuelve hacia la mujer, que estaba cerca de la jaula, la derriba de espaldas y le mastica la cara. Por otro lado, los gritos de la mujer parecían dar a entender que el marido le había fallado de una u otra manera. ¿Qué pudo hacer el pobre hombre para socorrerla? ¿No ve usted la dificultad?

-Desde luego.

-Pero había algo más, que se me ocurre a mí, ahora que vuelvo a repasar el asunto. Algunas de las personas declararon que, coincidiendo con los rugidos del león y con los chillidos de la mujer, se oyeron gritos de terror que daba un hombre.

-Serían de Ronder, sin duda.

-Difícilmente podía gritar si estaba con el craneo destrozado. Dos testigos, por lo menos, se refieren a gritos de un hombre mezclados con los de una mujer.

-Yo creo que para entonces estaría gritando el campamento entero. Por lo que se refiere a los demás puntos, creo que podría apuntar una solución.

-La tomaré muy a gusto en consideración.

-Cuando el león se vio en libertad, él y ella estaban juntos, a diez metros de la jaula. Ronder se dio media vuelta y fue derribado. La mujer concibió la idea de meterse dentro de la jaula y de cerrar la puerta. Era aquél su único refugio. Se lanzó a ponerla en práctica, pero cuando ya llegaba a la puerta, la fiera saltó sobre ella y la derribó. La mujer, irritada contra su marido, porque, al huir éste, la fiera se había enfurecido. Si ambos le hubiesen hecho frente, quizá la hubiesen obligado a retroceder. De ahí sus estentóreos gritos de «¡Cobarde!»

-¡Magnífico, Watson! Su brillante exposición no tiene más que un defecto.

-¿Qué defecto, Holmes?

-Si ambos estaban a diez pasos de distancia de la jaula, ¿cómo llegó la fiera a encontrarse con la puerta abierta?

-¿No es posible que tuviesen algún enemigo y que éste la abrió?

-¿Y por qué había de acometerlos de manera tan salvaje si estaba acostumbrada a jugar con ellos y a exhibir con ellos sus habilidades dentro de la jaula?

-Quizás ese mismo enemigo había hecho algo con el propósito de enfurecerlo.

Holmes permaneció pensativo y en silencio durante algunos momentos.

-Bien, Watson, hay algo que decir en favor de su hipótesis. Ronder era un hombre que tenía muchos enemigos. Edmunds me dijo que cuando estaba metido en copas era espantoso. Hombre corpulento y fanfarrón, maltrataba de palabra y obra a cuantos se le cruzaban en el camino. Yo creo que aquellos gritos de monstruo, de los que nos ha hablado nuestra visitante, son reminiscencias

nocturnas del muerto querido. Sin embargo, todo esto no son sino cábalas fútiles mientras no conozcamos todos los hechos. Tenemos en el aparador una perdiz fría y una botella de Montrachet. Renovemos nuestras energías antes que tengamos que exigirles un nuevo esfuerzo.

Cuando nuestro coche hamson nos dejó junto a la casa de mistress Merrilow, nos encontramos a la rolliza señora cerrando con su cuerpo el hueco de la puerta de su morada humilde, pero retirada. Era evidente que su precaución principal era la de no perder una buena inquilina, y antes de conducirnos al piso superior nos suplicó que no dijésemos ni hiciésemos nada que pudiera provocar un hecho tan indeseable. Por fin, después de haberle dado toda clase de seguridades, nos condujo por la escalera, estrecha y mal alfombrada, hasta la habitación de la misteriosa inquilina.

Era un cuarto mal ventilado, angosto, que olía a rancio, como no podía menos, puesto que la ocupante no salía de él apenas. Por algo que parecía justicia del Destino, aquella mujer que tenía encerradas a las fieras en una jaula había acabado siendo como una fiera dentro de una jaula. Se hallaba sentada en un sillón roto, en el rincón más oscuro del cuarto. Los largos años de inactividad habían quitado algo de esbeltez a las líneas de su cuerpo, que debió de ser hermoso, y conservaba aún su plenitud y voluptuosidad. Un grueso velo negro le cubría el rostro, pero el borde del mismo terminaba justamente encima del labio superior, dejando al descubierto una boca perfecta y una barbilla finamente redondeada. Yo pensé que, en efecto, debió de ser una mujer extraordinaria. También su voz era de timbre delicado y agradable.

-Míster Holmes, usted conoce ya mi nombre -explicó-. Pensé que bastaría para que viniese.

-Así es, señora, aunque no acabo de comprender cómo sabe que yo estuve interesado en el caso suyo.

-Lo supe cuando, recobrada ya mi salud, fui interrogada por el detective del condado, míster Edmunds. Pero yo le mentí. Quizás había sido más prudente decirle la verdad.

-Por lo general, decir la verdad suele ser lo más prudente. ¿Y por qué mintió usted?

-Porque de ello dependía la suerte de otra persona. Era un ser indigno por demás. Yo lo sabía, pero no quise que su destrucción recayese sobre mi conciencia. ¡Habíamos vivido tan cerca, tan cerca!

-¿Ha desaparecido ya ese impedimento?

-Sí, señor. La persona a que aludo ha muerto.

-¿Por qué, entonces, no le cuenta usted ahora a la Policía todo lo que sabe?

-Porque hay que pensar también en otra persona. Esa otra persona soy yo. Sería incapaz de aguantar el escándalo y la publicidad que acarrearía el que la Policía tomase en sus manos el asunto. No es mucho lo que me queda de vida, pero deseo morir sin ser molestada. Sin embargo, deseaba dar con una persona de buen criterio a la que poder confiar mi terrible historia, de modo que, cuando yo muera, pueda ser comprendido cuanto ocurrió.

-Eso es un elogio que usted me hace, señora. Pero soy, además, una persona que tiene el sentimiento de su responsabilidad. No le prometo que, después que usted haya hablado, no me crea en el deber de poner su caso en conocimiento de la Policía.

-Creo que no lo hará usted, míster Holmes. Conozco demasiado bien su carácter y sus métodos, porque vengo siguiendo su labor desde hace varios años. El único placer que me ha dejado el Destino es el de la lectura, y pocas cosas de las que ocurren por el mundo se me pasan inadvertidas. En todo caso, estoy dispuesta a correr el riesgo del empleo que usted pudiera hacer de mi tragedia. Mi alma sentirá alivio contándola.

-Tanto mi amigo como yo, nos alegraríamos de oírla.

La mujer se levantó y sacó de un cajón la fotografía de un hombre. Saltaba a la vista que se trataba de un acróbata profesional, de magnífica conformación física. Estaba retratado con sus poderosos

brazos cruzados delante del arqueado pecho, y con una sonrisa que asomaba por entre sus tupidos bigotes; la sonrisa engreída del hombre conquistador de mujeres.

-Es Leonardo -nos dijo.

-¿Leonardo, el forzudo que prestó declaración?

-El mismo. Y este otro es... mi marido.

Era una cara espantosa. La cara de un cerdo humano, o más bien de un jabalí formidable en su bestialidad. Era fácil imaginarse aquella boca repugnante, rechinando y echando espumarajos en sus momentos de rabia, y aquellos ojillos malignos proyectando sus ruindades sobre todo lo que miraban. Rufián, fanfarrón, bestia; todo eso estaba escrito en aquel rostro de gruesa mandíbula.

-Estos dos retratos les ayudarán, caballeros, a comprender esta historia. Cuando yo tenía diez años era ya una muchacha de circo, educada en el aserrín de la pista y que saltaba por el aro. Cuando me convertí en mujer, se enamoró de mí este hombre, si a su lascivia se le puede dar el nombre de amor. En un mal momento me casé con él. Desde ese día viví en un infierno, y él fue el demonio que me atormentó. No había una sola persona en toda la compañía que no supiese cómo me trataba. Me abandonó para ir con otras. Si yo me quejaba, solía atarme y me azotaba con su fusta de montar. Todos me compadecían y todos le odiaban, pero, ¿qué podían hacer? Desde el primero hasta el último le temían. Porque era terrible en todo momento, pero llegaba a sanguinario siempre que estaba borracho. Una y otra vez fue condenado por agresión y por crueldades con los animales; pero tenía dinero abundante, y le importaban muy poco las multas. Los mejores artistas nos abandonaron, y el espectáculo empezó a ir cuesta abajo.

Únicamente Leonardo y yo lo sosteníamos, con la ayuda del pequeño Jimmy Griggs, el payaso. Este pobre hombre no tenía muchos motivos para estar de buen humor, pero se esforzaba cuanto podía en evitar que todo se derrumbase.

»Leonardo entró entonces cada vez más íntimamente en mi vida. Ya han visto ustedes cómo era físicamente. Ahora sé cuán pobre era el espíritu encerrado en un cuerpo tan magnífico, pero, comparado con mi marido, parecía algo así como el ángel Gabriel. Me compadeció y me ayudó, hasta que nuestra intimidad se convirtió en amor; un amor profundo, profundísimo, apasionado, con el que yo había soñado siempre, pero que nunca esperé sentir. Mi marido lo sospechó, pero yo creo que tenía tanto de cobarde como de bravucón, y que Leonardo era el único hombre al que temía. Se vengó a su manera, atormentándome cada vez más. Una noche mis gritos trajeron a Leonardo hasta la puerta de nuestro carromato. Aquella vez bordeamos la tragedia, y mi amante y yo no tardamos en comprender que no era posible evitarla. Mi marido no tenía derecho a vivir. Planeamos su muerte.

»Leonardo era hombre de cerebro astuto y calculador. Fue él quien lo planeó todo. No lo digo para censurarlo, porque yo estaba dispuesta a acompañarle hasta la última pulgada del camino. Pero yo no habría tenido jamás el ingenio necesario para trazar aquel plan. Preparamos una clava (fue Leonardo quien la fabricó), y en la cabeza de la misma, hecha de plomo, aseguramos cinco largas uñas de acero, con las puntas fuera y de la misma anchura de la garra del león. Daríamos con ella a mi marido el golpe de muerte, pero, por las señales que quedarían haríamos pensar a todos que se la había producido el león, al que dejaríamos libre.

»La noche estaba negra como la pez cuando mi marido y yo marchamos, según era nuestra costumbre, a dar de comer a la fiera. Llevábamos la carne cruda en un cubo de cinc. Leonardo estaba al acecho detrás de la esquina del gran carromato junto al cual teníamos que pasar antes de llegar a la jaula.

»Actuó con retraso; cruzamos por delante de él sin que descargase el golpe; pero nos siguió de puntillas, y yo oí el crujido que produjo la clava al destrozar el cráneo. Fue un ruido que hizo dar un vuelco de alegría a mi corazón. Corrí hacia delante y solté el cierre que sujetaba la puerta de la gran jaula del león.

»Y entonces ocurrió una cosa terrible. Quizás esté usted enterado de lo rápidos que son estos animales para recibir el husmillo de la sangre humana, y cómo ésta los excita. Algún instinto extraño debió de hacer barruntar al león que un ser humano había muerto. Al descorrer yo el cerrojo saltó y se me vino encima en un segundo. Leonardo pudo salvarme. Si él se hubiese abalanzado sobre el león y le hubiese golpeado con la maza, habría podido hacerle retroceder. Pero se acobardó. Le oí gritar aterrorizado y le vi darse inedia vuelta y huir. En el mismo instante sentí en mi carne los dientes del león. Ya su aliento abrasador y sucio me había envenenado y apenas si experimenté sensación alguna de dolor. Intenté apartar con las palmas de mis manos las tremendas fauces, manchadas de sangre y que lanzaban un vaho hirviente y grité pidiendo socorro. Tuve la sensación de que todo el campamento se ponía en movimiento y conservo el confuso recuerdo de que un grupo de hombres, compuesto por Leonardo, Griggs y otros, me sacaron de debajo de las zarpas de la fiera. Ése fue, míster Holmes, por espacio de muchos meses fatigosos, el último de mis recuerdos. Cuando recobré la razón y me vi en el espejo maldije al león, ¡oh!, cómo lo maldije!; no porque había destrozado mi hermosura, sino por no haberme arrancado la vida. Sólo un deseo tenía, míster Holmes, y contaba con dinero suficiente para satisfacerlo. Este deseo era el de cubrirme el rostro de manera que nadie pudiera verlo, y vivir donde nadie de cuantos yo había conocido pudieran encontrarme. Eso era lo único que ya me restaba por hacer; y eso es lo que he venido haciendo. Convertida en un pobre animal que se ha arrastrado hasta dentro de un agujero para morir; así es cómo acaba su vida Eugenia Ronder.

Permanecimos sentados en silencio un rato, cuando ya la desdichada mujer había acabado de relatar su historia. De pronto, Holmes extendió su largo brazo y palmeó en la mano a la mujer con una expresión de simpatía como rara vez yo le había visto exteriorizar.

-¡Pobre muchacha! ¡Pobre muchacha! -decía-. Los manejos del Destino son, en verdad, difíciles de comprender. Si no existe alguna compensación en el más allá, entonces el mundo no es sino una broma cruel. ¿Y qué fue del tal Leonardo?

-Jamás volví a verlo ni oír hablar de él. Quizá no tuve razón para llevar mi animosidad hasta ese punto. Quizás él hubiese amado a esta pobre cosa que el león había dejado, lo mismo que a uno de esos monstruos de mujer que exhibimos por el país. Pero no se puede hacer tan fácilmente a un lado el amor de una mujer. Aquel hombre me había dejado entre las garras de la fiera, me había abandonado en el momento de peligro. Sin embargo, no pude decidirme a entregarlo a la horca. Mi suerte me tenía sin cuidado. ¿Qué podía ser más angustioso que mi vida actual? Pero me interpuse entre Leonardo y su destino.

-¿Y ha muerto ya?

-Se ahogó el mes pasado mientras se bañaba cerca de Margate. Leí su muerte en los periódicos.

-¿Y qué hizo de su clava de cinco garras, detalle éste el más extraordinario e ingenioso de toda su historia?

-No puedo decírselo, míster Holmes. Cerca del campamento había una cantera de cal que tenía en su base una profunda ciénaga verdosa. Quizás en el fondo de la misma...

-Bien, bien, la cosa tiene ya poca importancia. El caso ha quedado concluso. Nos habíamos puesto en pie para retirarnos, pero algo observó Holmes en la voz de la mujer que atrajo su atención. Volvióse rápidamente hacia ella.

-Su vida no le pertenece -le dijo-. No atente contra ella.

-¿Qué utilidad tiene para nadie?

-¿Qué sabe usted? El sufrir con paciencia constituye por sí mismo la más preciosa de las lecciones que se pueden dar a un mundo impaciente.

La contestación de la mujer fue espantosa. Se levantó el velo y avanzó hasta que le dio la luz de lleno, y dijo:

-¡A ver si es usted capaz de aguantar esto!

Era una cosa horrible. No existen palabras para describir la conformación de una cara, cuando ésta ha dejado de ser cara. Los dos ojos oscuros, hermosos y llenos de vida, que miraban desde aquella ruina cartilaginosa, realzaban aún más lo horrendo de semejante visión. Holmes alzó las manos en ademán de compasión y de protesta, y los dos juntos abandonamos el cuarto.

Dos días después fui a visitar a mi amigo, y éste me señaló con cierto orgullo una pequeña botella que había encima de la repisa de la chimenea. La cogí en la mano. Tenía una etiqueta roja, de veneno. Al abrirla, se esparció un agradable olor de almendras.

-¿Ácido prúsico? -le pregunté.

-Exactamente. Me ha llegado por el correo. «Le envío a usted mi tentación. Seguiré su consejo.» Eso decía el mensaje. Creo, Watson, que podemos adivinar el nombre de la valerosa mujer que lo ha enviado.

La aventura de Shoscombe Old Place

Sherlock Holmes llevaba un buen rato inclinado sobre su microscopio de baja potencia. Entonces se enderezó y se volvió a mirarme triunfalmente.

– Es cola, Watson –dijo–. Indudablemente es cola. ¡Mire esos objetos dispersos en el campo de visión!

Me incliné hacia el ocular y lo enfoqué para mi vista.

– Esos pelos son hilos de una chaqueta de franela. Las masas grises irregulares con polvo. Hay escamas epiteliales a la izquierda. Esos bultos pardos del centro son indiscutiblemente cola.

– Bueno –dije, riendo–, estoy dispuesto a aceptar su palabra. ¿Hay algo que dependa de eso?

– Es una demostración muy bonita –respondió–. En el caso St. Pancras quizá recuerde que se encontró una gorra junto al policía muerto. El acusado niega que sea suya. Pero es un hombre que construye marcos y habitualmente maneja cola.

– ¿Es uno de sus casos?

– No; mi amigo Merivale, de la Yard, me ha pedido que examine el caso. Desde que cacé a aquel monedero falso por las virutas de zinc y cobre en la costura del puño, han empezado a darse cuenta de la importancia del microscopio. –Miró con impaciencia el reloj–. Viene a verme un nuevo cliente, pero lleva retraso. Por cierto, Watson, ¿sabe usted algo de carreras de caballos?

– Debería saber. Las pago con casi la mitad de mi pensión por heridas de guerra.

– Entonces le utilizaré como mi «Guía Fácil para el Hipódromo». ¿Qué hay de sir Robert Norberton? ¿Le dice algo ese nombre?

– Bueno, yo diría que sí. Vive en Shoscombe Old Place, y le conozco bien, porque en otro tiempo yo solía pasar allí el verano. Norberton una vez estuvo a punto de caer dentro de la jurisdicción de usted.

– ¿Cómo fue eso?

– Fue cuando golpeó con el látigo a Sam Brewer, el famoso prestamista de Curzon Street, en Newmarket Heath. Casi lo mató.

– ¡Ah!, ¡eso parece interesante! ¿Se permite muchas veces esas cosas?

– Bueno, tiene fama de ser hombre peligroso. Es seguramente el jinete más atrevido de Inglaterra, segundo en el Grand Nacional de hace unos pocos años. Es uno de los hombres que ha perdurado más allá de su verdadera generación. Habría sido un modelo en la sociedad de los días de la regencia; boxeador, atleta, temerario en las carreras de caballos, cortejador de bellas damas y, por lo que dicen, tan metido por el camino de la extravagancia que a lo mejor nunca encuentra el camino de vuelta.

– Estupendo, Watson. Un esbozo en pocos rasgos. Me parece que conozco a ese hombre. Bueno, ¿puede darme una idea de Shoscombe Old Place?

– Sólo que está en el centro de Shoscombe Park, y que allí se encuentra la famosa caballeriza de Shoscombe y sus terrenos de entrenamiento.

– Y el principal entrenador –dijo Holmes– es John Mason. No tiene que sorprenderse de mis conocimientos, Watson, porque es una carta suya la que estoy desdoblado. Pero sepamos más de Shoscombe. Parece que he dado con un buen filón.

– Están los famosos perros de aguas *Shoscombe* –dije–. Oirá hablar de ellos en todas las exposiciones caninas. La raza más genuina de Inglaterra. Son el orgullo de la señora de Shoscombe Old Place.

- La mujer de Robert Norberton, imagino.
- Sir Robert no se ha casado. Más vale, considerando sus perspectivas. Vive con su hermana, viuda, lady Beatrice Falder.
- ¿Quiere decir que ella vive con él?
- No. El hogar pertenecía a su difunto marido, sir James. Norberton no tiene ningún derecho al hogar. Es sólo un derecho vitalicio y revierte al hermano del marido. Entretanto ella cobra la renta todos los años.
- ¿Y el hermano de Robert, supongo, se gasta esa renta?
- Es más o menos lo que pasa. Es un demonio de hombre y le hace llevar una vida muy incómoda. Pero he oído decir que ella le quiere mucho. Pero ¿qué ocurre de malo en Shoscombe?
- Ah, eso es precisamente lo que quiero saber. Y aquí espero, está el hombre que nos lo puede decir.

Se abrió la puerta y el joven sirviente hizo entrar a un hombre alto, completamente afeitado, con la expresión firme y austera que sólo se ve en los que tiene que dominar caballos o chicos. El señor Mason tenía muchos de ambas clases en su poder, y parecía a la altura de su tarea. Se inclinó con frío dominio de sí mismo y se sentó en la silla que le indicó Holmes.

- ¿Recibió mi carta, señor Holmes?
- Sí, pero no explicaba nada.
- Es una cosa demasiado delicada para poner los detalles por escrito. Y demasiado complicada. Sólo podía hacerlo cara a cara.
- Bueno, estamos a su disposición.
- Ante todo, señor Holmes, creo que mi jefe, sir Robert, se ha vuelto loco.

Holmes levantó las cejas.

- Esto no es un hospital para alienados –dijo–. Pero ¿por qué lo dice?
- Bueno, señor Holmes, cuando un hombre hace una cosa rara, o dos cosas raras, puede que ello signifique algo, pero cuando todo lo que hace es raro, entonces uno empieza a hacerse preguntas. Creo que el «Príncipe» de Shoscombe y el Derby le han trastornado la cabeza.
- ¿Es un potro que usted hace correr?
- El mejor de Inglaterra, señor Holmes. Si alguien lo sabe, tendría que ser yo. Bueno, les seré sincero, pues sé que ustedes son caballeros de honor y esto no saldrá de este cuarto. Sir Robert tiene que ganar este Derby. Está entrampado hasta el cuello, y es su última oportunidad. Todo lo que ha podido reunir o pedir prestado se invierte en el caballo, ¡con buenos puntos de ventaja, además! Ahora pueden conseguirlo a cuarenta, pero estaba cerca de cien cuando él empezó a apoyarlo.
- Pero ¿cómo es eso, si el caballo es tan bueno?
- El público no sabe lo bueno que es. Sir Robert ha sido demasiado listo para los pronosticadores. Saca al medio hermano de «Príncipe» para exhibirlo. No se les puede distinguir. Pero el uno aventaja al otro en dos cuerpos en un estadio cuando se trata del galope. El no piensa más que en el caballo y en la carrera. Ha dedicado toda su vida a ello. Hasta entonces, puede mantener a raya a los judíos. Si le falla el «Príncipe» está listo.
- Parece una jugada más bien desesperada, pero ¿dónde entra la locura?
- Bueno, ante todo, no hay más que mirarle. Creo que no duerme por las noches. A todas horas baja a las cuadras. Tiene unos ojos de loco. Ha sido demasiado para sus nervios. Y luego, ¡ahí está su conducta con lady Beatrice!

– ¡Ah! ¿Qué es eso?

– Siempre habían sido inmejorables amigos. Tenían ambos los mismos gustos, y a ella le gustaban los caballos tanto como a él. Todos los días a la misma hora, ella iba en coche a verlos; y, sobre todo, quería al «Príncipe». Este aguzaba las orejas cuando oía las ruedas por la grava y salía trotando todas las mañanas hasta el coche para recibir el terrón de azúcar. Pero ahora se acabó.

– ¿Por qué?

– Bueno, parece que ella ha perdido todo interés por los caballos. Hace una semana que pasa de largo por delante de las cuadras sin decir ni buenos días.

– ¿Cree que ha habido una riña?

– Y, además, agria, salvaje, rencorosa. ¿Por qué, si no, iba él a regalar el perro de aguas predilecto de ella, que lo quería como si fuera su hijo? Se lo dio hace unos pocos días al viejo Barnes, que lleva el «Dragón Verde», a tres millas, en Crendall.

– Ciertamente, fue algo raro.

– Claro, con su corazón débil y su hidropesía, no se podía esperar que ella fuera por ahí con él, pero él pasaba dos horas con ella todas las noches en su cuarto. Bien hacía en hacer todo lo que pudiera, pues ella se ha portado con él de un modo extraordinario. Pero eso también se acabó. Y ella lo toma muy en serio. Está cavilosa y malhumorada, y bebe, señor Holmes, bebe como un pez.

– ¿Bebía antes de que se pelearan?

– Bueno, tomaba algún vasito, pero ahora muchas veces es una botella entera en una noche. Eso me dijo Stephens, el mayordomo. Todo ha cambiado, señor Holmes, y hay en eso algo condenadamente podrido. Pero, además, ¿qué hace el amo bajando por la noche a la cripta de la iglesia vieja? ¿Y quién es el hombre con el que se reúne allí?

Holmes se frotó las manos.

– Siga, señor Mason. Cada vez se pone más interesante.

– Fue el mayordomo quien lo vio ir. Las doce de la noche y lloviendo fuerte. Así que a la noche siguiente me presenté en la casa, y claro, el amo había vuelto a salir. Stephens y yo le seguimos, pero era un asunto difícil, pues habría sido un problema si nos hubiera visto. Es un hombre terrible con los puños una vez que se pone en marcha, y no respeta a nadie. Así que teníamos miedo de acercarnos demasiado; pero le seguimos la pista de todos modos. Era la cripta de los fantasmas lo que buscaba, y allí había un hombre esperándolo.

– ¿Qué es esa cripta de los fantasmas?

– Bueno, señor Holmes, hay una vieja capilla arruinada en el parque. Es tan vieja que nadie se puede fijar en su fecha. Y debajo tiene una cripta con mala fama entre nosotros. De día, es un sitio oscuro, húmedo, solitario, pero son pocos en el condado los que se atreverían a acercarse de noche. Pero el amo no tiene miedo. Nunca ha tenido miedo en su vida. Pero ¿qué hace allí por la noche?

– ¡Espere un poco! –dijo Holmes–. Dice usted que hay otro hombre allí. Debe ser uno de sus propios hombres de las cuadras, o alguien de la casa. Seguro que no tienen más que localizarle y preguntárselo.

– No es nadie que conozca yo.

– ¿Cómo puede decirlo?

– Porque lo he visto, señor Holmes. Fue la segunda noche, Sir Robert se volvió y pasó de largo entre nosotros, Stephens y yo, temblando entre los matorrales como dos conejitos, pues había un poco de luna esa noche. Pero oímos al otro, que venía detrás. No tuvimos miedo de él. Así que

pasó sir Robert, salimos fuera y fingimos que dábamos un paseo a la luz de la luna, de modo que salimos al encuentro, tan corrientes e inocentes como nos era posible. «¡Hola, compadre! ¿Quién puede ser usted?», digo yo. Me parece que no nos había oído venir, así que nos miró por encima del hombro con una cara como si hubiera visto al mismo diablo saliendo del infierno. Lanzó un aullido y se marchó tan deprisa como pudo en la oscuridad. ¡Sí que corría! Se lo aseguro. En un momento se perdió de vista y dejamos de oírle, y no averiguamos quién era ni qué era.

– Pero ¿le vieron claramente a la luz de la luna?

– Sí, juraría por su cara amarilla, un mal bicho, diría yo. ¿Qué podía tener en común con sir Robert?

Holmes se quedó un rato perdido en cavilaciones.

– ¿Quién acompaña a lady Beatrice Falder? –preguntó por fin.

– Está su doncella, Carrie Evans. Lleva cinco años con ella.

– Y la quiere, sin duda.

El señor Mason se revolvió incómodo.

– Está muy enamorada –respondió por fin–. Pero no diré de quién.

– ¡Ah! –dijo Holmes.

– No puedo contar chismes.

– Le entiendo, señor Mason. Por supuesto, la situación está bastante clara. Por la descripción de sir Robert dada por el doctor Watson, me doy cuenta de que no hay mujer que se salve de él. ¿No cree que la riña entre hermano y hermana puede radicar en eso?

– Bueno, hace mucho tiempo que el escándalo está bastante claro.

– Pero a lo mejor ella no lo había visto antes. Supongamos que lo ha descubierto de repente. Quiere quitarse de encima a esa mujer. Su hermano no lo permite. La inválida, con su corazón enfermo y su incapacidad para andar por ahí, no puede hacer cumplir su voluntad. La odiada doncella sigue atada a ella. La señora rehúsa hablar, se pone de mal humor, se da a la bebida. Sir Robert, en su cólera, le quita su perro de aguas predilecto. ¿No es lógico todo eso?

– Bueno, podría serlo... hasta ese punto.

– ¡Exactamente! Hasta ese punto. ¿Cómo concordaría todo eso con las visitas nocturnas a la vieja cripta? No podemos encajar eso en nuestro plan.

– No, señor, y hay algo más que no puede encajar. ¿Por qué sir Robert iba a querer desenterrar un cadáver?

Holmes se incorporó bruscamente.

– Lo descubrimos ayer mismo, después de que le escribí a usted. Ayer sir Robert se había ido a Londres, de modo que Stephens y yo bajamos a la cripta. Estaba todo en orden, señor Holmes, salvo que en un rincón había un esqueleto humano.

– Informó usted a la policía, supongo.

Nuestro visitante sonrió sombríamente.

– Bueno, señor Holmes, creo que apenas les interesaría. Eran sólo la cabeza y unos pocos huesos de una momia. Podía tener mil años. Pero no estaba antes; lo juraría yo y también Stephens. La habían echado a un lado en un rincón, tapándola con una tabla, pero ese rincón siempre había estado vacío.

– ¿Qué hizo usted con ello?

– Bueno, lo dejamos allí.

– Muy sensato. Dice que sir Robert se marchó ayer. ¿Ha vuelto?

– Le esperamos hoy.

– ¿Cuándo regaló sir Robert el perro de su hermana?

– Hoy hace una semana. El animal aullaba detrás del viejo cobertizo del pozo, y sir Robert estaba esa mañana en uno de sus accesos de mal humor. Lo cogió y creí que lo iba a matar. Luego se lo dio a Sandy Bain, el jockey, y le dijo que se lo llevara al viejo Barnes en el «Dragón Verde», pues no quería volverlo a ver.

Holmes se quedó un rato callado meditando. Había encendido la más vieja y sucia de sus pipas.

– Todavía no acabo de entender qué quiere usted que haga yo en este asunto, señor Mason –dijo por fin–. ¿No puede explicármelo mejor?

– Quizá esto lo aclarará, señor Holmes –dijo nuestro visitante.

Sacó un papel del bolsillo, y desdoblándolo con cuidado, mostró un trozo de hueso chamuscado.

Holmes lo examinó con interés.

– ¿De dónde lo ha sacado?

– Hay una caldera de calefacción central en el sótano debajo del cuarto de lady Beatrice. Lleva algún tiempo sin utilizarse, pero sir Robert se quejó del frío y la hizo poner en marcha de nuevo. La lleva Harvey: es uno de mis mozos. Esta mañana vino a verme con esto, lo había encontrado removiendo las cenizas. No le gustó su aspecto.

– Tampoco a mí me gusta –dijo Holmes–. ¿Qué le parece, Watson?

Estaba quemado hasta reducirse a un tizón negro, pero no había duda de su significado anatómico.

– Es el cóndilo superior de un fémur humano –dije.

– ¡Exactamente! –Holmes se había puesto muy serio–. ¿Cuándo se ocupa ese muchacho de la caldera?

– La pone en marcha todas las mañanas y luego la deja.

– Entonces, ¿cualquiera podría visitarla por la noche?

– Sí, señor.

– ¿Se puede entrar desde fuera?

– Hay una puerta exterior. Hay otra que conduce arriba por una escalera hasta el pasillo hasta el cuarto de lady Beatrice.

– Aquí hay aguas profundas, señor Watson: profundas y más bien sucias. ¿Dice usted que sir Robert no estuvo en casa anoche?

– No, señor.

– Entonces, fuera quien fuera el que quemó los huesos, no fue él.

– Es cierto, señor Holmes.

– ¿Cómo se llama la posada de que hablaba?

– El «Dragón Verde».

– ¿Hay buena pesca por esa parte de Berkshire?

El honrado entrenador nos dio a entender con su cara que estaba convencido de que otro loco se había metido en su apurada vida.

– Bueno, señor Holmes, he oído decir que hay truchas en la corriente del molino y lucios en el lago de Hall.

– Eso basta. Watson y yo somos unos pescadores famosos, ¿verdad, Watson? En lo sucesivo, puede ir a buscarnos al «Dragón Verde». Deberíamos llegar esta noche. No necesito decir que no es que no queramos verle, señor Mason, pero una carta nos basta, y, sin duda, yo le podría encontrar si le necesito. Cuando hayamos avanzado un poco más en el asunto le haré saber mi meditada opinión.

Así fue como un claro atardecer de mayo Holmes y yo nos encontrábamos solos en un vagón de primera, en dirección a la pequeña «parada a petición» de Shoscombe. La redecilla del departamento estaba llena de un temible arsenal de cañas, sedales y cestos. Al llegar a nuestro destino, un pequeño trayecto en coche nos llevó a una posada a la antigua, donde un jovial hotelero, Josiah Barnes, se hizo cargo ávidamente de nuestros planes para la extinción de los peces de la comarca.

– ¿Y qué hay del lago Hall y la posibilidad de lucios? –dijo Holmes.

El rostro del hotelero se nubló.

– No serviría, señor. Está terriblemente celoso de los pronosticadores de carreras. Si ustedes dos, siendo forasteros, se encontraran tan cerca de sus terrenos de entrenamiento, les perseguirían, tan seguro como la muerte. Sir Robert no quiere correr riesgos de ningún tipo.

– He oído decir que tiene un caballo inscrito para el Derby.

– Sí, y muy bueno, además. Se lleva todo nuestro dinero a la carrera, y todo el de sir Robert, por añadidura. Por cierto –nos miró con los ojos pensativos–, supongo que ustedes no estarán también en las carreras.

– No, desde luego. Nada más que dos fatigados londinenses muy necesitados del aire saludable de Berkshire.

– Bueno, están en el sitio apropiado para ello. Hay mucho que ver por ahí. Pero no olviden lo que he dicho de sir Robert. Es de los que pegan primero y hablan después. No se acerquen al parque.

– ¡Por supuesto, señor Barnes! Así lo haremos. Por cierto, qué bonito perro de aguas el que ladraba en el vestíbulo.

– Sí que lo es. Esa es la verdadera raza Shoscombe. No la hay mejor en Inglaterra.

– A mí también me gustan los perros –dijo Holmes–. Bueno, si se puede preguntar, ¿cuánto costaría un perro así?

– Más de lo que yo podría pagar, señor. Fue el mismo sir Robert quien me lo dio. Por eso tengo que tenerlo atado. Se marcharía a la mansión en un momento si lo soltara.

– Vamos teniendo algunas cartas en la mano, Watson –dijo Holmes, cuando nos dejó nuestro patrono–. No es fácil jugar, pero quizá dentro de un día o dos veremos cuál es nuestro camino. Por cierto, sir Robert sigue en Londres, he oído decir. Quizá podríamos entrar en el sagrado dominio sin miedo a un ataque personal. Hay un punto o dos en los que querría estar seguro.

– ¿Tiene alguna teoría, Holmes?

– Sólo esto, Watson: que hace cerca de una semana ocurrió algo que afectó profundamente a la vida de la casa Shoscombe. ¿Qué fue eso? Sólo podemos suponerlo por sus efectos. Parecen de carácter curiosamente heterogéneo. Pero eso sin duda nos ayudaría. Sólo los casos sin color ni sucesos son los desesperados. Vamos a considerar nuestros datos. El hermano deja de visitar a la hermana inválida. Regala el perro favorito de ella. ¡Su perro, Watson! ¿No le sugiere nada?

– Nada más que el rencor del hermano.

– Bueno, podría ser así. O no..., bueno, hay una alternativa. Ahora sigamos nuestro repaso de la situación desde el momento en que se produjo esa riña, si hubo una riña. La señora se queda en su cuarto, cambia de costumbres, no se la ve cuando sale en coche con su doncella, rehúsa detenerse en las cuadras para saludar a su caballo favorito, y al parecer se da a la bebida. Con eso está listo el caso, ¿no?

– Salvo por el asunto de la cripta.

– Esta es otra línea de pensamiento. Hay dos, y le ruego que no las confunda. La línea A, que se refiere a lady Beatrice, tiene un sabor vagamente siniestro, ¿verdad?

– No puedo sacar nada de ella.

– Bueno, entonces, tomemos la línea B, que se refiere a sir Robert. Está empeñado como un loco en ganar el Derby. Está en manos de los judíos y en cualquier momento le pueden poner en venta, pasando sus cuadras a poder de sus acreedores. Es un hombre atrevido y desesperado. Obtiene sus ingresos de su hermana. La doncella de su hermana es su instrumento dócil. Hasta ahí parece que estamos en terreno seguro, ¿no?

– Pero ¿y la cripta?

– ¡Ah, sí, la cripta! Supongamos, Watson –es sólo una suposición escandalosa, una hipótesis presentada sólo para discutir– que sir Robert haya liquidado a su hermana.

– Mi querido Holmes, eso ni se planeta.

– Muy posiblemente, Watson. Sir Robert es de familia honorable. Pero de vez en cuando se encuentra un cuervo entre las águilas. Discutamos un momento sobre ese supuesto. No podría huir del país mientras no hubiera logrado su fortuna y esa fortuna sólo se puede conseguir logrando el golpe con el «Príncipe» de Shoscombe. Por tanto, tiene que seguir en su terreno. Para eso tendría que encontrar a alguien que la sustituyera imitándola. Con la doncella como confidente, eso sería imposible. El cadáver de la mujer podría llevarse a la cripta, que es un lugar raramente visitado, y podría destruirse secretamente por la noche en la caldera, dejando detrás algún indicio como el que ya hemos visto, ¿Qué le dice esto, Watson?

– Bueno, todo es posible si se admite la monstruosa suposición original.

– Creo que hay un pequeño experimento que debemos hacer mañana, Watson, para arrojar algo de luz sobre el asunto. Mientras, si queremos mantener nuestra caracterización, sugiero que convidemos a nuestro anfitrión a un vaso de su vino y entremos en una elevada conversación sobre anguilas y albures, que parece el camino directo para lograr ese afecto. Quizá podríamos encontrar algún cotilleo local útil durante el proceso

Por la mañana Holmes descubrió que habíamos llegado sin cucharillas de cebo para los lucios, lo que nos excusó de pescar durante ese día. Hacia las once fuimos a dar un paseo, y obtuve permiso para sacar el perro de aguas negro con nosotros.

– Ese es el sitio –dijo, cuando llegamos ante dos altas verjas del parque, con unos grifones heráldicos destacándose encima–. Hacia el mediodía, me informa el señor Barnes, la vieja señora sale a pasear en coche, y el carruaje debe esperar mientras se abren las verjas. Cuando pase y antes de que tome velocidad, quiero que usted, Watson, detenga al cochero con alguna pregunta. No se ocupe de mí. Yo me esconderé detrás de esa mata de acebo y veré lo que pueda.

No fue una vigilancia muy prolongada. Al cabo de un cuarto de hora, vimos el gran *barouche* abierto, amarillo, bajando por la larga avenida, tirado por dos espléndidos caballos grises de gran alzada. Holmes se acurrucó detrás de su mata con el perro. Un guarda salió corriendo y abrió las verjas de par en par.

El carruaje se habría refrenado hasta ir al paso y pude mirar a sus ocupantes. Una joven muy colorada, de pelo lindo y ojos desvergonzados, iba sentada a la izquierda. A su derecha iba una

persona anciana de espalda redondeada y un montón de chales en torno a la cara y los hombros, que proclamaban que era una inválida. Cuando los caballos estaban a punto de llegar a la carretera, levanté la mano con gesto autoritario y, cuando el cochero frenó, pregunté si estaba sir Robert en Shoscombe Old Place.

En ese momento salió Holmes y soltó el perro. Este, con un grito alegre, se lanzó hacia el coche y subió al estribo. Luego, sólo un momento después, su ansioso saludo se mudó en furia y lanzó un mordisco a la falda negra que tenía encima.

– ¡Siga, cochero, siga! –chillo una voz áspera. El cochero dio un latigazo a los caballos y nos quedamos plantados en la carretera.

– Bueno, Watson, ya está –dijo Holmes, sujetando la correa del excitado perro de aguas–. Creyó que era su ama y vio que era una desconocida. Los perros no se equivocan.

– Pero ¡era la voz de un hombre! –grité.

– ¡Exactamente! Hemos añadido otra carta a nuestro juego, Watson, pero hay que jugar con cuidado, de todos modos.

Mi compañero no parecía tener más planes para el día y usamos por fin nuestros aparejos de pesca en la corriente del molino, con el resultado de que comimos truchas en la cena. Sólo después de cenar mostró Holmes señales de renovada actividad. Una vez más nos encontramos en el mismo camino que por la mañana, que nos llevó a la verja del parque. Una figura alta y oscura nos esperaba allí, y resultó ser nuestro conocido de Londres, el señor John Mason, el entrenador.

– Buenas noches, caballeros –dijo–. Recibí su nota, señor Holmes. Sir Robert no ha vuelto todavía, pero he oído decir que se le espera esta noche.

– ¿Qué tan lejos está la cripta de la casa? –preguntó Holmes.

– A un buen cuarto de milla.

– Entonces creo que podemos prescindir de él por completo.

– Yo no me puedo permitir tal cosa, señor Holmes. En el momento que llegue querrá verme para saber las últimas noticias del «Príncipe» de Shoscombe.

– ¡Ya veo! En ese caso debemos trabajar sin usted, señor Mason. Puede enseñarnos la cripta y dejarnos luego.

Estaba completamente oscuro y sin luna, pero Mason nos llevó por terrenos con hierba hasta que una masa oscura se destacó frente a nosotros, resultando ser la vieja capilla. Entramos por la brecha abierta que había sido el pórtico, y nuestro guía, tropezando entre montones de mampostería suelta, halló su camino hasta la esquina del edificio, donde una abrupta escalera bajaba a la cripta. Encendiendo una cerilla, iluminó el melancólico lugar, funesto y maloliente, con viejas paredes de piedra toscamente tallada y derrumbándose, y montones de ataúdes, unos de plomo y otros de piedra, extendiéndose por un lado hasta el techo abovedado en forma de inglete, que se perdía en las sombras de nuestras cabezas. Holmes había encendido su linterna, que proyectaba un delgado túnel de viva luz amarilla sobre el fúnebre escenario. Sus rayos reflejaban en las placas de los ataúdes, muchas de ellas adornadas con el grifón y la corona de esa vieja familia que llevaba sus honores hasta las puertas de la Muerte.

– Hablaba usted de unos huesos, señor Mason. ¿Podría enseñármelos antes de marcharse?

– Están ahí, en el rincón. –El entrenador cruzó al otro lado y luego se quedó parado, mientras nuestra luz se dirigía a aquel lugar–. Han desaparecido –dijo.

– Lo esperaba –dijo Holmes, con una risita–. Supongo que sus cenizas podrían encontrarse ahora mismo en ese horno que ya ha consumido una parte.

– Pero ¿por qué querría alguien quemar los huesos de un hombre que lleva mil años muerto? – preguntó John Mason.

– Estamos aquí para averiguarlo –dijo Holmes–. Puede representar una larga búsqueda y no tenemos que entretenerle. Me imagino que tendremos nuestra solución antes de la mañana.

Cuando nos dejó John Mason, Holmes se puso a trabajar haciendo un cuidadoso examen de las tumbas, empezando por una muy antigua, que parecía sajona, en el medio, a través de una larga fila de Hugos y Odos normandos, hasta que llegamos a sir William y sir Denis Falder, del siglo XVIII. Al cabo de una hora o más, Holmes llegó a un ataúd de plomo que estaba puesto de pie a la entrada de la cripta. Oí su pequeño grito de satisfacción, y me di cuenta, por sus movimientos apresurados pero con un objetivo, de que había alcanzado una meta. Entonces sacó del bolsillo una corta palanqueta, que metió en una rendija, hasta levantar toda la parte de delante, que parecía estar sujeta sólo por un par de cierres. Hubo un ruido desgarrador y de rotura al ceder, pero apenas tenía goznes y mostró parcialmente su contenido antes de que tuviéramos una interrupción intempestiva.

Alguien andaba por la capilla de arriba. Era el paso firme y rápido de quien venía con un propósito definido y conocía muy bien el suelo que pisaba. Una luz bajó por las escaleras y, un momento después, el hombre que la llevaba quedó enmarcado en el arco gótico. Era una terrible figura, de estatura enorme y feroz aspecto. Una gran linterna cuadrada que sostenía delante de él iluminaba hacia arriba una fuerte cara de grandes bigotes y ojos coléricos, que fulguraron en torno suyo por todos los rincones de la cripta, deteniéndose al fin con mortal fijeza en mi compañero y yo.

– ¿Quiénes diablos son ustedes? –atronó–. ¿Y qué hacen en mis propiedades?

Luego, como Holmes no respondiera, avanzó unos pasos hacia él y levantó el pesado bastón que llevaba.

– ¿Me oye? –gritó–. ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí?

Su estaca vibraba en el aire.

Pero en vez de encogerse. Holmes avanzó a su encuentro.

– Yo también tengo una pregunta que hacerle, sir Robert –dijo con tono más que severo–. ¿Quién es éste? ¿Y qué hace aquí?

Se volvió y, de un tirón, arrancó la tapa del ataúd que tenía detrás. Al fulgor de la linterna, vi un cadáver envuelto de pies a cabeza en una sábana, con terribles rasgos de bruja, todo, nariz y barbilla, salientes por un extremo, con los ojos muertos y helados mirando en una cara descolorida que se desmigajaba.

El Baronet retrocedió tambaleándose con un grito y se apoyó en un sarcófago de piedra.

– ¿Cómo ha podido saberlo? –gritó. Y luego, recuperando sus maneras amenazadoras–. ¿A usted qué le importa eso?

– Me llamo Sherlock Holmes –dijo mi compañero–. Quizá conozca mi nombre. En todo caso, me importa lo que le importa a cualquier buen ciudadano: defender la justicia. Me parece que tiene usted mucho que responder.

Sir Robert lanzó durante un momento una mirada fulgurante, pero la tranquila voz de Holmes y sus maneras frías y seguras tuvieron su efecto.

– Delante de Dios, señor Holmes, todo está bien –dijo–. Las apariencias están en contra mía, lo reconozco, pero no pude actuar de otro modo.

– Me gustaría creerlo, pero me temo que sus explicaciones debe darlas ante la policía.

Sir Robert encogió sus anchos hombros.

– Bueno, si tiene que ser, tiene que ser. Suban a la casa y podrán juzgar por sí mismos cómo

está el asunto.

Un cuarto de hora después nos encontramos en lo que me pareció, por la fila de pulidos cañones tras capas de cristal, que era el cuarto de armas de la vieja casa. Estaba cómodamente amueblado, y allí nos dejó unos momentos sir Robert. Al volver, traía dos acompañantes consigo: uno, la florida joven que ya habíamos visto en el coche; el otro, un hombrecillo con cara de rata y modales desagradablemente furtivos. Los dos tenían un aire de absoluto desconcierto, revelador de que el Baronet no había tenido tiempo todavía de explicarles el giro que habían tomado los acontecimientos.

– Aquí tiene –dijo sir Robert, haciendo un gesto con la mano–. El señor y la señora Norlett. La señora Norlett, bajo su nombre de soltera Evans, ha sido la doncella de confianza de mi hermana durante varios años. Les he traído aquí porque me parece que lo mejor que puedo hacer es explicarles la verdadera situación, y ellos son dos personas que pueden confirmar lo que diga.

– ¿Es necesario, sir Robert? ¿Ha pensado lo que hace? –exclamó la mujer.

– En cuanto a mí, rehúso toda responsabilidad –dijo su marido.

Sir Robert le lanzó una mirada de desprecio.

– Yo asumiré toda la responsabilidad –dijo–. Ahora, señor Holmes, escuche una sencilla explicación de los hechos. Está claro que usted se ha metido a fondo en mis asuntos, pues si no, no le habría encontrado donde le encontré. Por tanto, con toda probabilidad, ya sabe que voy a hacer correr un caballo poco conocido en el Derby y que todo depende de mi éxito. Si gano, todo será fácil. Si pierdo..., bueno, ¡no me atrevo a pensarlo!

– Comprendo su situación –dijo Holmes.

– Dependo para todo de mi hermana, lady Beatrice. Pero es bien sabido que su usufructo de estas propiedades vale sólo durante su vida. En cuanto a mí, estoy atrapado en manos de los judíos. Siempre he sabido que si muriera mi hermana, mis acreedores caerían sobre mis propiedades como una bandada de cuervos. Se apoderarían de todo: mis cuadras, mis caballos, todo. Bueno, señor Holmes, mi hermana, en efecto, murió hace una semana.

– ¡Y usted no se lo dijo a nadie!

– ¿Qué podía hacer? Me amenazaba la ruina absoluta. Si pudiera aplazar las cosas durante tres semanas, todo iría bien. El marido de su doncella, este hombre, es actor. Se nos ocurrió, se me ocurrió, que él podía representar el papel de mi hermana durante un breve período. Se trataba sólo de aparecer todos los días en el coche, pues no hacía falta que entrara en su cuarto nadie más que su doncella. No fue difícil de arreglar. Mi hermana murió de la hidropesía que padecía desde hacía tiempo.

– Eso lo decidirá el forense.

– Su médico certificará que hacía meses que sus síntomas presagiaban ese final.

– Bueno, ¿qué hizo usted?

– El cadáver no podía seguir aquí. La primera noche, Norlett y yo lo llevamos fuera, a la vieja casa del pozo, que ahora no se usa nunca. Sin embargo, nos seguía su perro de aguas preferido, que ladraba continuamente a la muerta, de modo que pensé que hacía falta un lugar más seguro. Me desembaracé del perro y llevamos el cadáver a la cripta de la iglesia. No hubo indignidad ni irreverencia, señor Holmes. No creo que haya injuriado a una muerta.

– Su conducta me parece inexcusable.

El Baronet sacudió la cabeza con impaciencia.

– Es fácil predicar –dijo–. Quizá le habría parecido otra cosa si hubiera estado en mi situación. Uno no puede ver todas sus esperanzas y sus planes destrozados en el último momento sin hacer

un esfuerzo para salvarlos. Me pareció que no sería un lugar indigno de ella si la poníamos por el momento en uno de los ataúdes de los antepasados de su marido, yaciendo en una tierra que sigue siendo sagrada. Abrimos uno de esos ataúdes, sacamos el contenido y la pusimos como ya ha visto. En cuanto a las viejas reliquias que sacamos, no podíamos dejarlas en el suelo de la cripta. Norlett y yo las quitamos de allí y él bajo por la noche y las quemó en el horno central. Esta es mi historia, señor Holmes, aunque no comprendo cómo usted me ha obligado a contársela.

Holmes se quedó un rato cavilando.

– Hay un defecto en su narración –dijo por fin–. Sus apuestas en la carrera, y por tanto sus esperanzas en el futuro, seguirían valiendo aunque sus acreedores se apoderaran de sus propiedades.

– El caballo sería parte de las propiedades. ¿Qué me importan a mí mis apuestas? Probablemente, ellos no le dejarían correr. Mi principal acreedor es, por desgracia, un tipo desvergonzado, Sam Brewer, a quien una vez me vi obligado a darle de latigazos. ¿Supone usted que él trataría de salvarme?

– Bueno, sir Robert –dijo Holmes, levantándose–, este asunto, desde luego, debe comunicarse a la policía. Mi deber era sacar a la luz los hechos y ahí tengo que dejarlo. En cuanto a la moralidad o a la decencia de su conducta, no me toca expresar mi opinión. Es casi medianoche, Watson, y creo que podemos volver a nuestra humilde residencia.

Todo el mundo sabe ahora que este singular episodio acabó de un modo más feliz de lo que merecían las acciones de sir Robert. El «Príncipe» de Shoscombe ganó el Derby, el propietario se embolsó ochenta mil libras en apuestas y los acreedores permanecieron tranquilos hasta que se terminó la carrera, y entonces se les pagó por completo, quedando lo sufriente para restablecer a sir Robert en una decente posición en la vida. Tanto la policía como el forense vieron con benevolencia lo ocurrido y, salvo por una leve censura por la tardanza en registrar el fallecimiento de la señora, el feliz propietario salió sin tacha de ese extraño incidente en una carrera que ahora ha sobrevivido a sus sombras y promete acabar en una vejez honorable.

LA AVENTURA DEL FABRICANTE DE COLORES RETIRADO

Sherlock Holmes estaba aquella mañana de humor melancólico y filosófico. Su naturaleza, siempre despierta y práctica, se hallaba sujeta a esta clase de reacciones.

-¿Le vio usted a ese hombre? -me preguntó.

-¿Se refiere al anciano que acaba de salir?

-A ese mismo.

-Sí, me crucé con él en la puerta.

-¿Qué impresión le produjo?

-La de un hombre patético, fútil, vencido.

-Exactamente, Watson. Patético y fútil. Pero, ¿no es la vida una cosa patética y fútil? ¿No es su historia un microcosmos de la historia toda? Alcanzamos. Apresamos. ¿Y que queda al final en nuestras manos? Una sombra. O, peor aún que una sombra: el dolor.

-¿Es ese hombre cliente suyo?

-Sí, me imagino que puedo darle ese calificativo. Me lo han enviado de Scotland Yard. De la misma manera que los médicos envían a veces a sus enfermos incurables a un curandero. Dicen que ellos ya nada pueden hacer y que, ocurra lo que ocurriere, no es posible que el enfermo se encuentre peor.

-¿Y qué le pasa a éste?

Holmes echó mano a una tarjeta bastante grasienta que había encima de la mesa:

-«Josiah Amberley». Dice que es el socio más reciente de la firma Brickfall y Amberley, fabricante de materiales artísticos. Puede usted ver esos nombres en las cajas de colores. Reunió su pacotilla, se retiró de los negocios a la edad de sesenta y un años, compró una casa en Lewisham y se asentó allí para descansar después de una vida de incesante ajeteo. Cualquiera pensaría que de ese modo tenía el porvenir tolerablemente seguro.

-En efecto.

Holmes echó un vistazo a algunas notas que había garrapateado en el respaldo de un sobre.

-Se retiró del negocio el año mil ochocientos noventa y seis, Watson. A principios de mil ochocientos noventa y siete se casó con una mujer veinte años más joven que él y, además, bien parecida, si la fotografía no la favorece. Una renta suficiente para vivir con desahogo, una mujer, ninguna obligación de trabajar: todo ello parecía brindar un camino recto a su vida. Y, sin embargo, se convierte en menos de dos años en un pobre ser vencido y miserable, tanto como el más vencido y miserable que reptaba bajo el sol.

-Pero, ¿qué ha ocurrido?.

La historia de siempre, Watson. Un amigo desleal y una mujer casquivana. Según parece, Amberley tiene una afección en la vida: el ajedrez. En Lewisham, vive un médico joven que es también aficionado a jugar al ajedrez. Tengo anotado su nombre: el doctor Ray Ernest. Ernest visitaba la casa con frecuencia, y la consecuencia natural fue que surgiese una intimidad entre él y la señora Amberley, porque tendrá usted que reconocer que nuestro infortunado cliente posee pocas gracias exteriores, por grandes que puedan ser las dotes de su alma. La pareja aquella se fugó la semana pasada, con dirección desconocida, y lo que es más: la infiel esposa se alzó con la caja de documentos del viejo, en calidad de equipaje personal, y con una buena parte de los ahorros que había hecho en su vida, dentro de la caja. ¿Podemos dar con el paradero de la mujer? ¿Podemos recuperar el dinero? Como usted ve, el problema es hasta aquí de lo más vulgar, aunque de importancia vital para mister Josiah Amberley.

-¿Y que piensa usted hacer al respecto?

-Da la casualidad, querido Watson, que la primera pregunta es esta otra: ¿Qué va a hacer usted? Si es que

tiene usted la bondad de hacerse cargo de mi papel. Sabe que me encuentro preocupado en el caso de los patriarcas coptos, que hoy hará crisis. La verdad es que no tengo tiempo para desplazarme a Lewisham; y, sin embargo, las observaciones que se hagan en el lugar mismo tienen un valor, especial. El viejo ese insistió mucho en que fuese yo, pero ya le expliqué la imposibilidad en que me encontraba. Está, pues, dispuesta a acoger a un representante mío.

-Sea como usted quiere -le contesté-. Reconozco que no voy a servir de mucho pero haré cuanto esté de mi parte.

Y así fue como una tarde veraniega me puse en camino para Lewisham, muy ajeno a pensar que antes de una semana se hablaría anhelosamente en toda Inglaterra del asunto al que me lanzaba.

Era ya tarde aquella noche cuando regresé a Baker Street y rendí cuenta de mi misión. Holmes, con su enjuto cuerpo repantigado en el hondo sillón, y la pipa dejando escapar lentas espirales de agrio humo de tabaco, tenía los párpados entornados tan perezosamente, que casi parecía dormido, de no ser porque los levantaba en cuanto yo me detenía en mi narración o llevaba en ella a algún pasaje discutible, y entonces me trasapaba con la mirada interrogadora de sus ojos grises, tan brillantes y afilados como dos estoques.

-La casa de míster Josiah Amberley se llama "El Refugio":-dije yo-. Creo que le interesaría, Holmes. Se parece a uno de esos patricios pobres que se ven obligados a alternar con sus inferiores. Ya conoce usted las características de ese barrio: las monótonas calles de ladrillo, las fatigosas carreteras suburbanas. En medio mismo de todo eso, una islita de la cultura y comodidad de antaño; esta antigua casa, rodeada de un elevado muro, bañado por el sol, moteado de líquenes y coronado de musgo, la clase de muro que...

-Suprima poesía, Watson -dijo Holmes con severidad-. Anoto: un muro alto de ladrillo.

-Exactamente. Yo no habría sabido cuál de aquellas casas era "El refugio". De no haberselo preguntado a un ocioso que estaba fumando en la calle. Tengo razón para mencionarle a este individuo. Era alto, moreno, de grandes bigotes, y apariencia de militar. Contestó a mi pregunta con un movimiento de cabeza y me dirigió una mirada curiosamente interrogadora, de la que me acordé algo más tarde.

Apenas trasapase la puerta exterior, vi a míster Amberley que avanzaba por el camino de coche. Esta mañana, cuando estubo aquí, no hice sino una ojeada, y aún con eso me produjo la impresión de un individuo raro; pero cuando le vi a la plena luz, su aspecto me resultó todavía más anormal.

-Como comprenderá, Watson, yo he estudiado a ese hombre agradecería conocer la impresión que a usted le produjo -dijo Holmes.

-La que me dio fue la de un hombre doblado por la preocupación. Tiene la espalda encorvada, como si llevase sobre ella un gran peso. Pero no es, como me imaginé al principio, una poca cosa de hombre, porque sus hombros y su pecho son los de un gigante, aunque su cuerpo se vaya ahusando hacia abajo hasta terminar en zanquilargo.

-El zapato izquierdo con arrugas; el derecho, liso.

-No me fijé en ese detalle.

-Usted no; pero ya descubrí que tenía un miembro artificial. Prosiga.

-Me sorprendieron los mechones blancuzcos de cabello gris que le salían por debajo de! sombrero de paja, la expresión violenta, vehemente de su cara y lo fuertemente acusado de los rasgos de ésta.

-Muy bien, Watson. ¿Y qué dijo?

-Empezó a soltarme la historia de sus agravios. Fuimos caminando por el jardín y, como es natural, yo me fijé en todo. Nunca he visto finca peor cuidada. Las plantas del jardín estaban todas subidas, dándome la impresión del total abandono en que se las había dejado para que siguiesen las tendencias de la naturaleza, más bien que las del arte. No comprendo cómo una mujer que se respeta ha podido tolerar semejante estado de cosas. También la casa estaba en el último grado de desaseo, pero, por lo visto, aquel pobre hombre se daba cuenta de ello e intentaba remediarlo. Lo digo porque en el centro del vestíbulo se veía un gran tarro de pintura verde, y él, por su parte, empuñaba en la mano izquierda una gruesa brocha. Había estado pintando la obra de manera.

Me introdujo en la sucia habitación reservada y charlamos largo y tendido. Como es natural, le desilusionó el que usted no hubiese ido, y dijo: "No me esperaba, claro está, que un individuo tan humilde como yo, especialmente después de las graves pérdidas financieras que acabo de sufrir, lograra que un hombre tan célebre como mister Sherlock Holmes le dedicase toda su atención."

Le di la seguridad de que para, nada había intervernido en eso su situación financiera, y él me contestó: "Si, ya se que ese señor se dedica al arte por el arte; pero quizá hubiese encontrado aquí algo digno de estudio, aunque sólo se fijase en el lado artístico del crimen. ¡Como es la naturaleza humana, doctor Watson, y qué negra ingratitud la que se descubre en este caso! ¿Cuándo le negué yo a ella nada de lo que me pidió? ¿Cuándo hubo una mujer tan mimada? En cuanto a ese joven, le traté como si hubiese sido un hijo mío. Entraba y salía por mi casa como si hubiese estado en la suya. ¡Y, sin embargo, vea el trato que me han dado! ¡Es un mundo espantoso el nuestro, doctor Watson, un mundo espantoso!"

Ésa fue su cantinela durante una hora o más. Según parece, no abrigaba ninguna sospecha de aquella intriga amorosa. El matrimonio vivía solo en la casa, salvo una mujer que va todas las tardes a las seis y se retira una vez terminado su trabajo. En la noche en cuestión, el anciano Amberley, deseando obsequiar a su esposa, había sacado dos asientos de paraíso para el teatro de Haymarket. A última hora, la mujer se quejó de dolor de cabeza y negó a ir. Amberley marchó solo. No parece haber dudas a este respecto, porque él me exhibió el billete para su esposa.

-Esto que me dice es notable, muy notable -dijo Holmes, que parecía ir tomando cada vez mayor interés en el caso-. Prosiga, por favor, Watson. Su relato me está resultando muy digno de interés. ¿Examinó usted con sus propios ojos aquel billete? ¿No tomó, por casualidad, el número de asiento?

-Pues da la casualidad de que lo tomé -le contesté yo con algo de orgullo-. Se me quedó en la memoria, porque daba también la casualidad de que el número que yo tenía en la escuela era el treinta y uno.

-¡Magnífico, Watson! Entonces es que el asiento de ese hombre era el treinta o el treinta y dos.

-En efecto -le contesté, algo intrigado-. Y la fila era la B.

-También ese detalle resulta muy satisfactorio: ¿Que otra cosa le dijo él?

-Me enseñó lo que él llamaba su cuarto blindado. Es realmente un cuarto como la cámara de un banco, con la puerta y la persiana de hierro; a prueba de ladrones, según me dijo. Sin embargo, la mujer disponía, por lo visto de una llave duplicada, y entre ella y su amante se llevaron unas siete mil libras en dinero y en papel de Estado.

-¡En papel del Estado! ¿Y cómo van a venderlo?

-Me dijo que había entregado la lista de los títulos a la Policía, y que confiaba en que les resultaría imposible su venta. Regresó de teatro a eso de la medianoche y se encontró con la casa saqueada, la puerta y la ventana abiertas y los fugitivos ya lejos de allí. No le dejaron ni carta ni mensaje. Tampoco ha vuelto a saber de ellos una sola palabra desde entonces. Inmediatamente alertó a la Policía.

-Holmes se quedó meditando durante algunos minutos y luego me preguntó:

-Dice usted que él estaba pintando. ¿Qué es lo que pintaba?

-Vera usted: lo que realmente estaba pintando era el pasillo, pero había pintado ya la puerta y la obra de carpintería de ese cuarto blindado de que le he hablado.

-¿No le parece a usted que ésa es una ocupación algo extraña en las circunstancias por las que atraviesa?

- "No hay más remedio que ocuparse en algo para aliviar el corazón dolorido". Esa fue la explicación que él mismo me dio. Es, sin duda, una excentricidad, pero estamos ante un hombre a todas luces excéntrico. Hizo añicos en presencia mía una fotografía de su esposa. La hizo añicos en un arrebato furioso, lleno de ira. "No quiero volver a ver su condenada cara.

-¿Nada más, Watson?

-Si: hay algo que me llamó la atención más que todo lo que he dicho. Me había echo conducir en coche hasta la estación de Blackheath y había subido ya al tren. En el instante mismo de arrancar éste, vi que un hombre

se metía como una flecha en el coche próximo al mío. Ya sabe usted, Holmes, que a mí me quedan rápidamente grabadas las caras y figuras. Este hombre del vagón era, sin duda, el mismo individuo alto y moreno al que yo había dirigido la palabra en la calle. Le vi nuevamente en el Puente de Londres, y luego se me perdió entre la multitud. Pero estoy convencido de que me venía siguiendo.

-¡Claro que sí, claro que sí! -exclamó Holmes-. Un hombre alto, de tupidos bigotes, dice usted. ¿Verdad que llevaba gafas oscuras contra el sol?

-Holmes, es usted brujo. Yo no lo había dicho, pero sí que llevaba gafas oscuras contra el sol.

-¿Y un alfiler de corbata masónico?

-¡Holmes!

-Es muy sencillo, mi querido Watson. Pero vamos ahora a lo práctico. No tengo más remedio que confesarle que este caso, que me pareció de una sencillez absurda e indigno de que yo me ocupase de él, está adquiriendo rápidamente un aspecto muy distinto. La verdad es que, a pesar de que usted durante su misión ha dejado pasar por alto todos los detalles de importancia, bastan las cosas que se le han metido por los ojos para dar en qué pensar seriamente.

-¿Qué es lo que se me ha pasado por alto?

-No se ofenda, mi querido compañero. Ya sabe usted que yo hablo en términos generales. Nadie lo hubiera hecho mejor. Algunas personas no lo habrían hecho ni siquiera tan bien como usted. Pero es evidente que se le han escapado algunos puntos esenciales. ¿Qué opinión tienen de mister Amberley y de su esposa los convecinos? Eso tenía, sin duda, importancia. ¿Y el doctor Ernest? ¿Era este señor el alegre Lotario que su conducta da a entender? Watson, con su buena presencia, cualquier mujer se convertiría en colaboradora y cómplice suya. ¿Qué le han dicho la empleada de Correos o la mujer de! verdulero? Yo me lo imagino a usted sin dificultad cuchicheándole tiernas naderías a la joven de la taberna «El Ancla azul" y recibiendo a cambio algunas realidades concretas. Nada de eso hizo usted.

-Aún estoy a tiempo.

-Ya ha habido quien lo ha hecho. Gracias al teléfono y a la ayuda de Scotland Yard, suelo conseguir los datos esenciales sin salir de esta habitación. A decir verdad, los informes que he recibido confirman el relato de ese hombre. Tiene fama en aquel barrio de ser un tacaño y también un marido brutal y exigente. También es cierto que guardaba una importante suma de dinero en su cámara fuerte. E igualmente que el joven doctor Ernest, hombre soltero, jugaba al ajedrez con Amberley, y hacía, probablemente, el tonto con la mujer de éste. Todas esas cosas parecen sin complicaciones, y uno se siente tentado a pensar que ya no hay nada más decir, ¡y sin embargo!

-¿Dónde ve usted las dificultades?

-Quizá sólo están en mi imaginación. Bien. Watson, dejemoslo ahí. Escapemos de este fatigoso mundo de la rutina diaria por la puerta lateral de la música. Esta noche canta Carina en el Albert Hall, y disponemos aun tiempo para vestirnos, cenar y disfrutar.

Me levanté por la mañana temprano, pero algunas migajas de tostada y dos cascaras vacías de huevo me anunciaron que mi compañero había madrugado todavía más que yo.

Encima de la mesa encontré estas líneas:

"Querido Watson: Deseo establecer uno o dos puntos de contacto con mister Josiah Amberley. Cuando lo haya hecho pondremos de lado este caso, o lo seguiremos. Lo único que le pido es que esté usted a mano a eso de las tres de la tarde, porque bien pudiera ser que yo le necesitase.

S. H."

No volví a ver a Holmes hasta esa hora, en que regresó serio, preocupado y ensimismado. En momentos así era preferible dejarle abandonado a sí mismo.

-¿Ha venido por aquí Amberley?

-No.

-¡Ah! Es lo que estoy esperando.

No se vio defraudado, porque el viejo llegó en ese momento, con expresión de contrariedad y desconcierto en su cara severa.

-Míster Holmes, he tenido un telegrama, y no sé qué pensar del mismo.

Se lo alargó a Holmes, y éste leyó en voz alta:

«Venga en seguida y sin falta. Puedo darle información acerca de su pérdida reciente.

ELMAN, La Vicaría.»

-Impuesto a las dos y diez minutos en Little Purlington -dijo Holmes-. Little Purlington está en Essex, según creo, no lejos de Frinton. Como es natural, se pondrá en camino en seguida, ya que esto procede claramente de una persona de responsabilidad, el vicario del lugar. ¿Dónde está mi Crockford? Sí, aquí lo tenemos, C. Elman, M.A., que vive en Mossmoor, cerca de Litde Purlington. Mire el horario de trenes, Watson.

-Hay uno que sale de Liverpool Street a las cinco y veinte. .

-Magnífico, Watson, usted debería ir con él, porque quizá necesite de su ayuda o de su consejo. Es evidente que hemos llegado en este asunto a una Crisis.

Pero nuestro cliente parecía muy reacio a ese viaje, y dijo:

-Mister Holmes, eso es completamente absurdo. ¿Qué puede saber ese individuo de lo que ha ocurrido? Es malgastar tiempo y dinero.

-No le habría teleografiado si no hubiese sabido algo. Telegráfíe en seguida que usted se pone en camino.

-No creo que vaya a ir.

Holmes adoptó su actitud mas severa.

-Produciría la peor de las impresiones a la Policía y a mí, míster Amberley, el que, al surgir una pista tan evidente, se negase usted a seguirla. Nos produciría la sensación de que usted no se toma en serio estas pesquisas.

Nuestro cliente pareció horrorizado ante aquella perspectiva, y dijo:

-Desde luego que iré, si usted mira las cosas de esa manera. Así, a primera vista, resulta absurdo el suponer que este cura sepa nada, pero si usted cree...

-Creo, en efecto -contestóle Holmes con énfasis, y de ese modo nos vimos lanzados a nuestra excursión.

Holmes me llamó aparte antes de que saliéramos de la habitación y me dió unas frases de consejo que demostraban que le parecía aquel un asunto de importancia.

-Haga usted lo que hiciere, cuide sobre todo de que ese hombre salga de viaje -me dijo. Si él se apartase de uste o regresase, vaya usted hasta la oficina de teléfonos más próxima y envíeme un telefonema que diga simplemente: «Fugado.» Yo dejaré todo arreglado para que llegue a mis manos dondequiera que me encuentre.

No es Little Purlington lugar al que se llega fácilmente, porque se encuentra en una línea secundaria. No es aquél en mis recuerdos un viaje agradable, porque el tiempo era caluroso, el tren lento y mi acompañante huraño y callado. Apenas habló, salvo para hacer en ocasiones alguna observación referente a lo fútil de nuestros pasos. Llegados, por fin a la pequeña estación, aún nos quedaba una excursión en coche para llegar a la vicaría, donde nos recibió en su despacho un clérigo grueso, solemne, bastante pomposo. Tenía delante nuestro el telegrama, y nos preguntó:

-Bien, caballeros: ¿en qué puedo servirles?

-Hemos venido en contestación a su telegrama -le expliqué yo.

-¡A mi telegrama! Yo no les he puesto ningún telegrama.

-Quiero decir al telegrama que usted envió a míster Josiah Amberley acerca de su mujer y de su dinero.

-Señor, si esto es una broma, es de un gusto muy discutible -exclamó irritado el vicario-. Jamás he oído el nombre de ese caballero del que usted me habla y no envié a nadie ningún telegrama.

Nuestro cliente y yo nos miramos atónitos.

-Quizá se trate de algún error. ¿No habrá por aquí dos vicarías? Aquí tiene usted el telegrama mismo, firmado Elman y fechado en la vicaría.

-Caballero, vicaría no hay más que ésta, y no hay más vicario que yo. Este telegrama es una escandalosa falsedad, y ya se encargará la Policía de investigar su origen. Mientras tanto, no veo finalidad alguna para prolongar esta entrevista.

Y así fue como míster Amberley y yo nos vimos en la carretera, en una aldea que me pareció la más primitiva de Inglaterra. Nos dirigimos a la oficina de Telégrafos, pero ya estaba cerrada. Sin embargo, en la taberna de «El Escudo Ferroviario» encontramos un teléfono, y gracias al mismo establecí contacto con Holmes, que se mostró asombrado del resultado de nuestro viaje.

-¡Extraordinario! -dijo la voz lejana. ¡Por demás extraordinario! Querido Watson, mucho me temo que no tenga un tren para regresar esta noche. Le he condenado a usted, sin darme cuenta, a los horrores de un mesón de aldea. Sin embargo, Watson, usted dispone siempre del recurso de la naturaleza y de Josiah Amberley. Manténgase en estrecho contacto con ambos -le oí gorgoritear secamente en el instante en cortaba la comunicación.

Pronto puede convencerme de que la fama de tacaño de mi acompañante era bien merecida. Había refunfuñado por lo costoso de la excursión, había insistido en que viajáramos en tercera clase y ahora protestó ruidosamente por la factura del hospedaje. A la mañana siguiente, cuando llegamos a Londres, era difícil decir cuál de nosotros se encontraba de peor humor.

-Lo mejor que podría usted hacer es quedarse en Baker Street cuando pasemos por allí -dije- Quizá míster Holmes tenga nuevas instrucciones.

-Si no valen más que las últimas, me van a servir de muy poca cosa -dijo Amberley con expresión maligna.

Sin embargo me acompañó. Yo tenía avisado a Holmes por telegrama a la hora que llegaríamos, pero me encontré con un mensaje en el que decía que nos esperaba en Lewisham. Esto constituyó una sorpresa, pero aún lo fue mayor el encontrarme con que Holmes no estaba solo en la sala de nuestro cliente. Junto a él se encontraba un hombre moreno, de rostro severo e impasible, de gafas con cristales oscuros y un voluminoso alfiler masónico muy a la vista en su corbata. Holmes dijo:

-Este señor es mi amigo Barker. También él estaba interesado en su caso, míster Josiah Amberley, aunque ambos trabajábamos de una manera independiente. Sin embargo, los dos tenemos que hacerle la misma pregunta.

Míster Amberley dejose caer pesadamente en un asiento. Barruntó peligro inminente. Yo lo leí en sus ojos de mirada tensa y en sus rasgos contraídos.

-¿Cuál es esa pregunta, míster Holmes?

-Únicamente ésta: ¿qué ha hecho usted de los cadáveres?

Mi acompañante se puso en pie lanzando un áspero chillido. Se aferró con sus dos manos huesudas al aire. Tenía la boca abierta y durante un instante pareció una horrible ave de presa. Se nos presentó súbitamente el verdadero Josiah Amberley, demonio deforme con el alma tan retorcida como su cuerpo. Al caer de espaldas en su silla se llevó con estrépito una mano a la boca, como para ahogar la tos. Holmes saltó a su garganta como un tigre y le torció la cara hacia abajo. De entre sus labios jadeantes cayó una píldora blanca.

-Nada de atajos, Josiah Amberley: las cosas tendrán que hacerse con dignidad y en su orden debido. ¿Qué me dice usted, Barker?

-Tengo a la puerta un coche -contestó nuestro taciturno compañero.

-La Comisaría sólo dista de aquí algunos centenares de metros. Iremos juntos. Usted, Watson, puede quedarse aquí. Estaré de vuelta dentro de media hora.

El viejo fabricante de colores tenía la fuerza de un león en su tronco gigantesco, pero se encontró perdido en las manos de dos expertos manipuladores de hombres. Forcejeando y retorciéndose, fue arrastrado hasta el coche que esperaba, y yo quedé en mi solitaria vigilia dentro de aquella casa de mal agüero. Holmes regresó antes de lo que había dicho, acompañado por un joven e inteligente inspector de Policía.

-He dejado a Barker para que cuide de las formalidades -dijo Holmes-. Usted, Watson, ya conocía a Barker. Fue mi odiado rival en la playa de Surrey. Cuando usted me habló de un hombre alto y moreno, no me fue difícil completar el retrato. Es un hombre que tiene a su crédito varios casos muy buenos, ¿verdad que sí, inspector?

-Desde luego que se ha entrometido en varias ocasiones -contestó el inspector con reserva.

-Sus métodos son, sin duda, irregulares, al igual que los míos. Pero ya sabe usted que hay ocasiones en que los irregulares resultan útiles. Usted, por ejemplo, con su obligada advertencia de que cualquier cosa que declare podrá ser empleada en contra suya, no habría logrado, valiéndose de un farol, que ese granuja hiciera lo que virtualmente constituye una confesión.

-Quizá no. Sin embargo, mister Holmes, conseguimos salirnos con la nuestra. No se imagine que nosotros no habíamos formado ya criterio acerca de este caso, y que no habríamos echado el guante a nuestro hombre. Ya perdonará que nos mostremos resentidos cuando usted se mete de golpe, valiéndose de métodos que nosotros podemos emplear, y despojándonos de ese modo de la fama que nos pertenece.

-No habrá tal despojo, Mackimmon. Le aseguro que de ahora en adelante yo desaparezco y que, en cuanto a Barker, no ha hecho otra cosa que lo que yo le he dicho.

El inspector parecía considerablemente aliviado.

-Mister Holmes, esa conducta suya es espléndida. A usted han de importarles poco las alabanzas o las censuras, pero el caso nuestro es muy diferente cuando los periódicos empiezan a hacer preguntas.

-De acuerdo. Puede estar seguro de que en esta ocasión le harán preguntas, de modo que no estaría de más el que tuviese preparadas las respuestas. ¿Qué va usted a decir, por ejemplo, si un informador inteligente y activo le pregunta cuáles fueron concretamente los detalles que despertaron sus sospechas y que, por último, se convirtieron en absoluto convencimiento de la verdad de los hechos?

El inspector pareció desconcertado.

-Mister Holmes, yo creo que hasta ahora no tenemos ninguno de esos hechos concretos. Usted dice que el preso, en presencia de tres testigos, hizo algo que equivale a una confesión, intentando suicidarse, porque, había asesinado a su esposa y al amante de ésta. ¿Qué otros hechos tiene usted?

-¿Dio orden ya de que se registre la casa?

-Están a punto de llegar con ese objeto tres agentes de Policía.

-Pues en este caso, no tardará usted en disponer del más evidente de todos los hechos. No es posible que los cadáveres estén lejos de aquí. Busque en las bodegas y en el jardín. No debe ser tarea larga la de excavar los lugares probables. Esta casa es más antigua que la instalación del agua corriente. Debe, pues, de haber en alguna parte un pozo que ya no se emplea. Pruebe en él su suerte.

-Pero, ¿cómo lo averiguó usted y de qué manera se cometió el crimen?

-Le enseñaré primero de qué manera se cometió y después le daré la explicación que usted se merece, y que se merece todavía más este amigo mío que la espera desde hace mucho y que ha sido de un valor inapreciable durante todo el caso. Pero quiero empezar por hacerle ver la mentalidad de este hombre. Es una mentalidad muy fuera de lo corriente; tanto, que yo creo que es más probable que vaya a parar a Broad Moor que al patíbulo.

Posee en el más alto grado la clase de inteligencia que uno supone en el temperamento italiano medieval,

más bien que en un hombre de la Inglaterra moderna. Era un tacaño miserable que traía a su mujer tan a mal traer con sus procedimientos ruines, que era por ello presa fácil de cualquier aventurero. Este se presentó en la persona del doctor que jugaba al ajedrez.

Amberley sobresalía en este juego. Fíjese, Watson, en que ése es un indicio de una inteligencia maquinadora. Como todos los avaros, era hombre celoso, y sus celos trocáronse en manía frenética. Con razón o sin ella, sospechó una intriga amorosa; decidió vengarse y lo planeó con habilidad diabólica... ¡Venga!

Holmes nos llevó por un pasillo con la misma seguridad que si hubiese vivido en la casa Y se detuvo delante de la puerta abierta de la cámara fuerte.

-¡Puf! ¡Qué antipático olor de pintura!-exclamó el inspector.

-Ésta fue nuestra primera pista -dijo Holmes-. Puede agradecerse a la observación del doctor Watson, aún que éste no supo sacar la consecuencia. Fui yo quien puso el pie en el rastro. ¿Por qué llenaba este individuo la casa, en una ocasión así, de fuertes olores? Evidentemente, para ocultar con ellos otros olores. Algún olor culpable que podría despertar sospechas. Luego se presentó la idea de una cámara como ésta que ve usted aquí, que tiene la puerta y los postigos de hierro; es decir, una habitación herméticamente cerrada. Junte usted esos dos hechos, ¿a dónde llevan? Sólo examinando la casa por mí mismo podía yo averiguarlo. Estaba yo seguro de que se trataba de un caso grave, porque había examinado la hora del billete de teatro de Haymarket, otra de las dianas del doctor Watson, comprobando que ni el número treinta ni el treinta y dos de la fila B del paraíso habían sido vendidas aquella noche. Por consiguiente, la coartada de Amberley se vema abajo, porque no había entrado en el teatro. Cometió un grave resbalón al dejar que mi astuto amigo viese el número de asiento que había comprado para su esposa. El problema que ahora se presentaba era el de encontrar la manera de examinar la casa. Envié a un agente mío hasta la más absurda de las aldeas en que se me ocurrió pensar y le hice ir a mi hombre a una hora que le imposibilitase el regresar aquella noche. Para evitar que Amberley nos burlase, hice que le acompañara el doctor Watson. El apellido del buen vicario lo saqué, como es natural, de mi Crockford. ¿Me explico con claridad?

-Estupendamente -dijo el inspector con voz reverente.

-Sin peligro ya de que nadie me interrumpiese en mi tarea, procedí al estudio de la casa. La profesión de salteador de casas ha constituido siempre una posible alternativa a la profesión que ejerzo. No me cabe duda de que si me hubiese decidido por aquélla habría destacado. Fíjense en los descubrimientos que hice. Veán la tubería del gas que viene por aquí, a todo lo largo de la cenefa. Al llegar al ángulo de la pared, sigue hacia arriba, y aquí, en el rincón, hay una llave. La tubería entra en la cámara fuerte y va a terminar en este rosetón de yeso que hay en el centro del cielo raso, donde queda disimulada por los adornos decorativos. El tubo está abierto de par en par. En cualquier momento y con solo abrir la llave exterior, se podría inundar de gas la Cámara. Con la puerta y los postigos de la ventana cerrados, no le daría yo dos minutos de conservar el conocimiento a la persona encerrada en la pequeña habitación. Ignoro de que endiablada añagaza se valió para que él y ella entrasen, pero una vez dentro y la puerta cerrada, estaban a merced suya.

El inspector examinó con gran interés la tubería y dijo:

-Uno de nuestros funcionarios habló de olor a gas; pero la puerta y la ventana estaban entonces abiertas y ya habían procedido a pintar por lo menos una parte. Según Amberley nos dijo, había empezado esa tarea el día anterior. ¿Y qué más, míster Holmes?

-Pues entonces ocurrió un incidente bastante inesperado para mí. Empezaba a clarear el día y yo estaba colándome por la ventana de la despensa cuando sentí que una mano me agarraba por el cuello de la ropa, y oí una voz que me dijo: «¡Eh, granuja, ¿que haces aquí dentro?» Cuando pude doblar la cabeza, me encontré frente a los cristales ahumados de mi amigo y rival, el señor Barker. Lo curioso de aquel encuentro inesperado nos hizo sonreír a los dos. Por lo visto, la familia del doctor Ray Ernest le había encargado a él que llevase a cabo algunas investigaciones, y también había llegado a la conclusión de que allí se habla jugado sucio. Llevaba vigilando la casa varios días, y se había fijado en el doctor Watson como en uno de los personajes evidentemente sospechosos que habían ido de visita. No podía en modo alguno proceder a la detención de Watson, pero cuando vio a un individuo escabullirse fuera por la ventana de la despensa, no pudo ya contenerse. Le expliqué cómo estaban las cosas y proseguimos juntos las investigaciones.

-¿Por qué con él sí y con nosotros no?

-Porque pensaba ya someter a Amberley a esa pequeña prueba que tan admirablemente ha resultado. Temí que quizás ustedes no quisiesen llevar las cosas tan adelante.

El inspector se sonrió.

-En efecto, quizá no hubiésemos querido. De modo, míster Holmes, que tengo su palabra de que usted se hace desde este momento a un lado y nos entrega el resultado de sus investigaciones.

-Así lo he hecho siempre.

-Bien. Se lo agradezco en nombre del cuerpo. Tal como usted lo ha explicado, el caso se presenta claro, y no creo que haya una gran dificultad dar con los cadáveres.

-Y ahora le voy a mostrar una pequeña prueba algo maacabra -dijo Holmes-. Estoy seguro de que ni el mismo Amberley se fijó nunca en ella. Si quiere usted conseguir buenos resultados, inspector, colóquese siempre en el lugar de los demás y piense lo que usted haría en su casa. Exige imaginación, pero compensa siempre. Pues bien: supongamos que usted se viese encerrado en esta pequeña habitación, que sólo le quedasen dos minutos de vida y quisiese quedar a mano con el criminal, que probablemente estaba en ese instante mofándose de usted desde el otro lado de la puerta. ¿Qué haría usted?

-Escribiría un mensaje.

-Exactamente. Querría usted informar a los demás de cómo moría usted. De nada le serviría escribir en un papel, porque él lo descubriría.. Pero si escribiese usted en la pared, quizá lo viese alguien. Y ahora, ¡vean ustedes aquí! Encima mismo del zócalo hay algo escrito con lápiz de tinta encarnada: "Nos as..." Y nada más.

-¿Y que saca usted en consecuencia?

-El escrito está a treinta centímetros de altura del suelo. Cuando lo escribió, el pobre hombre estaba caído en el suelo y moribundo. Perdió el sentido antes de que pudiera terminar la frase.

-Sí; él quería escribir: "Nos asesina."

-Así lo veo yo, y si ustedes encuentran encima del cadáver un lápiz de tint...

-Puede usted estar seguro de que lo buscaremos. Pero, ¿y los valores? Es evidente que no hubo tal robo. Y él, eso sí, poseía esos valores. Lo hemos comprobado.

-Tenga la seguridad de que los tiene ocultos en lugar seguro. Cuando toda la historia de la fuga hubiese pasado al olvido, el los habría descubierto de pronto, bien anunciando que la pareja culpable se había arrepentido y le había devuelto el botín o que lo había perdido.

-Veo que usted ha encontrado respuesta a todas las dificultades -dijo el inspector-. Desde luego, a nosotros tenía que venir para damos parte, pero no me explico el que se haya dirigido también a usted.

-Un puro refinamiento -contestó Holmes-. Tenía conciencia de su habilidad, y estaba tan seguro de sí mismo que se creía a salvo de todos. De esa manera podía decir, si llegaba el caso, a cualquier vecino receloso: «Fíjese en todos los pasos que he dado. No sólo he consultado a la Policía, sino que lo he hecho también al mismo Sherlock Holmes.»

El inspector se echó a reír, y dijo:

-Míster Holmes, no tenemos más remedio que perdonarle eso de «lo he hecho también al mismo», porque su trabajo en esta ocasión ha sido tan perfecto como el mejor de los que yo recuerdo.

Un par de días después, mi compañero me echó desde donde él estaba sentado un ejemplar del bisemanario North Surrey Observer. Bajo una serie titulares deslumbrantes que empezaban con lo de «El terrible crimen de "El Refugio"» y terminaba con el de «Brillantes pesquisas de la Policía», había el primer relato completo del asunto. El párrafo final era una muestra típica del conjunto. Decía así:

"La extraordinaria sagacidad con que el inspector Mackinnon dedujo del olor de pintura, que quizá con ello se ocultase otro olor, por ejemplo el de gas; la audaz hipótesis de que quizá la cámara fuerte fuese también la cámara de la muerte, y la investigación subsiguiente que llevó a descubrir los cadáveres dentro de un pozo

que no se usaba, y cuya boca estaba hábilmente oculta por la casilla del perro, quedarán en la historia del crimen como ejemplo destacado de la inteligencia de nuestros detectives oficiales...»

-¡Vaya, vaya! Este Mackinnon es un buen muchacho -exclamó Holmes con sonrisa bonachona-. Páselo a nuestros archivos, Watson. Quizá pueda contarse algún día toda la verdad.

Las hazañas de Sherlock Holmes

Adrian Conan Doyle y John Dickson Carr

El caso de los siete relojes

Encuentro anotado en mi libro de apuntes que fue en la tarde del miércoles 16 de noviembre de 1887, cuando la atención de mi amigo Mr. Sherlock Holmes fue atraída por el singular hombre que odiaba a los relojes.

He escrito en alguna parte que solamente oí un vago relato del asunto pues ocurrió poco después de mi boda. En realidad, en mi aseveración había ido tan lejos como para precisar que mi primera visita, después de mi boda, a Holmes, fue en marzo del año siguiente. Pero el caso en cuestión era tan extremadamente delicado, que confío que mis lectores sabrán excusar que fuera suprimido por una pluma que se guió siempre por la discreción antes que por el sensacionalismo.

Pocas semanas después de mi boda, mi esposa tuvo que abandonar Londres para un asunto que concernía a Taddeus Soltó y afectaba vitalmente a nuestro futuro destino. Resultándome insoportable nuestro hogar sin su presencia volví por ocho días a las antiguas habitaciones de la Calle Baker. Sherlock Holmes me recibió cordialmente, sin formular comentarios o preguntas. No obstante debo confesar que al siguiente día, que era el 16 de noviembre, comenzó bajo malos auspicios.

Hacía un tiempo desagradable, y helado por demás. Durante toda la mañana, la pardiamarillenta niebla se apelotonó contra las ventanas. Ardían las lámparas y los reverberos de gas, así como un buen fuego en la chimenea, y su resplandor se expandía sobre la mesa de la que, pasado ya el mediodía, aún no había sido retirado el servicio del desayuno.

Sherlock Holmes se hallaba pensativo y distraído. Retrepado en su sillón, arropado en un batín de color de piel de topo y con una pipa de madera de cerezo en la boca, hojeaba los periódicos de la mañana haciendo de cuanto en cuanto un comentario irónico.

—¿Encuentra usted pocos asuntos de interés? —le pregunté.

—Mi querido Watson —respondió—, comienzo a temer que la vida se ha convertido en una rasa y monótona llanura, desde el caso del famoso Blessington.

—Sin embargo —repliqué—, éste ha sido un año de casos memorables. Se halla usted sobrestimulado, mi querido compañero.

—¡Palabra, Watson, que no es usted precisamente el hombre más indicado para predicar sobre el tema! Anoche, después que me aventurara a ofrecerle una botella de Beaune en la cena, sostuvo usted tan denotadamente la tesis sobre las alegrías que proporciona el himeneo, que temí no debiera usted haberlo contraído.

—¡Querido compañero! ¿Quiere usted decir que me hallaba sobrestimulado por el vino?

Mi amigo me miró de manera singular.

—No por el vino quizá —dijo—. Sin embargo... —e indicó los diarios—. ¿Ha echado usted una ojeada sobre la jeringonza con que la prensa nos regala?

—Temo que no. Este artículo del *British Medical Journal*...

—¡Bien, bien!, —dijo—. Aquí hallamos columna tras columna dedicada a la próxima temporada de carreras. Por alguna razón parece asombrar perpetuamente al público inglés el que un caballo pueda correr mas velozmente que otro. De nuevo, y por undécima vez, tenemos a los nihilistas fraguando alguna negra

conspiración contra el Gran Duque Alexei, en Odesa. Un artículo de fondo está consagrado por entero a la indudablemente aguda cuestión: “¿Deben casarse los dependientes del comercio?”

Me abstuve de interrumpirlo, para no agujonear su mordacidad.

—¿Dónde está el crimen Watson? ¿Dónde esta la fantasía, dónde ese toque de lo *outré** sin el cual un problema en sí es como arena y hierba seca? ¿Acaso los hemos perdido para siempre?

—¡Escuche! —dije de pronto—. ¿No ha sonado la campanilla?

—Y se trata de alguien que por cierto lleva prisa a juzgar por el clamor.

Al unísono nos dirigimos a la ventana y miramos a la Calle Baker. La niebla habíase levantado en parte. Junto a la cera de nuestra puerta, se hallaba parado un elegante carruaje. En aquel preciso instante, un cochero de sombrero de copa y librea, estaba cerrando la portezuela, en cuyo lustroso panel aparecía distintamente una “M” dorada. Desde abajo nos llegó el murmullo de voces, seguido por rápidos y ligeros pasos en la escalera interior, y la puerta de nuestra sala se abrió de par en par.

Creo que ambos nos sorprendimos al ver que nuestra visitante era una joven damita; digamos más bien una muchacha, pues apenas contaría unos dieciocho años; y raras veces había yo visto reunido en un rostro juvenil tanta hermosura y gentileza, así como sensibilidad. Su abundante cabello rojizo había sido confinado bajo un sombrerito, y sobre su vestido de viaje llevaba puesto un chaquetón granate, adornado con tiras de astracán. En una de sus enguantadas manos sostenía un maletín de viaje con las iniciales “C.F.”, en una especie de marbete. Su otra mano se hallaba posada sobre el pecho, como oprimiendo su corazón.

—¡Oh, por favor...! ¡Perdonen, por favor, esta intrusión!

—rogó con entrecortada aunque suave y melodiosa voz—. ¿Quién de ustedes, se lo ruego, es Mr. Sherlock Holmes?

Mi compañero inclinó la cabeza.

—Yo soy Mr. Holmes. Este es mi amigo y colega el doctor Watson.

—¡Gracias a Dios que lo he encontrado en casa! El objeto de mi visita...

Pero la recién llegada no pudo continuar. Balbució algo, un intenso rubor se extendió sobre su rostro, y bajó los ojos. Suavemente, Sherlock Holmes tomó el maletín de viajes de sus manos y empujó un sillón hacia la chimenea.

—Le ruego que tome asiento, señora y se sosiegue —dijo, dejando a un lado su pipa.

—Se lo agradezco, Mr. Holmes —respondió la joven, encogiéndose en el sillón y lanzándole a mi amigo una mirada de gratitud—. Se dice, señor, que puede usted leer en el corazón humano...

—¡Hum! Para el lirismo, temo que tenga usted que dirigirse a Watson.

—...Qué puede usted leer los secretos de sus clientes, y hasta lo que los trae donde usted, incluso antes de que aquellos, hayan dicho una sola palabra.

—Sobreestiman mis facultades —respondió Holmes—. Aparte de los hechos obvios de que usted es una dama de compañía, de que apenas ha viajado, aunque regresó recientemente de una estancia en Suiza y de que el asunto que aquí la trae concierne a un hombre que ha ganado su afecto, no puedo decir nada.

La joven damita se sobresaltó visiblemente, y yo mismo quedé desconcertado.

—¡Holmes! —no pude menos de exclamar—. ¡Esto es demasiado! ¿Cómo le ha sido posible saberlo?

—¡Sí! ¿De qué manera? —dijo como en un eco la damita desconocida.

—Lo he visto. Lo he observado. El maletín de viaje, aunque dista de ser nuevo, no aparece gastado ni estropeado por los viajes. Por lo demás, no necesita insultar su inteligencia, Watson, llamándole la atención sobre la etiqueta del “Hotel Splendide”, de Grindelwald, Suiza, pegada con goma en una de las esquinas del maletín.

* Francés: exagerado.

—Pero, ¿y los otros detalles? —insistí.

—El atavío de la señorita, aunque de gusto impecable, no es ni nuevo ni suntuoso. Sin embargo, ha parado en el mejor hotel de Grindelwald y ha venido aquí en un coche de categoría. Puesto que sus propias iniciales “C.F.”, no concuerdan con la “M” inscrita en el carruaje, podemos suponerla desempeñando un puesto de confianza en casa de alguna familia acomodada. Su juventud hace desechar la suposición de que se trata de un ama de llaves, y así nos inclinamos por lo de señorita de compañía. Y en cuanto al hombre que se ha ganado su afecto, sus rubores y la expresión de sus ojos lo proclaman bien a las claras. ¡Absurdo! ¿No es así?

—¡Pero si todo esto es verdad, Mr. Holmes! —exclamó nuestra visitante apretándose las manos en evidente muestra de la más profunda agitación—. Me llamo Celia Forsythe, y por el espacio de más de un año he sido señorita de compañía de Lady Mayo, de Groxton Low Hall, en el condado de Surrey. Charles...

—¿Charles? ¿Ese es el nombre del caballero en cuestión?

Miss Forsythe asintió con un ademán de cabeza, pero sin alzar la vista.

—Si vacilaba en hablar de él —continuó—, fue porque temía que se rieran ustedes de mí. Lamentaría que me creyeran loca, o, aún peor, que pensarán que el pobre Charles lo está.

—¿Y por qué habíamos de creerlo así, Miss Forsythe?

—Mr. Holmes... ¿es que Charles no puede soportar la vista de un reloj!

—¿De un reloj?

—En la pasada quincena señor, y sin razón explicable, ha destruido siete relojes. ¡Dos de ellos en público y ante mis propios ojos!

Sherlock Holmes se restregó sus flacos dedos.

—Vamos —dijo—. Esto es muy satis... muy curioso. Continúe, por favor, su relato.

—Me desespera el hacerlo, Mr. Holmes, aunque voy a intentarlo. Durante el pasado año, fui muy feliz con mi empleo en casa de Lady Mayo. Debo decirle que mis padres fallecieron, pero que recibí una esmerada educación y las referencias que pude obtener para ocupar la plaza vacante, fueron afortunadamente satisfactorias. Lady Mayo, he de reconocerlo, es en cierto modo de apariencia repelente. Es de la vieja escuela, augusta y severa. Sin embargo, para mí ha sido la amabilidad personificada. Fue ella quien sugirió que tomásemos las vacaciones en Suiza, temiendo que el aislamiento de Groxton Low Hall pudiera deprimirme el ánimo.

En el tren, entre París y Grindelwald, conocimos... a Charles. Debiera decir Mr. Charles Hendon.

Holmes se había retrepado de nuevo en el sillón, juntando las yemas de sus dedos, según era su hábito cuando se hallaba de talante judicial.

—¿Fue esta la primera vez que encontró al caballero?

—¡Oh, sí!

—Ya veo. ¿Y cómo trabaron conocimiento?

—Pues de una manera trivial. Mr. Holmes. Estábamos los tres solos en un compartimiento de primera clase. Los modales de Charles eran tan correctos, su voz tan bella, su sonrisa tan cautivadora...

—No lo dudo pero le ruego que sea precisa en los detalles.

Miss Forsythe abrió de par en par sus grandes ojos azules.

—Creo que fue la ventanilla —dijo—. Charles (debo decirles a usted que tiene unos ojos notables y un poblado bigote color castaño), se inclinó y solicitó de Lady Mayo el permiso para bajar la ventanilla. Ella asintió, y a los pocos momentos nos hallábamos todos charlando como antiguos amigos.

—¡Hum! Ya veo.

—Lady Mayo, a su vez, me presentó a Charles. El viaje a Grindelwald transcurrió rápida y felizmente. Pero

no bien hubimos traspasado el umbral del “Hotel Splendide”, cuando ocurrió el primero de los horribles sobresaltos que han hecho desgraciada mi vida desde entonces... A pesar de su nombre, el hotel es más bien pequeño y encantador. Al instante supe que Mr. Hendon era un hombre de alguna importancia, aunque él se había descrito modestamente como un simple caballero que viajaba con sólo un criado. El gerente del hotel, Mr. Branger, se aproximó y se inclinó profundamente ante Lady Mayo y también ante Mr. Hendon. Este cruzó algunas palabras en voz baja con Mr. Branger, quien volvió a repetir la profunda reverencia. Con lo cual Charles se volvió sonriente... y de súbito se alteró toda su compostura...

Aún lo estoy viendo allí de pie, con su larga casaca y su sombrero de copa, y con un grueso bastón de paseo bajo el brazo. Su espalda estaba vuelta un semicírculo ornamental de helechos y siemprevivas que encuadraban una chimenea de baja repisa y sobre la cual se hallaba un reloj suizo de exquisito diseño... Hasta aquel momento yo no había parado mientes en el reloj. Pero Charles, profiriendo un grito ahogado, se abalanzó hacia el hogar. Alzando el pesado bastón de paseo, lo abatió contra el reloj, asestándole golpe tras golpe hasta dar con él, hecho triza, en el suelo...

Luego, giró en redondo y regresó lentamente. Sin media una sola palabra de explicación sacó de su bolsillo la cartera y entregó a Mr. Branger un billete de una cuantía superior a diez veces el precio del reloj, comenzando luego a hablar volublemente de otros asuntos... Ya puede usted imaginarse, Mr. Holmes, que todos los presentes nos quedamos, como es fácil comprender, de una pieza.

Mi impresión era que Lady Mayo estaba asustada, a pesar de toda su aparente dignidad. Sin embargo, juraría que Charles no se había sentido asustado, sino simplemente, furioso y resuelto. En aquel momento me fijé en el criado de Charles, que se encontraba de pie al fondo, en medio del equipaje. Era un hombre pequeño y flaco, cuyo rostro estaba poblado con unas patillas desmesuradas; rostro que traducía tan sólo una expresión de embarazo y, aunque me duela pronunciar la palabra, de profunda vergüenza también... No se pronunció ni una sola palabra, y el incidente fue olvidado. Durante dos días, Charles estuvo tranquilo y sereno, pero a la tercera mañana, cuando nos encontrábamos para desayunar en el comedor, sucedió de nuevo. Las ventanas de la estancia tenían sus cortinones corridos casi por completo para preservarla de la reverberación del sol sobre las primeras nieves. El comedor estaba bastante lleno con otros huéspedes que ya se hallaban tomando su desayuno. Sólo entonces observé que Charles, quien acababa de regresar de un paseo matinal, llevaba todavía en la mano su pesado bastón.

—¡Respire este aire, señora! —estaba diciéndole alegremente a Lady Mayo—. ¡Lo hallará tan vigorizador como cualquier comida o bebida!

En esto hizo una pausa y lanzó su mirada hacia una de las ventanas. Abalanzándose hacia ella golpeó con fuerza en el cortinón y luego lo descorrió a un lado para dejar al descubierto las ruinas de un gran reloj, cuyo diseño era el de un sonriente sol.

Creo que me hubiese caído desvanecida, de no haberme sostenido Lady Mayo por un brazo... —Miss Forsythe, que se había, despejado de sus guantes, se llevó ahora las manos a las mejillas, oprimiéndolas—. Pero Charles no solamente destrozaba los relojes, sino que los enterraba en la nieve, y hasta los ocultaba en el armario de su habitación.

Sherlock Holmes, que había permanecido todo el tiempo recostado en su sillón, con los ojos cerrados y la cabeza sumida en un cojín, abrió ahora los párpados.

—¿En el armario? —exclamó frunciendo el entrecejo—. ¡Esto es aún más singular! ¿Cómo se dio cuenta de tal circunstancia?

—Para mi vergüenza, Mr. Holmes, me vi obliga a interrogar a su criado.

—¿Para su vergüenza?

—Es que no tenía el derecho de hacerlo. En mi humilde posición, Charles nunca hubiera... Quiero decir que yo no podía significar nada por él... ¡Yo no tenía derecho!

—Usted tenía todo el derecho del mundo, Miss Forsythe —replicó amablemente Holmes—. Así pues usted interrogó al criado que ha descrito como pequeño, flaco y con patillas desmesuradas. ¿Cuál es su nombre?.

—Su nombre creo que es Trepley. En más de una ocasión oí a Charles dirigirse a él llamándolo “Trep”. Y

juraría, Mr. Holmes, que es la criatura más fiel de toda la tierra. Incluso la vista de su tozudo rostro inglés, era un alivio para mí. Él sabía, adivinaba, mi am... mi interés, y por esto me contó que su amo llevaba ya enterrada o escondido, otros cinco relojes. Aunque rehusaba a confesarlo, puedo decir que el pobre hombre compartía mis temores. ¡Pero Charles no está loco! ¡No lo está! Usted mismo debe admitirlo así, a causa del incidente final.

—¿Sí?

—Sucedió solo hace cuatro días. Debe usted saber que el departamento de Lady Mayo en el hotel, incluía una salita con un piano. Yo soy apasionadamente aficionada a la música, y acostumbraba a tocar, después del té, para Lady Mayo y Charles. Había apenas comenzado a hacerlo en aquella ocasión, cuando entró su criado con una carta para Charles.

—¡Un momento! ¿Observó usted el sello?

—Sí; era extranjero. —Miss Forsythe pareció sorprendida—. Pero seguramente la cosa no tendría importancia, puesto que usted...

—¿Puesto que yo...qué?

Una repentina expresión de aturdimiento, se manifestó en el rostro de nuestra clienta, y luego, como para ahuyentar alguna perplejidad, se apresuró a continuar su relato.

—Charles abrió el sobre, leyó el contenido de la misiva y se puso mortalmente pálido. Con una exclamación incoherente, se lanzó fuera de la salita. Cuando nosotras descendimos media hora más tarde, sólo descubrimos que él y Trepley habían partido con su equipaje. No dejó mensaje ni recado alguno. No lo he vuelto a ver desde entonces.

Celia Forsythe inclinó su cabeza, y las lágrimas se deslizaron de sus párpados.

—Ahora Mr. Holmes, yo he sido sincera con usted y quiero que usted lo sea igualmente conmigo. ¿Qué le decía usted en aquella carta?

La pregunta era tan alarmante, que me eché hacia atrás en mi silla. El rostro de Sherlock Holmes no tenía expresión alguna. Sus largos y nerviosos dedos, se hundieron en una tabaquera persa, y comenzó a llenar una pipa de arcilla.

—En la carta, ha dicho usted... —, confirmó él más que preguntó.

—¡Sí! Usted escribió aquella carta. Vi su firma. Es por esta razón que estoy aquí.

—¡Válgame Dios! —observó Holmes. Permaneció silencioso durante unos minutos, envuelto en el humo azul de su pipa y con la mirada fija y como ausente, posada sobre el reloj de la repisa.

—Hay ocasiones, Miss Forsythe —dijo por fin—, en las que uno debe reservarse sus respuestas. Sólo tengo una pregunta más que hacerle.

—Diga, Mr. Holmes.

—A pesar de todo, ¿mantuvo Lady Mayo su amistad con Mr. Charles Hendon?

—¡Oh, sí! Incluso intimó mayormente con él. Más de una vez la oí que lo llamaba Alec... seguramente era un apelativo íntimo... —Miss Forsythe hizo una pausa, con aire de duda y hasta de sospecha— ¿Qué es lo que ha querido usted dar a entender con esa pregunta?

Holmes se puso en pie.

—Tan sólo, señorita, que me agradecerá mucho intervenir, en este asunto por usted. Según tengo entendido, usted regresa a Groxton Low Hall esta noche...

—Sí. Pero seguramente usted tiene otras cosas que decirme además de esto... ¡Aún no ha contestado a ninguna de mis preguntas!

—¡Bien, bien...! Tengo mis métodos, conforme Watson puede decirle. Pero, ¿le parecería conveniente acudir aquí, pongamos por caso, dentro de una semana, a partir de hoy, a las nueve de la noche? Gracias. Espero tener entonces algunas noticias para usted.

Era claramente una despedida. Miss Forsythe se puso en pie y lo miró con tal aire de desamparo, que yo sentí la necesidad de prodigarle alguna palabra de consuelo.

—¡Cobre ánimo, señorita! —exclamé, tomando suavemente su mano entre las mías—. Debe usted depositar toda su confianza en mi amigo Mr. Holmes y, si puedo decir esto, también en mi.

Fui recompensado con una graciosa y agradable sonrisa. Cuando la puerta se cerró tras nuestra bella visitante, me volví hacia mi compañero y no pude menos de decirle con alguna aspereza:

—Me parece, Holmes, que debía haber tratado a esa joven dama con más simpatía.

—¡Hola! ¿Sopla el viento de ese lado?

—¡Holmes, qué vergüenza! —dije, dejándome caer en mi silla—. El asunto es trivial, no lo dudo. Pero lo que no llego a comprender es porqué le escribió usted una carta a ese loco romperrelojes.

Holmes se inclinó posando su largo y flaco dedo índice sobre mi rodilla.

—Watson, yo no escribí aquella carta.

—¿Qué? —exclamé.

—¡Tate, no es la primera vez que de mi nombre se han apropiado otros! Concorre en este caso una maquinación diabólica, Watson, o mucho me equivoco.

—¿Lo toma usted en serio, pues?

—Tan en serio, que esta misma noche parto para el Continente.

—¿Para el Continente? ¿Para Suiza, acaso?

—No, no ¿qué tenemos que hacer en Suiza? Nuestra pista está muy lejos de allí.

—¿Sin duda es eso evidente?

—¡Mi querido Holmes!...

—No obstante, casi todos los datos los tiene ante usted, y como ya informé a Miss Forsythe, usted conoce mis métodos. ¡Úselos pues Watson! ¡Úselos!

Los primeros reverberos titilaban ya a través de la niebla en la Calle Baker, cuando los sencillos preparativos de mi amigo quedaron ultimados. Alto y tocado con su gorro de orejeras y visera, echada sobre los hombros su amplia y larga capa, teniendo a sus pies su maletín de viaje, se detuvo en el pasillo que daba a la sala, mirándome con fijeza singular.

—Una última palabra, Watson, puesto que aún no parece ver usted claro. Le recuerdo que Mr. Charles Hendon no puede soportar el son...

—¡Pero si eso está claro suficientemente! ¡No puede soportar la vista de un reloj!

Holmes movió la cabeza denegando.

—No es precisamente esto —dijo—. Le llamo a usted la atención sobre los otros cinco relojes, según el relato de su criado.

—¡Mr. Charles Hendon no destrozó esos relojes!

—Precisamente es por esto que llamo su especial atención sobre ellos. ¡Hasta las nueve de la noche, dentro de una semana a partir de hoy, Watson!

Un momento después, me hallaba solo.

Durante la melancólica semana que siguió a aquellos acontecimientos, me distraje lo mejor que pude. Jugué al billar con Thurston. Fumé muchas pipas, y reflexioné sobre las notas que había tomado del caso Hendon. Uno no se asocia durante algunos años con Sherlock Holmes, sin llegar a ser más observador que la mayoría de las personas. Me parecía que algún oscuro y siniestro peligro se hallaba suspendido sobre aquella damita Miss Forsythe y no confiaba ni en el apuesto Charles Hendon, ni en la enigmática Lady Mayo.

El miércoles 23 de noviembre, regresó mi esposa con la grata noticia de que nuestros asuntos estaban en mejor orden y de que pronto podría yo hacerme con alguna clientela. Su vuelta al hogar fue alegre. Aquella noche, y mientras nos hallábamos sentados mano a mano ante la chimenea, y le conté algo del extraño problema que tenía ante mí. Le hablé de Miss Forsythe, recalcando el aprieto en que se hallaba, así como su juventud, belleza y distinción. Mi mujer no replicó pero quedó mirando pensativamente al fuego.

Fue el distante campaneó del *Big Ben*^{*}, repicando las ocho y media, lo que me despabiló.

—¡Por Júpiter, Mary! —exclamé—. ¡Lo había olvidado todo!

—¿Olvidado? —repitió mi esposa con un ligero sobresalto.

—Prometí estar en la Calle Baker a las nueve de la noche de hoy. Miss Forsythe ha de acudir allí también.

Mi esposa retiró su mano de entre las mías.

—Entonces, lo mejor que puedes hacer es ir enseguida —dijo con una frialdad que me asombró—. ¡Tú siempre tan interesado en los casos de Sherlock Holmes!

Confuso y algo ofendido tomé mi sombrero y mi sobretodo. Hacía una noche de cortante frío, sin un girón de niebla, pero con las calles cubiertas de fango helado. Un cabriolé me condujo a la Calle Baker. Ante la puerta de la casa, observé con un escalofrío de excitación que Sherlock Holmes había regresado ya de su viaje. Las ventanas del piso superior aparecían iluminadas, y detrás de ellas vi pasar y repasar varias veces su flaca silueta.

Abrí el portal con un llavín y subí quedamente la escalera interior; luego franqueé la puerta de la sala. Saltaba a la vista que Holmes acababa de llegar, pues su gorra, su capa y maletín de viaje, se hallaban diseminados por la habitación, de acuerdo con su desorden acostumbrado.

Él estaba sentado ante su escritorio, vuelto de espaldas a mí; la verdiblanca luz de la lámpara lo inundaba en su tarea de abrir un pequeño montón de correspondencia. Al oír el chirrido de la puerta al abrirse, giró en redondo, pero su rostro expresó el desencanto.

—¡Ah, Watson, es usted! Esperaba ver a Miss Forsythe, pues ya se retrasa.

—¡En nombre del cielo, Holmes! ¡Si esos bribones se han atrevido a causarle algún daño, juro que tendrán que responder ante mí de ello!

—¿Bribones?

—Me refiero a Mr. Charles Hendon y, aunque lamento aplicarle tal palabra a una mujer, también incluso a Lady Mayo.

Los austeros y vehementes rasgos de su rostro se suavizaron un tanto.

—¡Vaya, viejo Watson! —dijo—. ¡Usted siempre tan afanoso en el rescate de la bella doncella cautiva! ¡Pero, a fe que esta vez se ha armado usted un lío!

—¿Entonces debo confiar —respondí con dignidad— que la misión que lo llevó a usted al Continente, ha sido un éxito?

—¡Sólo fue un tanteo Watson! Le ruego disculpe mi explosión de nervios. No, mi misión no fue un éxito. Me pareció tener una cita en determinada ciudad europea, cuyo nombre inferirá usted en breve. Fui pues allá, y he vuelto en un tiempo récord, según creo.

—¿Y...?

—Él... Mr. Hendon es un hombre que vive aterrorizado. Watson aunque no carece de juicio. Apenas hubo abandonado Suiza, debió adivinar ya que la falsa carta era un lazo que le habían tendido. Pero perdí la pista. ¿Dónde está ahora? Y le agradeceré a usted que me explique porqué le dio el apelativo de bribón.

—Quizá me excedí en el calor del momento. Aunque debo confesarle que no puedo soportar a ese individuo.

—¿Por qué?

* El reloj de la torre del Parlamento de Londres.

—Pues... Desde luego que a una persona que disfruta de una indudable posición elevada, le son permisibles ciertos aparatosos modales... Pero Mr. Hendon se pasa de la medida. Hace escenas en público, emplea la costumbre de dirigirse a una dama inglesa con el vocablo “madame”, en vez del recatado “madam”. ¡Holmes, está fuera e toda duda que no se trata de un inglés!

Mi amigo me dirigió una mirada extraña como desconcertada, e iba a replicarme cuando llegó hasta nosotros el ruido inconfundible del rodar de un carruaje y de los cascos de un caballo, que se detenían ante la puerta de nuestra casa. Y en menos de un minuto, Celia Forsythe se hallaba en nuestra sala, seguida por un hombre de baja estatura y de expresión tozuda y hosca, tocado con un sombrero hongo. Por sus largas y pobladas patillas, deduje que era Trepley, el criado de Mr. Charles Hendon.

El rostro de Miss Forsythe estaba arbolado por el frío. Llevaba un chaquetón de piel, tenía sus manos enfundadas en un manguito.

—¡Mr. Holmes! —prorrumpió, sin preámbulos—. ¡Charles está en Inglaterra!

—Ya me lo suponía. ¿Y en qué lugar se encuentra?

—En Groxton Low Hall. Le hubiera debido enviado a usted un telegrama ayer, pero Lady Mayo me lo prohibió.

—¡Qué imbécil soy! —exclamó Holmes dando un puñetazo sobre el escritorio—. Creo que habló usted algo de lo aislado que está este lugar. Watson ¿quiere hacer el favor de alcanzarme ese plano de Surrey?...Gracias. —Su voz se tornó más áspera— ¿Qué es esto...qué es esto?

—Querido colega —lo reconvine—. ¿Es que puede usted leer la maldad en un mapa?

—¡Tierra rasa, Watson! Campos, Bosques. ¡La estación de ferrocarril más próxima está a tres millas largas de Groxton Low Hall! —Lanzó una especie de gemido—. ¡Miss Forsythe, Miss Forsythe, tiene usted mucho que responder por ello!

—¿Yo? ¿Qué yo tengo mucho que responder...? ¿Puede usted creerme, señor, si le digo que en un misterio tan prolongado no ha hecho otra cosa sino enloquecerme casi? Ni Charles ni Lady Mayo dirán una palabra.

—¿De explicación?

—¡Precisamente! —Hizo un ademán con la cabeza en dirección al criado—. Charles ha enviado a Londres a Trepley con una carta, para ser entregada en propias manos, y yo he teniendo la paciencia de aguantarme las ganas de conocer su contenido.

—Lo siento, señorita —dijo entonces el hombrecillo, algo ariscamente, pero con deferencia—. Son órdenes.

Por vez primera observé que Trepley, que iba uniformado más bien de cochero que de criado, oprimía entre sus manos un sobre en tal forma, cual si temiese que se lo arrebataran. Sus claros ojos enmarcados por las espesas patillas, giraban en sus órbitas observando la estancia. Sherlock Holmes avanzó hacia él.

—Buen hombre —dijo—. Haga el favor de enseñarme ese sobre.

A menudo he comprobado que una persona estúpida es la más lealmente terca. Los ojos de Trepley eran casi los de un fanático.

—Le pido perdón, señor, pero no quiero hacer lo que usted me dice. Por el contrario, haré lo que me han ordenado suceda lo que suceda.

—Le digo, buen hombre, que no es el momento de vacilar. No deseo leer la carta sino, simplemente, ver la dirección estampada en la parte anterior del sobre y el membrete de la parte posterior. ¡Vamos, aprisa! ¡Ello puede suponer la vida de su amo!

Trepley vaciló y se pasó la lengua por los labios. Sosteniendo cautelosamente el sobre por un borde, se lo mostró a Holmes, quien lanzó un silbido.

—¡Hola! —exclamó—. Está dirigida nada menos que a un personaje como Sir Charles Warren, el Comisario General de la Policía Metropolitana. ¿Y el membrete? ¡Ah! Justamente lo que yo me suponía... ¿Tiene usted que entregar esta carta enseguida?

—Sí, Mr. Holmes.

—Bien, pues váyase aprisa. Pero no tome el coche, pues lo necesitamos nosotros.

No volvió a hablar hasta que los pasos de Trepley se perdieron al final de las escaleras. Su anterior desasosiego se manifestó de nuevo en él, al decir:

—Y ahora, Watson, ¿quiere usted echar un vistazo a los trenes de Bradshaw? ¿Va usted armado?

—Con mi bastón...

—Temo que por una vez eso no sea eficiente. —Abrió el cajón izquierdo de su escritorio. Permítame que deslice esto en el bolsillo de su sobretodo... Es un Wembley 320, con cartuchos del 2...

Al reflejo de la luz que fulguró en el tambor del revólver, Celia Forsythe lanzó un ahogado grito y puso una mano sobre la repisa de la chimenea para sostenerse.

—¡Mr. Holmes! —exclamó. Luego pareció cambiar de idea y dijo: —Hay trenes con frecuencia para la estación de Groxton, la cual, como usted bien dijo, está a tres millas de Hall. Hay uno que sale dentro de veinte minutos...

—¡Excelente!

—Pero no debemos tomarlo...

—¿No debemos tomarlo, señorita?

—No he tenido tiempo de explicárselo, pero Lady Mayo en persona requiere su ayuda. Hasta esta tarde no logré persuadirla. Lady Mayo le ruega que tomemos los tres el tren de las 10 y 25, que es el último. Nos esperará con el coche en la estación de Groxton.

—Miss Forsythe se mordió el labio—. Lady Mayo, a pesar de su amabilidad, es muy... imperiosa... ¡No debemos perder ese último tren!

Y sin embargo, estuvimos a punto de perderlo. Habiendo olvidado que las calles estaban cubiertas de fango helado, y el apiñamiento de vehículos bajo el chisporroteo de los reverberos, llegamos a la estación de Waterloo sólo con el tiempo justo.

El tren se deslizaba ya por la campiña y nuestro compartimiento, sumido en la penumbra, parecía acentuar sus sombras a cada traqueteo. Holmes estaba silencioso, ligeramente inclinado hacia delante en su asiento. Yo observaba su perfil aguileño, recortado en el frío fulgor de luna llena. Eran cerca de las once y media cuando descendimos en el apeadero de un villorrio dormido que yacía en la oscuridad.

Nada se movía allí. Ni siquiera ladraba algún perro. Cerca del apeadero se hallaba estacionado un Landó abierto, sin que se oyera el tintinear de los arneses de los caballos. El cochero, rígidamente erecto, ocupaba su puesto en el pescante, tan inmóvil como la dama de edad madura que se sentaba en la parte trasera y que nos contempló con pétreo fijeza cuando nos acercamos.

Miss Forsythe comenzó a hablar anhelante, pero la dama, que iba envuelta en pieles y tenía una prominente nariz, alzó la mano para detenerla.

—¿Mr. Sherlock Holmes? —preguntó con voz extraordinariamente profunda y musical—. Y este otro caballero supongo que el doctor Watson. Yo soy Lady Mayo.

Durante un instante nos escrutó con un par de ojos singularmente agudos y penetrantes.

—Hagan el favor de subir al landó —continuó—, y abríguense lo más que puedan con las mantas. Deploro la necesidad de ofrecerles un coche abierto en noche tan fría; pero la afición de mi cochero a conducir velozmente —y señaló al auriga, quien encorvó la espalda—, ha contribuido a quebrar el eje del coche cerrado. ¡Al Hall, Billings! ¡Date prisa!

Restalló el látigo. Con un molesto bamboleo de las ruedas traseras, nuestro landó fue arrastrado, al vivo trote de sus caballos, a lo largo de una angosta senda bordeada de un puntiagudo vallado de setos y esqueléticos árboles.

—¡Santo Dios, Mr. Holmes! —exclamó Lady Mayo—. ¡No me acordaba de que ya soy muy vieja! Mi

juventud fue la época de conducir velozmente, ay, y de vivir aprisa, también.

—¿Fue también la época de morir pronto? —preguntó mi amigo—. ¿De una muerte, por ejemplo, como la que puede sorprender a nuestro amigo Charles Hendon esta noche?

Los cascos de los caballos resonaban en el helado camino.

—Creo, Mr. Sherlock Holmes —dijo la dama sosegadamente—, que usted y yo nos comprendemos.

—Estoy seguro de ello, Lady Mayo. Pero no ha respondido usted a mi pregunta.

—No tema, Mr. Sherlock Holmes. Ahora él está a salvo.

¿Está usted segura de esto?

—¡Le digo que está completamente a salvo! Hay ronda de vigilancia en el parque Groxton Low Hall, y la casa está custodiada. No pueden atacarla.

Aun hoy no sabría decir si mi un tanto explosiva intervención fue causada por el rápido deslizarse del landó, por el ímpetu del viento que nos azotaba las orejas, o por la enloquecedora naturaleza del problema en sí. Lo cierto es que dije:

—Perdone la brusquedad de un viejo veterano que no tiene adecuadas respuestas para nada. Pero, cuando menos, tenga compasión de la pobre damita que está a su lado. ¿Dónde está Mr. Hendon? ¿Por qué se dedica a destrozar relojes? ¿Por qué razón ha de estar en peligro su vida?

—¡Basta, Watson! —exclamó Holmes con una ligera aspereza en el tono de su voz—. Usted mismo me desconcertó enumerándome los motivos por los cuales Mr. Charles Hendon, inconfundiblemente, no es inglés.

—¿Y bien? ¿En qué puede ello ayudarnos?

—Pues porque el llamado “Charles Hendon” no es ciertamente inglés.

—¿Que no es inglés? —exclamó Celia Forsythe extendiendo su mano—. ¡Pero si habla perfectamente nuestro idioma! —La respiración se ahogó en su garganta—. ¡Demasiado perfectamente! —murmuró.

—Este joven —dije yo—, ¿no es acaso de elevada posición social?

—Al contrario, querido amigo. Su sagacidad nunca falla. En efecto, es de una posición muy elevada. Y ahora nómbrame usted la única Corte Imperial de Europa— ¡fíjese bien, Watson, *Corte Imperial!* — en la que el hablar inglés a superado a todos los idiomas, excepto a su propio idioma nativo.

—No puedo recordarla. No lo sé...

—Entonces, procure recordar lo que sabe. Pocos minutos antes de que Miss Forsythe viniera a vernos por vez primera, yo estaba leyendo en voz alta algunas noticias de la prensa diaria que, de momento, parecían aburridamente carentes de importancia. Una de ellas decía, por ejemplo, que los nihilistas, la peligrosa banda de anarquistas que intentan reducir a Rusia a la nada, eran sospechosos de maquinaciones contra la vida del Gran Duque Alexei, en Odesa. ¡El Gran Duque Alexei, ya lo oye! Ahora bien, el sobrenombre que en la intimidad daba Lady Mayo a “Mr. Charles Hendon” era...

—¡Alec! —exclamé.

—Podría haber sido tan sólo una simple coincidencia —observó Holmes encogiéndose de hombros—. Sin embargo, si reflexionamos sobre la Historia contemporánea, vemos que en un anterior atentado contra la vida del último Zar de todas las Rusias —que resultó hecho trizas el año 81 por la explosión de una bomba de dinamita—, el mecanismo del artefacto estaba conectado con las teclas de un piano. Las bombas de dinamita, Watson, son de dos clases. Unas, las de envoltura de hierro y muy ligeras, se encienden mediante una corta mecha que llevan adherida, y se arrojan luego. Las otras, también de hierro, estallan debido a un mecanismo de relojería, cuyo tic-tac es lo único que delata su presencia.

¡*Crack!* hizo el látigo del cochero, y los setos parecieron tan irreales como en un sueño. Holmes y yo nos hallábamos sentados de espaldas al cochero y *vis-a-vis* de los rostros, bañados por la luz de la luna, de Lady Mayo y Celia Forsythe.

—¡Holmes, todo se ha hecho claro como el cristal! ¿Es por ello por lo que el joven no puede soportar la vista de un reloj?

—¡No, Watson, no! ¡El sonido de un reloj!

—¿El sonido?

—Precisamente el sonido. Cuando traté decírselo a usted, su nativa impaciencia me cortó en seco a la primera sílaba. En las dos ocasiones que él destruyó un reloj en público, téngalo presente, de ninguna manera podía ver el reloj. Una de las veces, cual Miss Forsythe nos informó nos informó, el reloj estaba escondido entre un marco de verdor; la otra, detrás de la cortina. Con sólo oír aquel significativo *tic-tac*, los vapuleó antes de que tuviese siquiera tiempo de pensarlo. Su propósito, naturalmente, era hacerlos añicos, sacándole las tripas a lo creía ser una bomba.

—Pero seguramente —objeté—, aquellos bastonazos también pudieron haber hecho estallar la bomba.

De nuevo se encogió de hombros Holmes.

—De haberse tratado de una bomba verdadera, ¿quién puede decirlo? Aunque estando protegida por una envoltura de hierro, lo creo dudoso. En cualquier caso, nos hallamos ante un caballero muy valiente, obsesionado y también receloso, que se abalanza y golpea a ciegas. No es antinatural que el recuerdo de la muerte de su padre, y el saber que la misma organización sigue sus pasos con igual propósito, lo impelan a una acción rápida.

—¿Y en este caso...?

Sin embargo, Sherlock Holmes parecía más bien inquieto. Observé que con frecuencia, miraba en derredor, al solitario campo de gris tonalidad que se esfumaba al paso del carruaje.

—Bien —dijo—. Habiendo dejado ya establecidos tantos puntos en mi primera entrevista con Miss Forsythe, parecía claro que aquella carta apócrifa era un cebo para atraer al Gran Duque a Odesa, estimulando, por lo demás, en él, la resolución de encararse con sus propios enemigos. Pero, como ya le dije a usted, pronto debió sospechar la añagaza. Y entonces huyó... ¿a dónde?

—A Inglaterra —dije yo—. Mejor aún que eso. A Groxton Low Hall, con el aliciente por añadidura, de contar con la compañía de una atractiva damita, a quien le recomiendo que cese de llorar y enjuge sus lágrimas.

Holmes parecía exasperado.

—Por lo menos podría usted decir —replicó—, que la balanza de las probabilidades se inclina en esa dirección. Con toda seguridad era evidente, desde el principio, que una persona en la posición de Lady Mayo no había entrado tan casualmente en conversación de viaje en ferrocarril, con un joven desconocido, a menos que ya fueran, según frase inconsciente pero iluminadora de Miss Forsythe, “antiguos amigos”.

—Subestimé sus facultades, Mr. Sherlock Holmes —terció con aspereza Lady Mayo, quien hasta entonces había estado dando palmaditas en la mano a Celia—. Si, en efecto, conocí a Alexei cuando era un muchachito que iba vestido de marinero en San Petersburgo.

—Donde el esposo de usted, según descubrí, era Primer Secretario en la Embajada Británica. En Odesa supe de otro hecho también de gran interés.

—¿Eh? ¿Qué era ello?

—El nombre del principal agente de los nihilistas... un loco temerario y fanático que ha estado muy unido al Gran Duque por algún tiempo.

—¡Imposible!

—Pero verdad.

Durante un instante, Lady Mayo quedóse mirándolo fijamente, con una expresión menos pétrea, mientras el landó dio un bandazo al tropezar con un bache.

—Escúcheme, Mr. Holmes. Mi estimado Alec se ha dirigido ya a la policía, en la persona de Sir Charles

Warren, el Comisario.

—Gracias; he visto la carta. Y también el sello imperial.

—De todas maneras —prosiguió Lady Mayo imperturbable—, repito que hay patrullas por el parque, y la casa está custodiada.

—Sin embargo, un zorro puede escapar por un pelo a los sabuesos.

—¡No es sólo una mera cuestión de guardas y vigilancia! En este instante, Mr. Holmes, el pobre Alec se halla confinado en una antigua estancia de espesos muros, cuya puerta tiene atrancada. Los barrotes que cruzan sus ventanas son tan espesos, que no permiten introducir ni siquiera una mano al interior. La chimenea es antigua, acampanada, pero tan estrecha, que nadie sería capaz de deslizarse por ella... aparte de que está encendida. ¿Cómo podría, pues atacarlo un enemigo?

—¿Cómo? —murmuró Holmes, mordiéndose el labio y tamborileando con sus largos dedos sobre su huesuda rodilla—. Verdad es que puede estar a salvo por una noche, puesto que...

Lady Mayo hizo un leve gesto de triunfo.

—No se ha descuidado precaución alguna —dijo—. Incluso el tejado está defendido. El criado de Alec, Trepley, después de haber entregado su carta en Londres con suma diligencia, regresó en el tren anterior al que ustedes han tomado, y alquiló un caballo en la aldea. En este momento se halla sobre el tejado del Hall velando fielmente por la seguridad de su amo.

El efecto de esta especie de discurso, fue extraordinario. Sherlock Holmes se puso en pie de un brinco en el coche; y su capa desplegó una silueta negra y grotesca cuando se asió al pescante para sostenerse.

—¿En el tejado? —dijo como un eco—. ¿En el tejado?

Luego giró en redondo, asiendo al cochero por los hombros.

—¡Arrea a los caballos, gritó—. ¡Por el amor de Dios, ponlos a galope! ¡No tenemos un segundo que perder! ¡Crack! ¡Crack!, restalló el látigo por arriba de la cabeza del cochero. Los caballos, pifiando, se pusieron al galope y precipitándose hacia delante. En medio de la confusión en que todos estábamos sumidos, se alzó la voz de Lady Mayo que decía enojada:

—¡Mr. Holmes! ¿Es que ha perdido usted el juicio?

—¡Ya habrá de ver usted que aún lo conservo! Miss Forsythe, ¿oyó usted al Gran Duque dirigirse a ese hombre llamándole Trepley?

—Yo... pues no exactamente —balbució Celia Forsythe—. Como ya le informé a usted, Charl... ¡Oh, cielos ayudadme...! El Gran Duque le llamaba “Trep”. Yo supuse....

—¡Exacto! Usted supuso... Pero ha de saber que el verdadero nombre de ese hombre de ese hombre es Trepoff. De su primera descripción deduje que era un mentiroso y un traidor.

Los setos centelleaban al paso de nuestro carruaje; tintineaban los bocados de los frenos y los arneses; volábamos con el viento.

—¿Recuerda usted —prosiguió Holmes—, la consumada hipocresía de ese hombre cuando su amo destrozó el primer reloj? Dijo usted que la de él era una expresión de embarazo y vergüenza, ¿no es así? Pues lo que él se proponía era que usted creyera que Mr. Charles Hendon estaba loco. ¿Cómo llegó usted a tener conocimiento de los otros cinco relojes, los cuales eran puramente imaginarios? Pues porque Trepoff se lo dijo. El esconder un reloj o una bomba en un armario, eso sí que habría sido locura... en el caso de que el Gran Duque Alexei lo hubiera hecho.

—Pero, Holmes —objeté—. Puesto que Trepoff en su ayuda de cámara...

—¡Más aprisa, cochero! ¡Más aprisa! ¿Decía usted, Watson...?

—Pues que seguramente Trepoff debe haber tenido cientos de oportunidades para matar a su amo, por medio de cuchillo o veneno, sin necesidad de recurrir a este espectacular suplemento de una bomba...

—Este espectacular suplemento, como lo denomina usted, es el método inalienable de los revolucionarios. No quieren servirse de otro procedimiento. Su víctima debe ser precisamente aventada entre ruinas, sin lo cual el mundo no se percataría de ellos ni de su poder.

—Pero, ¿y la carta dirigida a Sir Charles Warren? —exclamó Lady Mayo.

—A buen seguro que fue arrojada a la primera alcantarilla que Trepoff halló a su paso. ¡Ah! Supongo que ese edificio que se alza ahí enfrente, debe ser ya Groxton Low Hall.

Los acontecimientos que aquella noche se sucedieron, hállanse algo confusos en mi mente. Recuerdo un edificio bajo y grande, del estilo jacobino, de ladrillo rojo, con numerosas ventanas y con un tejado plano que parecía como si fuera a precipitarse sobre nosotros ante el sendero de grava. Las mantas de viaje fueron apartadas a un lado. Lady Mayo, erguida e imperiosa, daba tajantes instrucciones a un grupo de nerviosos criados.

Holmes y yo echamos a correr tras Miss Forsythe, subiendo por una serie de escalones hasta llegar, desde el amplio y alfombrado umbral del vestíbulo, hasta unos estrechos peldaños que eran poco más que una escalera de mano, la cual conducía al tejado. Al pie de ella, Holmes se detuvo un instante, posando sus dedos sobre el brazo de Miss Forsythe.

—Usted se quedará aquí —dijo sosegadamente.

Oí un clic metálico cuando Holmes introdujo la mano en su bolsillo, y por primera vez supe que el también iba armado.

—Venga, Watson —dijo.

Lo seguí por la angosta escalerilla mientras él abría con sumo cuidado la trampa que daba al tejado.

—¡No haga el menor ruido, por su vida! —musitó—. Dispare si le echa la vista encima.

—Pero, ¿cómo lograremos dar con él?

El frío aire nos azotó de nuevo en el rostro. Gateamos cautelosamente por el tejado. En torno nuestro, todo eran fantasmales cañones de chimeneas y hacinamiento de potes de arcilla ennegrecidos por el humo, los cuales rodeaban una gran cúpula de plomo que, bajo los rayos de la luna, relucía como la mismísima plata. En un apartado extremo, una oscura silueta parecía agazapada bajo el tubo de una negra chimenea, bañada por la luz del astro de la noche.

Un fósforo encendió su llama azul, que luego se tornó amarilla, y un instante después provino el chisporroteo de una mecha seguido por un sonido como de tenue repiqueteo en la chimenea. Holmes corrió adelante en zig-zag, a través del laberinto de chimeneas y parapetos, siempre en dirección a la encorvada figura que ahora se zafaba presurosa.

—¡Haga fuego, Watson! ¡Haga fuego!

Nuestros revólveres dispararon al unísono. Vi el pálido rostro de Trepoff que giraba con una sacudida hacia nosotros, y luego en el mismo instante, la chimenea tras la cual él había estado agazapado, voló por el aire, como arrancada de cuajo, entre una columna de llamas. El tejado se alzó bajo mis pies y tuve la oscura sensación de rodar una y otra vez, mientras los cascotes de ladrillos rotos zumbaban sobre mi cabeza, o se abatían con estrépito contra el cimborrio metálico de la cúpula.

Holmes se puso torpemente en pie.

—¿Está usted herido, Watson? —dijo con voz entrecortada.

—Sólo recibí un ligero porrazo —repliqué—. Pero fue una suerte el que cayéramos de bruces. De no ser así... —Hice un ademán en dirección a las agrietadas y resquebrajadas chimeneas que se alzaban en derredor.

Habíamos avanzado sólo unos pocos metros a través de una nube de arsénico polvo, cuando dimos con el hombre que estábamos buscando.

—¡Ahora él tendrá que responder ante un Tribunal mas elevado! —dijo Holmes mirando a la espantosa

masa humana tendida sobre las tejas—. Nuestros disparos lo hicieron vacilar durante un fatal segundo, que fue suficiente para que lo alcanzara de lleno la explosión de la bomba. — Mi amigo se volvió. —Vamos — dijo con una voz que encerraba un áspero reproche para sí mismo—. Hemos actuado con demasiada lentitud si pretendíamos salvar a nuestro cliente; y en cambio demasiado aprisa para vengarlo por medio de la justicia humana.

Súbitamente se alteró su expresión y me asió del brazo.

—¡Por Júpiter, Watson! ¡Un simple tubo de chimenea ha salvado nuestras vidas! —exclamó—. ¿Cuál es la palabra que empleó Lady Mayo? ¡Acampanada! ¡Esto es, una chimenea acampanada! ¡Pronto, no hay momento que perder!

Nos dirigimos velozmente a través de la trampa, y luego, por las escaleras, al piso principal. En un extremo, y a través de una niebla de humo ácido, pudimos discernir las ruinas de una puerta astillada. Un instante después, penetrábamos en el dormitorio del Gran Duque. Holmes lanzó una especie de mugido ante la escena con que tropezaron nuestros ojos.

Lo que había sido una soberbia chimenea, era ahora un enorme boquete, abierto como en un bostezo entre los restos de una pesada campana de piedra. El fuego del hogar se había desparramado por la estancia y el aire estaba enrarecido por el acre hedor de la alfombra ardiendo bajo los rescoldos de ceniza y brazas. Holmes se abalanzó a través del humo, y un instante más tarde lo vi detenerse ante los restos de lo que había sido un piano.

—¡Aprisa, Watson! —gritó—. ¡Aún está con vida! Yo no puedo hacer nada por él ahora; pero usted lo puede todo como médico.

Mas, para mí todo se limitó a tocarlo y dejarlo. Durante el resto de la noche, el joven Duque estuvo luchando entre la vida y la muerte, en el dormitorio al que lo transportamos. Pero cuando el sol del amanecer se filtró por entre los árboles del parque, noté con satisfacción que el coma producido por el choque se iba resolviendo en un sueño natural.

—Sus heridas son superficiales —expliqué—. Pero el choque por sí solo podía haberle sido fatal. Ahora que ha conseguido dormir, vivirá, y no dudo que la presencia de Miss Celia Forsythe, acelerará su restablecimiento.

—Debería usted registrar los hechos de este pequeño caso —observó Holmes pocos minutos más tarde, cuando vagábamos sobre la hierba cubierta de rocío del parque de caza, todo rutilante y centelleante en la fresca belleza del amanecer—. Aunque debe temer usted la honradez de poner las cosas en su punto, y dar la fama a quien es debido.

—Pero, ¿acaso no le corresponde a usted la fama de la resolución de este asunto?

—No, Watson. Que el resultado haya sido un éxito se debe por entero al hecho de que nuestros antecesores entendían el arte de la construcción. La fortaleza de una chimenea de doscientos años, impidió el que la cabeza del joven fuese segada de sus hombros. Es una suerte para el Gran Duque Alexei de Rusia, y también para la reputación de Mr. Sherlock Holmes, de la Calle Baker, el que en los días del joven Rey Jacobo los propietarios de casas nunca dejaron de prevenirse contra las violentas predilecciones de sus vecinos.

De cuando en cuando, yo oía alguna vaga referencia de sus acciones: de cuando fue requerido a ir a Odesa, en el caso del atentado de Trepoff.

DE “UN ESCANDALO EN BOHEMIA”.